

Universidad de Chile

**departamento**

**ECONOMIA**

**NO**

**MIA**

**e  
x  
t  
e  
n  
s  
i  
ó  
n**

**LA CIENCIA ECONOMICA  
EN ADAM SMITH**

**RICARDO KREBS**

**JOAQUIN BARCELÓ**

**IGOR SAAVEDRA**

**RENATO ESPOZ**

**MARIO ZAÑARTU**

**CARLOS MASSAD**

**Editor, Mario Zañartu**

Primera Edición  
300 ejemplares

Publicación del Departamento de Economía N° 43  
Inscrip. Regist. Prop. Intelec. N° 46.189  
Impresión y Encuadernación: Taller Gráfico de la Facultad  
Dactilografía: Isabel Sandoval  
Edición a cargo de Mario Zañartu.  
Labor de edición: Unidad de publicaciones del Departamento;  
Fernando Contreras, Elsa Valladares,  
Cristina Martínez

Santiago, junio de 1977

---

Distribución y Ventas: Av. Condell 362, Santiago - Fono 252253

# **LA CIENCIA ECONOMICA EN ADAM SMITH**

**RICARDO KREBS  
JOAQUIN BARCELO  
IGOR SAAVEDRA  
RENATO ESPOZ  
MARIO ZAÑARTU  
CARLOS MASSAD**

**Edición a cargo de  
MARIO ZAÑARTU**

**Departamento de Economía  
Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas**

**UNIVERSIDAD DE CHILE**

**1977**

29599

LOS AUTORES

- Ricardo Krebs      Doctor en Historia. Profesor de Historia Universal. Instituto de Historia, Universidad Católica de Chile.
- Joaquín Barceló    Profesor Extraordinario. Profesor de Historia de la Filosofía. Departamento de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile.
- Igor Saavedra      Doctor en Física. Profesor de Física Teórica. Departamento de Física, Universidad de Chile.
- Renato Espoz      Ingeniero Comercial. Profesor de Historia del Pensamiento Económico. Departamento de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile.
- Mario Zañartu     Doctor en Economía. Profesor de Historia del Pensamiento Económico. Departamento de Economía, Universidad de Chile.
- Carlos Massad     Doctor en Economía (Cand.). Profesor de Teoría Monetaria. Departamento de Economía, Universidad de Chile.

## INDICE

	Página
Prólogo	
Perfil histórico de la Inglaterra de Adam Smith	1
Ricardo Krebs	
Los antecedentes filosóficos de Adam Smith	31
Joaquín Barceló	
El método físico en la obra de Smith	65
Igor Saavedra	
Los supuestos económicos en " La Riqueza de las Naciones"	95
Renato Espoz	
Relaciones causales básicas del actuar económico en Adam Smith	127
Mario Zañartu	
VARIABLES ANALÍTICAS Y TEORÍA MONETARIA EN ADAM SMITH	151
Carlos Massad	

## PROLOGO

La aparición de *La Riqueza de las Naciones* de Adam Smith marcó tanto el comienzo de la Economía como ciencia, como el origen de una de sus corrientes de pensamiento, la llamada economía clásica. Es el primer libro en que se desarrolla un análisis sistemático de la actividad económica de los países, en función de las actitudes de las personas.

*La Investigación acerca de la Naturaleza y las Causas de la Riqueza de las Naciones* ofrece una definición y también una explicación causal - como lo indica su título mismo - del bienestar económico de un país. Al proceder así, se comienzan a establecer las bases de la ciencia económica.

El pensamiento de Smith, nacido en reacción al mercantilismo reinante, significó un avance notable para el diseño de políticas económicas en la época. El vuelco operado fue copernicano. Del acento puesto en una visión estática (el stock de bienes) de la riqueza de un país, se pasa a destacar el proceso dinámico (el flujo de bienes) que asegura la producción anual de una creciente cantidad de bienes y servicios.

La atención que Smith prestó al interés de las personas en dedicarse a la producción e intercambio de bienes, si se les dejaba operar libremente, es el fundamento de todas las políticas del "liberalismo económico", diametralmente opuestas al reglamentarismo proteccionista del llamado "mercantilismo", que tan duramente fustiga en su obra.

En gran medida, el énfasis que puso Smith en la conveniencia de la libertad de mercado y empresa, en un contexto de reciente desarrollo industrial y concentración de la propiedad de los medios de producción industrial, favorece la génesis del moderno sistema capitalista de organización de la producción.

Sin embargo, la obra misma de Smith no da pie para justificar muchas de las consecuencias indeseables de dicho sistema. El autor es cauto y rodea su teoría de supuestos que muchas veces se olvidan. En particular, está lejos de creer que el hombre es naturalmente bueno y tiende por natural bondad a emprender actividades beneficiosas para los demás; al contrario, cree que es necesario establecer mecanismos para que le resulte interesante hacer lo que a los demás les conviene. Y establece explícitamente que cuando el mecanismo por él propuesto (el libre mercado) no asegura los resultados socialmente deseados, hay que prescindir de la libre iniciativa individual y recurrir a la iniciativa social.

Son conocidos la calidad humana y los antecedentes académicos del autor. Adam Smith, antes que economista, era un moralista y escribió un tratado sobre problemas éticos. Esto significa que tenía como centro de su preocupación al hombre y su felicidad, que conocía sus motivaciones y mecanismos. Además, su larga experiencia académica era garantía de la seriedad de su enfoque. Por último, su actuación en la administración pública fue garantía de realismo en el enfoque del estudio de la actividad económica.

Analizar la obra de Smith desde el punto de vista de sus antecedentes históricos, filosóficos, metodológicos y valóricos es útil para una mejor comprensión del objeto y del método de la ciencia económica y de los supuestos de la teoría económica clásica y, por lo tanto, facilita el desarrollo, crítica y perfeccionamiento de la teoría. Esto es lo que se hace en los cuatro primeros trabajos, cada uno de ellos a cargo de un especialista en la disciplina correspondiente.

También es útil para los mismos objetivos el analizar ciertos contenidos teóricos de la obra de Smith. Los contenidos analizados en este estudio son de dos tipos: las formulaciones causales de la actividad económica y la búsqueda de los fundamentos de una de las teorías con vigencia actual, la teoría monetaria. Es lo que se hace en los dos últimos trabajos.

Este esfuerzo y análisis interdisciplinario ha sido posible gracias a la colaboración institucional del Departamento de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile, cuyos miembros contribuyeron al éxito de esta experiencia. Deseamos también expresar nuestro agradecimiento al organizador del evento y editor de esta publicación, Profesor Mario Zañartu, Coordinador de Extensión de este Departamento.

Andrés Sanfuentes V.  
Director

Santiago, abril de 1977

PERFIL HISTORICO DE LA INGLATERRA DE  
ADAM SMITH

Ricardo Krebs

Los Estados Unidos de Norteamérica declaran su independencia en el año 1776. En este mismo año, Adam Smith publica su *Enquiry into the Nature and Causes of the Wealth of the Nations*. También en este año, la industria metalúrgica inglesa emplea por primera vez la máquina de vapor inventada por James Watt.

Tres hechos de honda significación histórica cuya coincidencia cronológica encuentran su explicación en la concurrencia de causas y tendencias de la época: la iniciación del gran experimento republicano en Norteamérica que emergió del derrumbe del primer imperio colonial inglés, organizado en conformidad de los objetivos y principios del mercantilismo, mercantilismo refutado, ahora, por Adam Smith en el plano teórico; el invento y uso del motor a vapor que implicó el fin de una tecnología milenaria, cimentada en las fuerzas naturales, y la velocidad con que se impone esta nueva tecnología - el maquinismo.

Estos acontecimientos señalados representan, de modo decisivo, una revolución política, una revolución de pensamiento, una revolución económica.

Existe, pues - y no podía ser de otra manera - una relación directa entre teoría y práctica, entre la historia como acción y la historia como pensamiento, entre las decisiones, las ideas y las estructuras.

Cabe preguntar, entonces, por las relaciones entre el pensamiento de Adam Smith y las condiciones históricas en medio de las cuales él desarrolló sus teorías. ¿Cuál fue la

experiencia histórica que él vivió? ¿Cuáles fueron los datos empíricos de que pudo disponer?

Al respecto, deseo advertir que no podría tenerse una visión simplista de las relaciones que unieron a Adam Smith con su época. Este autor, quien murió en 1790, tuvo ocasión de presenciar los primeros inventos con que se inició la revolución tecnológica e industrial. Sin embargo, el lector que espera encontrar en sus obras un análisis de la naturaleza e importancia de este proceso, sufrirá una gran desilusión. Adam Smith, contemporáneo de los orígenes del maquinismo, no tuvo conciencia del cambio radical que se estaba produciendo entonces. Él vio en el trabajo manual la fuente de la riqueza, y no reparó en la importancia de la máquina. El pensamiento de Adam Smith no puede ser explicado, pues, como un primer reflejo y una simple resultante de la incipiente revolución industrial.

Igualmente simple y, a mi modo de ver, equivocado sería interpretar la relación entre Adam Smith y su época en función de un esquema de clasificación social. Es conocida la afirmación de Federico Engels de que la revolución burguesa del siglo XIX habría sido precedida por tres revoluciones tempranoburguesas: el levantamiento socialreligioso alemán entre 1520 y 1525; la Gloriosa Revolución inglesa de 1688 y la Revolución Francesa de 1789, que en etapas sucesivas habrían liquidado la sociedad feudal y abierto el camino al advenimiento de la sociedad burguesa capitalista. Dentro de este esquema, la historiografía marxista ha interpretado a Adam Smith como producto y representante de la burguesía inglesa, a la cual él le habría proporcionado las armas ideológicas para eliminar las barreras que frenaban su ascenso al poder y justificar luego su dominio.

Nadie va a negar la relación entre Adam Smith y el elemento burgués. El mismo, hijo de un inspector de aduanas, fue de extracción burguesa. Su hogar fue un hogar burgués. Uno de sus mejores amigos, David Hume, pertenecía a la

burguesía. Sin embargo, este burgués realizó estudios en la entonces muy aristocrática Universidad de Oxford. Siendo preceptor del duque de Buccleach profesor y rector en Glasgow, mantuvo estrechas relaciones con los ambientes aristocráticos. Antes de circunscribir la vida y el pensamiento de Adam Smith en simples categorías de clase, hay que preguntar: ¿Cómo era la sociedad inglesa del siglo XVIII? ¿Quiénes componían entonces la nobility, que eran la gentry y la burguesía urbana? ¿Qué fuerzas económicas operaban en ese momento en Inglaterra? ¿Quiénes manejaban el poder político y el poder económico? ¿Y cuáles eran las aspiraciones y los valores que movían a los individuos y grupos?

En la siguiente exposición, trataré de dar respuesta a algunas de estas preguntas con el fin de determinar las fuerzas históricas en medio de las cuales Adam Smith pudo elaborar su pensamiento.

## 1. MECANISMOS DE PODER POLITICO

Empecemos por examinar los mecanismos de poder. El siglo XVII había estado caracterizado por violentos conflictos internos que habían conducido a la revolución, a la guerra civil y al regicidio. Se había pasado de un extremo al otro. En oposición al absolutismo monárquico, se había querido establecer un absolutismo parlamentario, y, finalmente, se llegó a la dictadura de Cromwell. De estos choques emergió en definitiva el settlement, el arreglo, que se produjo a raíz de la Gloriosa Revolución de 1688. En adelante la Corona y el Parlamento ejercerían conjuntamente el poder soberano y se establecería un equilibrio entre el Rey, la Cámara de los Lores y la Cámara de los Comunes.

### 1.1. La corona

El desarrollo constitucional inglés del siglo XVIII puede ser comprendido, fundamentalmente, como un proceso de perfeccionamiento y afinamiento de este sistema balanceado; pro-

ceso en el curso del cual se determinarían en forma definitiva los rasgos constitutivos de la monarquía parlamentaria británica.

Al respecto cabe mencionar, ante todo, dos cambios de importancia fundamental: la transferencia de gran parte del poder ejercido hasta entonces por el Rey y el Privy Council el Consejo Privado, en manos del Primer Ministro y su Gabinete, y el desplazamiento del poder parlamentario desde la Cámara de los Lores hacia la Cámara de los Comunes.

Guillermo III y la Reina Ana habían presidido personalmente el gobierno y habían gobernado por medio de su Consejo Privado. Bajo el primer rey de la dinastía Hannover, Jorge I, el poder ejecutivo pasó a manos del Primer Ministro que formó un Council Cabinet, un Consejo de Gabinete, integrado por el Lord Chancellor, el Primer Lord del Almirantazgo, el canciller del Exchequer y otros altos dignatarios. Este cambio se atribuye generalmente a las escasas dotes de Jorge I y, sin duda, a la habilidad política de Robert Walpole quien, por más de 20 años, desde 1721 hasta 1742, actuó como Primer Ministro.

Las condiciones personales fueron, sin duda, importantes, como lo son siempre en la historia. Jorge I tenía 54 años cuando ascendió al trono de Inglaterra en el año 1714 y en los trece años restantes de su vida y su gobierno, jamás pudo aprender el idioma inglés. Se siguió considerando en primer lugar un príncipe alemán quien, año tras año, volvía a su querida Hannover donde podía vivir y gobernar como a él le gustaba. Con algunos de sus ministros podía conversar en francés. Pero, con Walpole quien no hablaba el francés, tuvo que entenderse en latín, lengua que ninguno de los dos dominaba realmente, de modo que la comunación resultaba un tanto difícil.

Jorge I nunca sintió cariño ni un verdadero interés por Inglaterra, de modo que estuvo feliz de poder dejar los negocios de estado en manos de su ministro. Walpole, por su parte,

estuvo dotado de una virtuosidad política excepcional. No fue ningún gran estadista. Un esquirol de provincia, sin distinción personal, aficionado a los placeres de la buena mesa y a la caza. Carecía de cultura superior, y más bien despreciaba a los artistas y poetas. Interesado en beneficiarse personalmente y en favorecer a sus parientes y amigos, practicó la corrupción más desenfadada. Mas, estaba dotado de buen sentido político. Conjuntamente con sus propios intereses, defendió también los intereses concretos de Inglaterra. No fue un estadista, pero sí un político hábil que supo maniobrar inteligentemente, así logró librarse de todos sus rivales y mantenerse durante más de veinte años en el poder. No cabe, pues, ninguna duda que las limitaciones personales de Jorge I y la habilidad política de Walpole contribuyeron en forma decisiva al asentamiento del peculiar sistema político inglés, que entregó el poder real al Primer Ministro, mientras que el rey se convertiría, cada vez más, en figura meramente simbólica, cuya función quedaría resumida en la frase: "El Rey reina, pero no gobierna".

Sin embargo, querer explicar el desarrollo de este tipo de gobierno, exclusivamente, a través del desconocimiento del inglés por parte de Jorge I, sería superficial, y significaría desconocer las verdaderas fuerzas que entonces operaban en la política inglesa.

La revolución de 1688 había significado el triunfo de la oligarquía sobre la Corona. Con razón se ha calificado el período entre 1688 y 1830 de época de la aristocracia en la historia de Inglaterra.

Entre la oligarquía inglesa, hubo ciertamente diferencias, y entre sus integrantes, se produjeron discusiones y conflictos. Sin embargo, en un punto esencial estaban todos de acuerdo. Todos ellos estaban convencidos de que el poder político debía ser ejercido por personas de fortuna, dueños de una propiedad.

El pueblo no tenía derecho a participar en el gobierno, sólo tenía derecho a que el gobierno salvaguardara su vida y sus bienes. Los miembros de la oligarquía se sentían representantes del pueblo y hablaban en nombre de éste. La Declaración de Derechos de 1688 reconocía explícitamente que todo súbdito inglés estaba dotado de determinados derechos y libertades que eran incuestionables. Mas, la participación en el gobierno no era un derecho, sino un privilegio, y, éste era de los hombres de fortuna, de los dueños de propiedades. Si el Estado tenía la función de defender la propiedad, como afirmaba John Locke, era lógico que sólo los dueños de las propiedades debían tener voz y voto en los negocios de Estado.

Esta oligarquía ejercía el poder político a través de los altos cargos de gobierno, el cargo de Primer Ministro, las secretarías del Gabinete, los altos cargos administrativos: en total, unos ochocientos puestos principales, cuya ocupación aseguraba el control del poder ejecutivo. A los cargos civiles, se agregaban los puestos de mando en el ejército, la armada y los altos cargos de la administración local, como el cargo de Lord Lieutenant, High Sheriff, Juez de Paz o Comisario de Impuestos que conferían el derecho de proponer a los funcionarios comunales, los curas párrocos, jurados y recaudadores de impuestos de decidir sobre la construcción de caminos y canales, de reglamentar las ferias y los mercados, y de fijar precios y salarios.

## 1.2. El parlamento

La misma oligarquía ejercía, por otra parte, un amplio control sobre el poder legislativo. La Cámara Alta estaba reservada a los Lores o Pares que pertenecían a esta corporación por derecho propio, hereditario o por designación especial del rey. Junto a los Lores seculares estaban los Lores espirituales, los altos dignatarios de la iglesia anglicana. A los Lores ingleses, se sumaron a partir de 1707 los Lores escoceses, representantes de la nobleza escocesa. Había varios cientos de Pares, sin que existiese un número fijo. La creación de

nuevos Pares podía ser usada como instrumento político por el rey para aumentar el número de sus partidarios en esta Cámara. Sin embargo, la influencia general de la Cámara de los Lores era limitada y disminuyó cada vez más en el curso del siglo XVIII, quedando reducida en el fondo, al derecho de vetar los proyectos de ley, votados en la Cámara de los Comunes. La Cámara de los Lores no era, pues, propiamente un instrumento de gobierno, sino que era un elemento moderador que cumplía con la función de mantener el siempre frágil equilibrio entre los poderes.

Mas, la limitación de la influencia de la Cámara de los Lores y el subsiguiente aumento de los derechos de los Comunes no implicaron una disminución del poder de la oligarquía, ya que la Cámara Baja del siglo XVIII fue igualmente un instrumento de los grupos dirigentes y estuvo controlado por éstos.

La Cámara de los Comunes se componía, después de la unión de Inglaterra y Escocia en el año 1707, de 558 miembros, de los cuales 92 representaban a los 46 condados, 417 eran diputados de los Boroughs, había 4 representantes de las universidades y 45 diputados escoceses.

Cada uno de los 46 condados rurales elegía a dos diputados. Para poder ser elegido había que tener una propiedad que produjese una renta anual de 600 libras esterlinas, de modo que los candidatos se reclutaban exclusivamente entre la acaudalada gentry. Electores eran todos los campesinos propietarios con una renta anual de 40 chelines. Mas, como muchos campesinos libres arrendaban tierras de algún gran señor o se encontraban sujetos a alguna otra forma de dependencia, ellos votaban en conformidad con la voluntad de los señores. Las votaciones eran públicas, de modo que el squire, que era siempre un miembro de la nobility, podía controlar fácilmente a través del Libro de Elecciones si los campesinos votaban de acuerdo con las instrucciones que recibían de sus patronos. Las elecciones originaban gastos, en vista de que los electores de-

bían ser transportados hacia el lugar donde se emitía el voto y debían ser atendidos con asado y cerveza. Con el fin de evitar gastos innecesarios, las familias locales gobernantes muchas veces prefirieron arreglarse directamente y presentar solamente a dos candidatos, de modo que no había otras alternativas para los electores. Sin embargo, a veces, rivalidades personales y viejas querellas familiares hacían imposible todo arreglo y en esos casos se producían verdaderas campañas que en los grandes condados podían hacer subir los costos a más de 100 mil libras.

Los diputados de los condados rurales representaban a la gentry, aquella peculiar clase social inglesa que sin pertenecer propiamente a la nobleza, formaba parte de la oligarquía gobernante. Como sólo había dos diputados por cada uno de los 46 condados, constituían una fracción pequeña en la Cámara. La gran mayoría estaba formada por los representantes de los boroughs.

### 1.3. El cuerpo electoral

Un burgo parlamentario era toda ciudad a la cual el rey había otorgado el derecho de elegir a uno o varios representantes. Pero, la palabra ciudad era a menudo un eufemismo, ya que muchos boroughs del siglo XVIII no eran sino pequeñas e insignificantes aldeas rurales. Los burgos parlamentarios habían recibido sus privilegios durante la Edad Media, las últimas concesiones habían sido extendidas por la Reina Isabel. Los burgos reflejaban por eso, la distribución de la riqueza y de la población urbana de los tiempos medievales. Más, la situación social y económica del siglo XVIII había experimentado cambios radicales. Muchos de los nuevos centros urbanos e industriales no estaban representados. Londres, cuya población a fines del siglo XVIII se aproximaba al millón, tenía a cuatro representantes. Old Sarum, que se componía de cinco casas y doce habitantes, elegía a dos diputados. Gatton in Surrey contaba con seis casas y un elector, y elegía a un

diputado. El sistema era absurdo desde el punto de vista lógico y era socialmente injusto, lo que dio origen a fines del siglo XVIII a una crítica cada vez más violenta. Sin embargo, durante la mayor parte del siglo XVIII, fue aceptado, ya que permitía elegir una Cámara que políticamente resultaba funcional y se podría decir, eficiente.

También la calificación para votar variaba en forma amplia. La mujer, desde luego, estaba excluida de las votaciones. Pero también entre los hombres había discriminaciones y rara vez el derecho de voto estaba conferido a toda la población masculina. Solamente, doce boroughs —entre los cuales el más importante era Westminster— conocían algo parecido al sufragio universal. Pero aun en estos casos no se podía hablar de un sufragio universal en el sentido moderno. Sólo en tres boroughs había más de 4 mil electores. En la mayoría, el número variaba entre 200 y 500. En muchos había apenas una docena. Dado el número tan reducido de electores, era relativamente fácil controlar las elecciones, y todo candidato rico e influyente podía ganarse los votos mediante el pago de dinero, el ofrecimiento de cargos y otros favores o la promesa de defender en la Cámara los intereses locales.

El candidato no necesitaba ser vecino del burgo. Si tenía en alguna parte de Inglaterra una propiedad rural con una renta anual de 300 libras, podía presentarse en cualquier burgo. En estos casos, o en el caso de que el candidato carecía de influencia y de medios económicos, debía recurrir a algún señor influyente, un patrón, que tenía el control de un así llamado pocket borough. En un pocket borough el elector seguía tradicionalmente las órdenes del patrón el cual retribuía desde su bolsillo generosamente los servicios prestados. En estos casos, el candidato no necesitaba hacer ningún esfuerzo personal. Su elección estaba asegurada de antemano y la votación se reducía a una mera formalidad.

Lo único importante era el compromiso que el candidato contraía con el patrón, ya que una vez elegido diputado debía usar su influencia en la Cámara de los Comunes para cumplir con las peticiones y los encargos que le formulase su protector.

#### 1.4. El patronaje electoral

En el curso del siglo XVIII, el patronaje se convirtió en un complicado sistema que fue manejado hábilmente por los grandes señores. El Lord que por título y herencia ocupaba un asiento en la Cámara Alta, se esforzaba por obtener, a través de sus amigos y agentes, el control sobre un grupo de boroughs. En algunos casos resultaba relativamente fácil, sobre todo tratándose de un burgo pequeño. En cambio, tratándose de una ciudad con varios cientos de electores, se requería de constante atención y cautelosa vigilancia para mantener adictos a los electores y evitar que éstos se dejasen seducir por las promesas y las mayores ventajas ofrecidas por algún rival. Sin embargo, todo gran señor y propietario que tenía un auténtico interés político y que estaba dispuesto a invertir energías, tiempo y bastante dinero en estos negocios, podía estar seguro de su éxito y de poder establecer su interés, esto es, un grupo de diputados en la Cámara de los Comunes que debían su cargo parlamentario a su patronaje, que dependían de él y que estaban dispuestos a votar de acuerdo con sus instrucciones. Mientras mayor era su interés, más grande era su influencia política. Los grandes intereses constituían la base para los ministerios. Cuatro o cinco magnates territoriales podían controlar un bloque considerable de votos en la Cámara de los Comunes. La institucionalización de este sistema se tradujo en la formación de un Gabinete bajo un Primer Ministro que lograba gobernar, porque disponía en los Comunes de una mayoría de votos que apoyaban sus iniciativas legislativas.

La clave para este sistema era el Septennial Act de 1716, que extendió el período parlamentario de tres a un máximo

de siete años. Desde entonces y durante todo el siglo XVIII ningún Parlamento fue disuelto antes de tiempo. Las razones son obvias. Desde el punto de vista de los diputados y sus patrones no convenía un cambio rápido. Cada elección era costosa y consumía tiempo y energías. Sólo un período parlamentario largo, permitía amortizar plenamente las sumas invertidas en la elección. Y desde el punto de vista del Gabinete también convenía un período parlamentario largo, porque ofrecía la oportunidad de estudiar las debilidades y necesidades de los parlamentarios, de determinar con quien se podía contar realmente y a quien se podía atraer con promesas y favores para formar, de esta manera, una mayoría estable que respaldase al gobierno.

El Primer Ministro y su Gabinete podían contar en primer lugar con los votos de todos aquellos que estaban directamente bajo su patronaje. Además, podían contar con el número relativamente grande de oficiales del ejército y de la marina y de los funcionarios públicos, ya que todos ellos dependían de alguna manera del gobierno, y esperaban un ascenso en su carrera o algún otro beneficio. En su mayoría, éstos votaban por cualquier gobierno. En otros casos, el Gabinete debía sondear los intereses individuales y concretos que podía tener, un diputado. Podía darse el caso que éste tuviese un hermano sacerdote que estuviera interesado en algún Obispado. Otro, era hijo de un señor que sólo tenía un título nobiliario irlandés de escaso prestigio y cuya máxima ambición consistía en verse convertido en Par inglés. Un tercero, quería conseguir quizás el cargo de recaudador de impuestos para algún amigo en su municipio y, un cuarto, quizás, tenía a algún pariente en tan mala situación económica que sólo un cargo de gobernador en alguna colonia podía librarlo de ser llevado a la cárcel por deudas. Toda la inmensa gama de intereses, necesidades y motivaciones psicológicas ofrecía un amplio campo para formar grupos y mayorías en la Cámara. El Parlamento inglés del siglo XVIII no estaba formado por partidos políticos ni estaba organizado en función de principios religiosos, programas políticos o ideas filosóficas,

sino que obedecía a intereses muy concretos. El gobierno era la principal fuente de promociones, cargos y honores y la Cámara de los Comunes era el conducto más importante para entrar en el goce de estos favores. Sin embargo, sería injusto creer que el Parlamento inglés del siglo XVIII haya servido solamente a mezquinos intereses personales y que las votaciones hayan sido un mero negocio.

Al lado de los diputados venales y dependientes de los grandes señores había un número considerable de diputados que eran independientes y que votaban de acuerdo con su conciencia y los intereses generales de su municipio y de la nación: hombres que no estaban interesados en un puesto u otras ventajas personales inmediatas; comerciantes y financieros que miraban con ojos críticos la política económica del gobierno; miembros de la gentry rural que velaban por la prosperidad de la agricultura; personas distinguidas y de gran reputación para quienes la moral estaba por encima de los negocios y que, orgullosos de los derechos tradicionales del súbdito inglés, exigían del gobierno el respeto del Common Law y de las libertades consagradas por la Declaración de Derechos de 1689.

De esta manera, la formación de una mayoría parlamentaria no era cosa fácil y era el resultado de cuidadosas negociaciones en que se mezclaban la manipulación y las acciones desinteresadas.

Calificar todo este modo de proceder, de corrupción, sería aplicar criterios morales de hoy, al pasado. Los políticos de aquellos tiempos, aun aquellos que en un momento determinado se encontraban sin influencia y, por tanto, lanzaban violentas críticas contra el favoritismo practicado por los que detentaban el poder, nunca habrían tildado el sistema mismo de corrupto. No se conocía otro sistema. Los políticos del siglo XVIII y sus antepasados feudales siempre habían tratado de obtener favores del rey a cambio de los cuales habían prestado sus servicios. Y sólo ello había hecho posible en otros

tiempos el gobierno. En el fondo, seguía operando el mismo sistema, con la sola diferencia de que ya no era el rey quien concedía los favores, sino un pequeño grupo de la oligarquía, a cambio de lo cual obtenía el apoyo en la Cámara de los Comunes para sus iniciativas legislativas. Lo que los ministros llamaban influencia y no corrupción era un elemento esencial para poder gobernar.

Los mecanismos de poder en la Inglaterra del siglo XVII, siendo representativos, distaban, pues, mucho de ser democráticos. Los Lores ocupaban los Ministerios, los Pares formaban la Cámara Alta. Los magnates controlaban mediante el patronaje unos doscientos asientos en la Cámara Baja. En el año 1734, cincuenta diputados eran hijos segundones de Lores y hacia fines del siglo, eran más de cien. De alguna manera, los miembros de la Cámara de los Comunes estaban casi todos relacionados entre ellos. Era común que un diputado se encontrase en la Cámara con cuarenta o cincuenta parientes. Setenta familias decidían sobre los destinos políticos de Inglaterra.

Este Parlamento defendía celosamente su autonomía y se aislaba del público. Sus debates no debían ser publicados y recién en el año 1778 los periodistas fueron admitidos a las sesiones.

Este sistema, con su favoritismo y su corrupción, se prestaba — como es fácil imaginarse — a mucha crítica. A partir de 1760 se produjo efectivamente, una fuerte oposición que culminó en la década del 70 en los ataques de John Wilkes contra el corrupto Parlamento. La prensa promovió una agitada campaña. Edmund Burke analizó en 1770 en sus "Ideas sobre la causa del presente descontento" las causas más profundas del malestar.

John Wilkes resumió en un gran discurso en el año 1776 las exigencias de los reformistas y propuso una reforma radical de la Cámara de los Comunes. Debían desaparecer los

burgos podridos y debía darse representación proporcional a Londres, a los nuevos centros industriales y a los condados más densamente poblados. El Parlamento debía ser realmente representativo y el poder gubernamental debía respetar los derechos de los hombres y súbditos. Estas ideas que reflejaban las tendencias avanzadas de la emancipación norteamericana y de la oposición francesa no alcanzaron a traducirse en acciones, ya que el impacto de la Revolución Francesa reafirmó en Inglaterra las tendencias conservadoras. La Guerra contra la Francia revolucionaria y Napoleón consumirían todas las energías. Solamente en 1832, se hizo la gran reforma parlamentaria, cuya necesidad y conveniencia ya había quedado planteada medio siglo antes. Durante todo el siglo XVIII se pudo mantener el Parlamento como mecanismo de poder en manos de la oligarquía gobernante.

Sobre este sistema se pueden formular los juicios más discordantes y se pueden señalar que bajo este régimen, Gran Bretaña, sufrió el mayor revés que hasta entonces había experimentado en su historia, la pérdida de sus colonias americanas; pero también se debe reconocer, objetivamente, que bajo este régimen quedaron establecidas las bases que permitieron a Gran Bretaña convertirse en la primera potencia política, naval y económica del mundo, y crear estructuras políticas y económicas y formas culturales que adquirieron valor de modelo colocando a Inglaterra a la cabeza del proceso histórico universal.

## 2. MECANISMOS E INSTITUCIONES ECONOMICAS

Particular importancia reviste al respecto, el hecho de que Gran Bretaña lograra resolver en forma inteligente y práctica un problema para el cual en aquel tiempo, ningún país del continente encontró soluciones realmente satisfactorias: el problema de colocar la riqueza del país al servicio de los fines políticos y de adecuar el poder político al incremento del bienestar nacional.

El máximo problema financiero para el gobierno de Gran Bretaña en el siglo XVIII— como para todos los Estados de la época— era el financiamiento de la política externa. La Guerra de Sucesión Española a comienzos del siglo, las guerras coloniales contra Francia, la Guerra de los Siete Años, la lucha contra los rebeldes americanos, finalmente, la larga guerra contra Napoleón en la Francia revolucionaria, donde se plantearon problemas de financiamiento cuya solución excedió muchas veces los recursos disponibles y que requirió del máximo esfuerzo.

### 2.1. El sistema fiscal

Al comenzar el siglo XVIII el sistema fiscal inglés era aún totalmente arcaico. Muchos elementos anticuados se mantuvieron a lo largo de toda la centuria. A menudo, se siguieron usando los números romanos. Muchas anotaciones se hacían en latín, y el sistema de impuestos carecía de toda ordenación racional.

Las entradas más importantes del fisco provenían del impuesto sobre la tierra y de los impuestos sobre los consumos. El landtax— el impuesto de bienes raíces — era alto, más o menos un 20 por ciento de las rentas provenientes de bienes raíces, y constituía, por tanto, un gravamen fuerte para los propietarios. Los impuestos sobre los consumos la cerveza, el gin, el tabaco, té, café, chocolate, eran impuestos indirectos que gravaban a todos los consumidores, siendo particularmente impopular el impuesto sobre el gin que en el siglo XVIII se convirtió en bebida preferida de los pobres, mientras que la bebida de preferencia entre los ricos era el oporto.

Estos impuestos constituían una fuente de entrada importante ( el landtax producía unos dos millones de libras esterlinas al año), pero resultaban totalmente insuficientes para cubrir los gastos crecientes del fisco, porque había en Inglaterra bastante dinero no aprovechado. Durante largo tiempo,

no existieron mecanismos adecuados para poner este dinero a disposición de la empresa privada o del gobierno, condición indispensable para hacer crecer la economía y entregar al gobierno los recursos que éste necesitaba.

Con el fin de cubrir el permanente déficit fiscal, el gobierno recurrió a la deuda pública y contrajo empréstitos a mediano y corto plazo, pagando por ellos fuertes intereses. Mas, la experiencia hizo ver que los préstamos a corto y mediano plazo resultaban insuficientes. Por otra parte, resultaba imposible seguir aumentando los impuestos directos e indirectos. Había que desarrollar nuevos mecanismos.

Hacia fines del siglo XVII, el gobierno empezó a contraer deudas a largo plazo, quedando establecida así la deuda pública en su sentido moderno. El gobierno empezó a emitir bonos por un plazo fijo, comprometiéndose a pagar anualmente un interés determinado. De esta manera, un inversionista podía comprar al Estado una renta garantizada. El sistema de la deuda pública no resolvió de un golpe los problemas de la hacienda pública. Sin embargo, este sistema permitió al gobierno recurrir, más fácilmente, al capital privado y financiar su política exterior y sus guerras.

## 2.2. El Banco de Inglaterra

El desarrollo de la deuda pública se relacionó luego con la fundación del Banco de Inglaterra. En su fundación concurrieron varios factores, pero dos fueron particularmente importantes y significativos. Uno se derivó de la necesidad que tenía el gobierno de disponer de una organización capaz de administrar el complicado mecanismo de la deuda. El otro se derivó de la necesidad de poder disponer de un sistema de papel moneda, en que el público tuviera confianza. Ya en los fines del siglo XVII se había desarrollado en Inglaterra la banca privada que estaba principalmente en manos de los joyeros de Londres. Estos habían creado dos instrumentos esenciales para el moderno sistema de pagos: el cheque personal y

el billete de banco. Hacia 1690 las notas o billetes ya circulaban ampliamente, complementando las monedas metálicas como un instrumento de pago no oficial. Su valor dependía totalmente de la reputación comercial del banco emisor y variaba considerablemente entre un banco y otro y de un año al otro. Hacía falta un banco emisor que pudiese contar con la confianza pública

En el año 1694 un grupo de financistas firmó un contrato con el gobierno en virtud del cual, ellos prestaron al gobierno la suma de un millón doscientas mil libras a un interés del 8 por ciento, a cambio de lo cual fueron autorizados a establecer un banco con ciertos privilegios exclusivos. La nueva corporación que recibió el nombre de Banco de Inglaterra se hizo cargo de la administración de toda la deuda pública y recibió el privilegio exclusivo de emitir billetes los cuales llegaron a ser lo que siguen siendo hasta hoy en día: el papel moneda de Gran Bretaña. El Banco facilitaba dinero al gobierno, recibía depósitos de particulares y concedía créditos, o sea, ejercía todas las funciones de un Banco Central moderno, era banco comercial e instituto de créditos. El volumen de sus negocios llegó a ser tan grande y sus relaciones con el gobierno eran tan estrechas, que pudo contar con la confianza de toda persona o institución que se dedicaba a negocios de dinero. La posición única del Banco de Inglaterra residió en que era, simultáneamente, una institución privada y un instrumento del Estado.

El hecho de que el escocés Law fracasara en su intento de crear en Francia una institución análoga y de que la mayoría de los países del continente tardara todavía un siglo en adoptar el papel moneda, pone de manifiesto, la enorme superioridad de Gran Bretaña. Con razón se ha dicho que el Banco de Inglaterra ha sido tan importante para la transformación de Gran Bretaña en potencia mundial, como sumarina, la Gloriosa Revolución y el Acta de Unión con Escocia.

El Banco de Inglaterra pudo contribuir en amplia medida a la solución de los problemas fiscales. Al mismo tiempo,

prestó servicios al capital privado sobrante y contribuyó al desarrollo general de la economía inglesa. Las guerras y, sobre todo, las guerras coloniales fueron sumamente costosas, pero también se tradujeron en enormes beneficios para la economía británica, de modo que, todo el dinero que se tuvo que invertir en ellas en forma de impuestos y préstamos se recuperó con creces. El mismo terrateniente que se quejaba del abultado landtax podía adquirir acciones del Banco de Londres y bonos de la deuda pública cuyos créditos estaban garantizados por el Estado, y cuyos intereses quedaban cubiertos por las entradas fiscales derivadas de los impuestos y los tributos de guerra. Lo esencial era que el dinero circulaba y que existían mecanismos eficientes y seguros que redundaban en beneficio de todas las partes interesadas.

El hecho de que Gran Bretaña haya podido desarrollar estos mecanismos antes de cualquier país del continente, se explica no sólo por el mayor desarrollo de su economía, sino ante todo, por la interrelación entre los organismos políticos y administrativos y las fuerzas sociales y económicas. La misma oligarquía controlaba el Gabinete, el Parlamento y el Banco de Inglaterra.

El Parlamento autorizaba los empréstitos del gobierno, y el mismo Parlamento y no ya la corona, garantizaba el servicio de la deuda pública. El Primer Ministro podía disponer de recursos mucho más cuantiosos que cualquier rey absoluto del continente, siempre que dispusiera de una mayoría en el Parlamento y siguiese las indicaciones de ésta. Gran Bretaña había logrado desarrollar mecanismos que le permitían colocar la riqueza del país al servicio del gobierno, a la vez que, el gobierno quedaba sujeto a la fiscalización de aquellos que producían y controlaban la riqueza. En la monarquía parlamentaria inglesa el Estado y la sociedad estaban unidos de la manera más estrecha.

### 2.3. El comercio exterior

La expansión política inglesa en el siglo XVIII corrió parejas con la expansión de su economía. La principal fuente de riqueza para Inglaterra en el siglo XVIII fue el comercio. De 14 millones de libras en 1714, ascendió a 24 millones en 1750 y a 40 millones en 1790, a pesar de la reducción debida a las guerras que se produjeron entre 1756 y 1763 y entre 1776 y 1783. El número de barcos aumentó de 3.300 en 1702 a 8.100 en 1764 y a 9.400 en 1776. Gran Bretaña pudo triunfar definitivamente sobre la concurrencia de los Países Bajos y vencer a Francia. Entre sus importaciones cabe mencionar las muselinas, cotonadas e indianas provenientes de la India, las pieles de Canadá, el indigo y el ron de Jamaica, el oporto de Portugal, el jerez y las naranjas de Andalucía. Las exportaciones, que excedieron regularmente las importaciones, se componían principalmente de tejidos de lana y algodón y de los productos de ultramar reexportados. Fuente de ingresos fabulosos fue la trata de esclavos, sobre la cual Gran Bretaña conquistó un monopolio casi absoluto, a raíz de la Guerra de Sucesión de España. Unos tres millones de esclavos negros fueron llegados en el curso del siglo XVIII desde las costas africanas a América. La riqueza de los comerciantes de Bristol se debió principalmente al marfil negro y se decía que las calles de Bristol estaban pavimentadas con los esqueletos de los negros africanos. Londres, que hacia fines del siglo XVIII contaba con casi un millón de habitantes, se convirtió en el primer puerto y en el centro financiero del mundo. A fines de este período, ya había en Londres setenta bancos, entre los cuales los más importantes, después del Banco de Inglaterra, eran los de Ricardo y de Baring.

Muy propio de la sociedad inglesa del siglo XVIII es la biografía de Sir Francis Baring: en 1770 fundó el Banco Baring Brothers and Co. En 1784 fue elegido miembro del Parlamento. Luego llegó a ser Director y en 1792, Presidente del Directorio de la Compañía de las Indias Orientales y al año siguiente, fue ascendido a Baronet.

Junto con los bancos surgieron las Compañías de Seguro, entre las cuales, se destacó la Compañía de Lloyd, cuya historia es también altamente significativa. A fines del siglo XVII un tal Edward Lloyd fundó en Londres un Café que se convirtió en centro de reunión para políticos y comerciantes. En 1696, fundó para sus clientes un periódico comercial que aparecía semanalmente, primero bajo el nombre de Lloyd's News y, a partir de 1726, de Lloyd's List que contenía todas las noticias importantes referentes a la navegación y el comercio exterior. Lloyd's Rooms se convirtió en centro de los aseguradores, que finalmente se asociaron y fundaron en 1771 la Compañía de Seguros Lloyd, que primero se dedicó ante todo, a los seguros marítimos, pero que con el tiempo se hizo cargo de cualquier seguro.

El perfeccionamiento de la infraestructura, redundó en beneficio del comercio interior. El revestimiento de los caminos según el procedimiento del ingeniero Mac Adam, y ante todo, la ampliación de los canales en el centro del país, entre el río Támesis, el Severn y el Mersey, favorecieron el intercambio. Inglaterra fue el primer país que dispuso de un sistema regular de transportes terrestres. La Flying Post unía a Londres y Manchester en 24 horas.

Bajo los efectos de la incipiente revolución industrial, la posición económica de Gran Bretaña se tornó tan fuerte, que en 1780 el gobierno pudo rebajar y, en parte, abolir las tarifas de aduana. Gran Bretaña abandonaba la política mercantilista y se abría al librecambio.

Hasta la década del 60 la industria inglesa mantuvo una estructura y producciones tradicionales. La llamada industria doméstica ocupaba a millares de campesinos que combinaban el trabajo agrícola con la elaboración de hilos, telas, cuchillería y armas, y eran ellos los dueños de los medios de producción. El putting-out system colocaba a otros campesinos bajo la dependencia de comerciantes manufactureros que distribuían la materia prima y fijaban los precios, ante todo, en la industria

de la lana que seguía siendo en aquella fecha la industria más importante. La forma más avanzada era la manufactura, que implicaba una concentración geográfica y técnica, una mayor división de trabajo y la propiedad de los medios de producción en manos de un empresario capitalista.

Estas fueron las condiciones que tuvo a la vista Adam Smith y que se reflejan en sus escritos económicos.

### 3. LA REVOLUCION INDUSTRIAL

En la década del 60 se iniciaron cambios radicales, que en el curso de pocos decenios modificarían profundamente la industria inglesa.

El invento de las máquinas de hilar y tejer y del motor a vapor permitió prescindir de los viejos métodos artesanales y desarrollar una nueva tecnología basada en la máquina. Una explosión demográfica aumenta la población de Gran Bretaña entre 1750 y 1800 de 6 millones a 9,1 millones, y da origen a un gigantesco éxodo del campo a la ciudad, que pone a disposición de la nueva industria, una enorme cantidad de mano de obra barata. El progreso de los medios de transporte y el perfeccionamiento del sistema de caminos y canales, hicieron nacer un gran mercado nacional dentro del cual podía operar una economía dinámica sobre la base de la libre competencia y la ley de la oferta y la demanda. La acumulación de capital como consecuencia del desarrollo comercial y financiero, produjo excedentes de capital e hizo bajar el interés del 8 al 3 por ciento lo que hizo posible financiar la industrialización sobre la base de la empresa privada.

La combinación de todos estos factores hizo posible la revolución industrial, cuyo efecto inmediato fue un extraordinario aumento de la industria de tejidos, pero que luego hizo nacer industrias nuevas basadas en el carbón y el hierro.

Las nuevas producciones requirieron de nuevas estructuras. La industria doméstica y la manufactura fueron desplazadas por la fábrica moderna, una concentración de máquinas en que la labor humana quedó reducida a la atención y el control de la máquina. Empezó a formarse el moderno proletariado industrial.

Al mismo tiempo, la agricultura experimentó profundos cambios. Los incentivos, que se derivaron de la ampliación del mercado, impulsaron a los terratenientes a aumentar la producción mediante la aplicación de métodos más racionales. La rotación sistemática permitió aprovechar intensivamente la tierra y prescindir del sistema de barbecho. Las praderas artificiales proporcionaron el forraje que permitió perfeccionar la ganadería que empezó a practicarse conforme a métodos científicos. Nuevos métodos de crianza hicieron famosos el caballo inglés y el vacuno de Durham. New Leicester era una oveja apreciada más por su carne que por su lana. Todas estas innovaciones exigían propiedades más extensas e imponían el cierre de los campos. Entre 1760 y 1780 culminó el proceso de los enclosures que ya había empezado bastante tiempo antes y que ahora entró en su fase final, impulsado por las nuevas condiciones económicas. Los Landlords, los grandes terratenientes, se apropiaron de la tierra de los campesinos y de las tierras comunes en beneficio de sistemas económicos más avanzados.

A partir de 1780 Inglaterra, que hasta entonces había podido exportar cereales, se vio obligada a importarlos. En cambio pudo aumentar cada vez más la producción de carne de bovino y ovino cuyo consumo se hizo habitual, salvo entre los grupos más miserables del proletariado. El pueblo inglés, en su gran mayoría, se alimentaba mejor que los continentales

#### 4. LOS DIRIGENTES DE LA VIDA ECONOMICA

¿Quiénes fueron los hombres y cuáles fueron los grupos sociales que en aquel siglo tuvieron en sus manos los destinos de Inglaterra?

El elemento predominante de la clase dirigente estaba formado por la nobility y la gentry, los terratenientes aristócratas y sus vecinos, los country-gentlemen. Todos ellos estaban radicados en el campo. Los grandes señores mantenían un palacio en Londres y muchos de ellos solían tener una residencia de verano en Bath u otro de los balnearios de la costa que se pusieron de moda en la segunda mitad del siglo XVIII. Y los miembros de la gentry hacían frecuentes viajes a Londres por motivos de negocio y entretención. Pero tanto la nobility como la gentry estaban arraigados en el campo, y su poder, su prestigio y su riqueza estaban basados fundamentalmente en la propiedad de la tierra.

En un sentido riguroso, sólo los Lores o Pares constituían la nobleza. Todos aquellos que ostentaban un título de duque, marqués, earl o viscount. En su gran mayoría eran de origen relativamente reciente. La sangrienta Guerra de las Rosas en el siglo XV había reducido a la vieja nobleza de sangre a 29 familias. Luego, tanto los Tudores como los Estuardo crearon a numerosos Pares. Este proceso continuó a lo largo del siglo XVIII. Entre 1700 y 1800 fueron nombrados 34 duques, 29 marqueses, 109 earls o condes y 85 vizcondes. Esta nobility no constituía un estamento privilegiado en el sentido de la nobleza continental. Sus únicos privilegios eran el derecho de ocupar un asiento en la Cámara de los Lores y el monopolio para la caza, que implicaba algunos derechos jurisdiccionales, como la visita domiciliaria y el arresto. Por lo demás, no constituía un estamento privilegiado como la alta nobleza en Francia o los Grandes y Títulos de España. Pero, si bien carecía de privilegios, poseía el poder, a diferencia de la nobleza francesa que tenía privilegios, pero que carecía de poder político.

En un nivel inferior seguía la gentry, entre la cual se distinguía como grupo de mayor prestigio el grupo de los Barons y Knights a los cuales seguía la lesser gentry, formada por los Squire y Gentlemen. Su número aumentó considerablemente. En el siglo XVII aumentó de cinco mil a quince mil y en el siglo XVIII este proceso continuó. En un sentido riguroso no formaban parte de la nobility, pero en un nivel inferior, practicaban el mismo estilo de vida que se resumía en el ideal del gentlemen.

Los miembros de la nobility constituían propiamente la clase dirigente y tenían en sus manos tanto el poder local, como el poder nacional. Ocupaban los cargos de Sheriff, High Constable o Justice of Peace y como tales ejercían el poder local. Ocupaban los Ministerios y los asientos en la Cámara de los Lores y controlaban la Cámara de los Comunes a través de sus parientes, amigos y protegidos.

La nobleza constituía una clase ociosa en cuanto que no participaba directamente en las actividades económicas. Sin embargo, no se dedicaban simplemente a disfrutar de los placeres y a la satisfacción de intereses personales, sino que tenían clara conciencia de que debían mantener y aumentar su poder y se sentían responsables del destino del país.

Ellos mismos, siendo terratenientes, no eran agricultores. Si hubiesen administrado personalmente sus tierras, no habrían tenido tiempo para la política y la cultura. Sus tierras o eran labradas por jornaleros y administradas por un steward, o eran entregadas en arriendo a un tenant.

Normalmente, la tierra a la cual estaba unida el título nobiliario estaba vinculada en forma parecida a los mayorazgos o fideicomisos en el continente. Sin embargo, existía la importante diferencia de que el vínculo regía, sólo por una vida. El noble establecía en un settlement las condiciones bajo las cuales su hijo, generalmente el primogénito, debía hacer-

se cargo de la tierra. El heredero no podía alterar estas condiciones y sólo en un nuevo settlement podía fijar nuevas condiciones para su hijo y heredero.

Si bien este procedimiento servía para mantener el patrimonio familiar a través de las generaciones, la mera tenencia de la tierra no era aun garantía económica suficiente. En general, el standard de vida de la clase dirigente inglesa se fue elevando cada vez más en el curso del siglo XVIII. Aumentaron las exigencias, se refinaron los gustos, creció el lujo, y todo esto, originó excesivos gastos. El noble que quería hacer vida de Landlord, dedicarse a la política, patronizar las artes y letras, financiar los estudios de sus hijos en Eton y Oxford y el tradicional viaje por el continente, y casar bien a sus hijas, este noble debía tratar de incrementar sus rentas. La nobleza inglesa, sin renunciar a su naturaleza de clase ociosa, se preocupó en el siglo XVIII de introducir en la agricultura los cambios que se derivaron de una racionalización de los métodos de cultivo y del perfeccionamiento de la infraestructura. Esto se tradujo en un mayor rendimiento y en un aumento de las entradas.

Sin embargo, por importantes que hayan sido estos cambios, desde el punto de vista de los intereses particulares del noble inglés, aún no resolvían todos sus problemas. Si mantenía vinculadas las tierras para beneficiar a su primogénito, se le presentaba el problema de los demás hijos. Si repartía las tierras entre sus hijos, bajaba fatalmente la posición económica y social de todos. Por tanto, el noble se veía obligado a buscar otros caminos para aumentar la fortuna de la familia. Una de las formas más usuales en el siglo XVIII fue el matrimonio. Había que casar a los hijos con herederas ricas y buscar para las hijas un marido que fuese un buen partido. El matrimonio no tenía por objetivo o justificación el amor, sino la estabilidad económica. Entre las dos partes se firmaba un detallado contrato que estipulaba minuciosamente la dote y las demás obligaciones financieras. Estos contratos ciertamente no eran una garantía

para un matrimonio feliz, pero constituyeron una base sólida para la mantención de la familia.

El mayor mercado para un buen partido estaba formado por aquellos que tenían más dinero que linaje. Los nuevos ricos que habían hecho su fortuna en la banca, el comercio internacional o en las colonias anhelaban por encima de todo poder integrarse a la clase gobernante. Para lograr este fin había que comprar en primer lugar una propiedad en el campo y luego contraer un matrimonio conveniente. En el siglo XVIII resultaba imposible integrarse a la nobility sin romper todo vínculo con los negocios y sin haberse convertido en terrateniente. Una vez establecido en el campo, se podían tomar todas las medidas que tal vez podían abrir al hijo o al nieto las puertas hacia la sociedad aristocrática. Había que tratar que el hijo fuese admitido en Eton y luego en un College en Oxford. Después de regresar de la Gran Tour por el continente, era posible arreglar para el hijo el matrimonio con la hija de un conde o vizconde en mala situación económica. El nieto luego podía ingresar plenamente a la nobility y llegar a ser miembro del Parlamento, juez u obispo.

De esta manera, la nobleza inglesa se renovó continuamente. No constituía una casta cerrada, sino que estaba abierta hacia los estratos inferiores.

La movilidad social, característica para la sociedad inglesa del siglo XVIII, no operaba sólo de abajo hacia arriba, sino también en un sentido inverso. Ciertamente, en las grandes familias en que, por matrimonio y herencia, se habían acumulado varios títulos y las propiedades correspondientes no había mayor problema para dotar a cada hijo adecuadamente. Pero en otros casos podía ser más difícil. En una familia numerosa, el primogénito heredaba el título y la tierra, el segundo solía seguir la carrera de las armas y el tercero la carrera eclesiástica. Pero los hijos siguientes se veían obligados a ingresar a la vida de los negocios y al mundo de los comunes.

Entre los comunes, por su parte, existió igualmente una gran movilidad. Del grupo de los comerciantes salieron muchos de los empresarios que, aprovechando las posibilidades que se derivaban de los inventos tecnológicos, invirtieron sus capitales en las nuevas empresas industriales. Pero muchos empresarios emergieron también, de la clase de los artesanos que, en contacto directo con la producción, empezaron a transformar sus talleres en modernas fábricas para ascender luego a estratos sociales superiores.

La sociedad del siglo XVIII estuvo dominada por la aristocracia, la cual estuvo estructurada jerárquicamente. Mas, a diferencia de la sociedad en el continente, la sociedad inglesa ya no fue una sociedad de estamentos cerrados, sino que fue una sociedad abierta, basada fundamentalmente en la fortuna. La nobility seguía siendo una clase ociosa, en el sentido de que no se preocupaba directamente de los viles negocios o del trabajo de la tierra, y que aprovechaba su independencia económica para dedicarse a la política y la cultura. Pero esta aristocracia comprendió perfectamente la importancia del poder económico y, proporcionó los medios políticos y legales para fomentar el proceso de capitalización e industrialización.

Este fue, a grandes rasgos, el mundo en medio del cual vivió y actuó Adam Smith. Fue testigo de un proceso de vigorosa expansión política y económica en que el trabajo producía riqueza, en que una creciente división de trabajo se traducía en progreso económico, en que la movilidad social permitía liberarse de viejas convenciones y en que la acción individual resultaba más eficiente que la reglamentación estatal y la ordenación gremial.

Adam Smith ofreció los instrumentos teóricos para comprender mejor este mundo y para encauzar los procesos económicos y sociales hacia nuevos fines.

## BIBLIOGRAFIA

1. Ashton, Thomas S.      *An Economic History of England: The Eighteenth Century*, Methuen, Londres, 1955.
2. Kluxen, Kurt              *Grossbritannien von 1660 bis 1783. En Handbuch der Europäischen Geschichte*, ed. Theodor Schieder, 1961 T. 4, pp. 308 -377.
3. Namier, Lewis B.        *The Structure of Politics at the Accession of George III*, 2<sup>a</sup> ed. 2 vols., 1957.
4. Namier, L.B. y Brooke, H.                  *The House of Commons 1754 - 1790* 3 vols. 1964.
5. Plumb, J. H.              *England in the Eighteenth Century 1714 - 1815*, Penguin Books, 2<sup>a</sup> ed. 1963
6. Turberville, A.S.        *The House of Lords in the Eighteenth Century*, 1927.
7. Willcox, William B.     *The Age of Aristocracy 1688 - 1830*, 2<sup>a</sup> ed. 1963.

LOS ANTECEDENTES FILOSOFICOS DE ADAM SMITH

Joaquín Barceló

Quienquiera que, viniendo de otra disciplina, se aventure a leer *La Riqueza de las Naciones*, seguramente le llamará la atención ciertos supuestos subyacentes a la doctrina económica expuesta en esta obra. Pronto advertirá que, si bien estos supuestos no son propiamente económicos, sin ellos no sería posible concebir la imponente construcción científica que el ensayo presenta. Entre estos supuestos se destacan los siguientes: que los agentes de la actividad económica son individuos; que la actividad económica, tal como podía ser descrita en la segunda mitad del siglo XVIII, tiene su origen remoto en un estado o condición primitiva de la humanidad en que, si existía, revestía formas muy diferentes de las modernas; que los individuos, en cuanto agentes económicos, son propietarios; que los estados y sus leyes defienden de algún modo la propiedad individual; y que los hombres son movidos por sus pasiones para emprender las actividades que constituyen la vida económica. A continuación nos referimos muy brevemente a la manera de cómo estos diversos supuestos se configuraron en la tradición filosófica anterior a Adam Smith, especialmente, en la segunda mitad del siglo XVII y en la primera mitad del siglo XVIII, para examinar luego con mayor detalle la teoría de las pasiones, en cuanto motores de la actividad económica, considerada dentro del mismo marco histórico.

## 1. SUPUESTOS SUBYACENTES

### 1.1. El agente económico es el individuo

Que los agentes de la vida económica sean en último término individuos, es algo que nos parece demasiado evidente

como para merecer siquiera una mención explícita. Pero es preciso considerar que, la noción misma de individuo humano, en cuanto entidad netamente identificable y de la cual es posible predicar atributos bien determinados es una noción moderna. Para la Antigüedad y para la Edad Media aristotelizante el individuo se mostraba como inefable; el conocimiento científico lo era tan sólo de lo necesario y universal, de modo que el individuo, que es eminentemente particular y contingente, eludía todo intento de aprehensión por parte del saber, que aspira a ser riguroso. Es cierto que el cristianismo debió enfrentarse con el problema de la salvación del hombre, que es un asunto completamente individual, así como también con el de la unidad de Cristo, que posee dos naturalezas, una divina y otra humana; para resolver estas dificultades, elaboró el concepto de "persona", que expresa la unidad del hombre como ente psicofísico. Con todo, no fue hasta el Renacimiento italiano, con su admitación por las individualidades fuertes y de rasgos bien definidos, y hasta la Reforma luterana, con su afirmación del carácter directo y personal de las relaciones entre el hombre y Dios, que el individuo se impuso como el centro de la vida histórica en sus diversas manifestaciones políticas, sociales, económicas y culturales. A pesar de ello, la elaboración conceptual de la noción de individuo tarda en precisarse, y así vemos que aun en Locke, a fines del siglo XVII, ella se muestra vacilante y escindida. En efecto, Locke parece oscilar entre la posición del realista empírico, para quien lo individual es aquello que se constituye objetivamente en torno a y en relación con el cuerpo sensible de un hombre, y la del subjetivista moderno, para quien lo individual es el yo, la propia conciencia, accesible sólo a mí mismo y cuya relación con el otro no es inmediata, sino que está mediatizada por la experiencia.

## 1.2. Origen en una condición primitiva

La importancia que adquiere la noción moderna de individuo para la descripción y explicación de los fenómenos his-

tóricos — sean éstos de índole social, política o económica — plantea de inmediato la pregunta por el surgimiento de la sociedad en cuanto organización de los individuos bajo una autoridad política supraindividual, que actúa como un solo cuerpo a pesar de estar formada por una multiplicidad de integrantes. Durante los siglos XVII y XVIII fue habitual suponer una condición presocial, pero racional de la humanidad, que constituye el llamado estado de naturaleza, de la que el hombre sale de este estado mediante el establecimiento de un pacto que da origen al estado político. El fin de la institución estatal es la defensa de los intereses individuales o la protección de la colectividad. Entre los intereses que el estado debe proteger no sólo cuenta la defensa de la vida de los individuos contra cualquier agresión, sino también su derecho a la posesión y goce de ciertos bienes; de este modo, la hipótesis del estado de naturaleza adquiere relevancia para la fundamentación de la actividad económica en el derecho natural.

Todos los autores del período que nos ocupa coinciden en afirmar que el estado de naturaleza es una condición de perfecta igualdad, en que no han surgido aún las diferencias de poder o de riquezas entre los hombres. Smith opina que :

"La diferencia de talentos naturales en hombres diversos no es tan grande como vulgarmente se cree, y la gran variedad de talentos que parece distinguir a los hombres de diferentes profesiones.... es efecto y no causa de la división del trabajo".<sup>1</sup> Locke

fundamentó dicha igualdad en la plena libertad de que gozan los individuos en estado de naturaleza, sólo limitada por los preceptos de la ley natural. Es claro que la libertad natural del hombre es muy diferente de su libertad en sociedad; la primera consiste, para Locke, en la no sujeción de ningún poder humano y en la regulación de la conducta mediante la sola ley natural; la segunda, en cambio, consiste en la no sujeción a leyes que no hayan sido establecidas por el consentimiento directo o indirecto de quienes convinieron el pacto social.

<sup>1</sup>A. Smith, *The Wealth of Nations* (Traducción española, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1958. Libro Primero cap. II, p.18.

### 1.3. El agente económico es propietario

La salida de la humanidad del estado de naturaleza tiene lugar en virtud de un proceso que se inicia con la ruptura de la igualdad originaria, debido al establecimiento de la propiedad individual. En aquél, la propiedad era comunitaria, y los esfuerzos de los pensadores tienden a mostrar como se instituye la propiedad individual a partir del régimen comunitario característico de la condición presocial de la humanidad. Para Locke son tres los ingredientes de la propiedad individual: la propia persona, su trabajo y la cosa natural que es modificada por su trabajo. El individuo se apropia legítimamente de este modo de todo aquello que, encontrándose en estado natural, es sacado de él por el trabajo que le añade. Es cierto que la apropiación tiene originariamente para Locke ciertas limitaciones; así, no es lícito apropiarse de cosas naturales de las que no haya cantidad suficiente y de calidad no inferior a disposición de los demás; igualmente, no es lícito apropiarse de más productos de los que el individuo puede utilizar en provecho de su vida antes de que se deterioren. Las mismas restricciones se aplican, es claro, a la apropiación de la tierra; un individuo se hace dueño de cuanta tierra cultive y cuya producción pueda usar en su provecho, siempre que haya suficiente tierra de calidad no inferior para los demás hombres. Esta última condición era fácil de satisfacer en el siglo XVII, en que la población mundial era menor que la actual y en que había grandes extensiones de tierra sin cultivar. En cuanto a la primera restricción, que limita la apropiación a la de aquellas cosas que pueden ser utilizadas en provecho propio antes de que se deterioren, ella pierde importancia desde la invención del dinero. En efecto, el dinero permite utilizar en provecho propio enormes cantidades de productos, no consumiéndolos directamente sino vendiéndolos antes de que se deterioren; el dinero obtenido por la venta permitirá a su vez comprar trabajo ajeno con el fin de cultivar mayores extensiones de tierra y multiplicar la producción, de modo que, en la práctica no habrá límites para la extensión de tierra que un individuo puede cultivar directa o indirectamente y cuyo producto puede usar antes de que se deteriore.

#### 1.4. El Estado es tutor de la propiedad individual

La apropiación individual y la introducción del dinero son, pues, el origen de la desigualdad entre los hombres. Esta desigualdad acarrea conflictos como resultado de amenazas o de transgresiones de hecho a la propiedad, es decir, a la vida, a la libertad y a los bienes de los individuos, de acuerdo con el concepto de propiedad acuñado por Locke. Pero el término propiedad tuvo un destino adverso, por cuanto su significado presentaba la tendencia a restringirse únicamente al de los bienes exteriores pertenecientes a un individuo. La noción de propiedad se empobrece y ya en la primera mitad del siglo XVIII se utiliza tan sólo en el sentido de las posesiones alienables. De este modo, la institución del Estado, de los mecanismos gubernamentales y, en buenas cuentas, de lo que en los siglos XVII y XVIII se llamó la sociedad, se presenta como obedeciendo a la necesidad de defender y asegurar la propiedad de los bienes, administrando la justicia entre los individuos y poniendo fin así a las recíprocas amenazas propias del estado de naturaleza.

En general, los pensadores ingleses vieron la apropiación como una consecuencia natural del trabajo; la propiedad y la desigualdad como un resultado forzoso de la apropiación, y la convención de un pacto social y el establecimiento consiguiente de un gobierno, como la culminación necesaria a la cual conduce el instituirse la propiedad individual. Leyes y gobiernos se manifestaron así, como imposiciones inevitables por la misma condición humana, en la medida en que el hombre no puede prescindir del trabajo si quiere satisfacer sus necesidades y deseos

## 2. LA TEORIA FILOSOFICA DE LAS PASIONES

En lo que sigue, examinaremos las motivaciones reconocidas en aquella época como las que impulsan a los individuos a adquirir poder económico mediante la contratación de trabajo ajeno y la acumulación e intercambio de capitales y

productos, permitiendo el desarrollo del comercio y de la industria y generando la movilidad socioeconómica característica de la economía liberal. Hacemos de este problema el centro de nuestra exposición acerca de los antecedentes filosóficos de Adam Smith, por dos razones. En primer término, porque él nos lleva directamente a tratar la teoría de las pasiones, que representa en cierto modo, la culminación del esfuerzo filosófico del Racionalismo y de la Ilustración en la medida en que permitió trasladar al mundo humano la vigencia de la ley natural que las ciencias de la naturaleza postulaban con tanto éxito en su campo específico de investigación. En segundo lugar, porque Adam Smith, quien era, por así decirlo, filósofo de profesión, que ocupó las cátedras de Lógica y de Filosofía Moral en la Universidad de Glasgow, concentró sus esfuerzos precisamente en el estudio de las motivaciones de los actos humanos, antes de escribir *La Riqueza de las Naciones*. En efecto, en 1759 había publicado su *Teoría de los Sentimientos Morales*, que es considerada hasta hoy como una de las obras clásicas de la filosofía moral inglesa, y a la que nos referiremos más adelante, ubicándola dentro del contexto de la reflexión moral de los siglos XVII y XVIII.

### 2.1. Tendencias generales

Es un hecho comúnmente aceptado que el desarrollo de las ciencias de la naturaleza durante los siglos XVII y XVIII fue uno de los factores que influyeron sobre la formación de la doctrina económica liberal. El imperio absoluto de la ley natural fue reconocido como el principio que permitía explicar todos los fenómenos que tienen lugar tanto en el mundo inanimado como en el reino de la vida; la relación causal entre los diversos acontecimientos haría posible comprender la razón, en virtud de la cual se produce un hecho, concibiendo su aparición como dependiente de otro hecho, de modo que, el efecto depende de su causa. La visión del conjunto de la naturaleza inanimada como una compleja trama de causas y efectos permitió entender el universo entero como un gran

mecanismo, una máquina de proporciones descomunales en que unas piezas engranan con otras y les comunican sus movimientos. No en vano es la época de la revolución industrial y de las filosofías mecanicistas. El universo como un reloj gigantesco y Dios como el supremo Relojero, tal es la metáfora favorita en aquellos tiempos. A la manera del Gran Ingeniero, Dios concibe y construye la máquina del mundo; luego, ésta funcionará sola en virtud de las leyes naturales. De aquí, a la teoría económica del *laissez faire* no hay más que un paso, pero para darlo era necesario establecer previamente cuál es la ley natural para el hombre y averiguar cuáles son los mecanismos y resortes que ponen y mantienen en marcha la maquinaria de la vida económica. Descartes, Fontenelle, Leibniz expresan sobre el particular lo siguiente: El primero,

"He señalado ciertas leyes que Dios ha establecido en la naturaleza y de las que ha impreso las nociones en nuestras almas de tal modo que, después de reflexionar suficientemente, no podríamos dudar de que ellas son observadas con exactitud en todo lo que hay o lo que ocurre en el mundo". Ibid: "... Este movimiento que acabo de explicar se sigue tan necesariamente de la sola disposición de los órganos que se pueden ver con lo ojos en el corazón, y del calor que se puede sentir en él con los dedos, y de la naturaleza de la sangre que se puede conocer por experiencia, como el de un reloj se sigue de la fuerza, de la situación y de la figura de sus contrapesos y ruedecillas". Fontenelle dice al respecto: "Se pretende que el universo es en grande lo que en pequeño es un reloj, y que en él todo se realiza por movimientos regulados, que dependen del acoplamiento de sus diversas partes". Leibniz agrega: "Es verdad que el mundo no es un compuesto de un número finito de átomos, sino más bien es como una máquina hecha en cada una de sus partes de un número verdaderamente infinito de resortes".<sup>2</sup>

<sup>2</sup>R. Descartes, *Discours de la Méthode*, 5ª parte. Librairie Philosophique J. Vrin, 1947.

B. de Fontenelle, *Entretiens sur la Pluralité des Mondes*, traducción de L. Hernández Alfonso, Madrid, 1963, p. 44.

G. W. Leibniz, *Philosophische Schriften*, ed. Gerhardt, vol. IV p. 556.

A diferencia de la ley natural vigente para el mundo inanimado, la ley natural del hombre tiene carácter moral y expresa el orden preestablecido por la voluntad divina para una naturaleza racional. J. Locke lo interpreta así: "Esta ley de la naturaleza puede ser descrita, pues, como un orden puesto por la voluntad divina, cognoscible por la luz de la naturaleza, indicador de qué es apropiado o inapropiado a la naturaleza racional y que, por ello mismo, manda o prohíbe".<sup>3</sup> Al decir que se trata de una ley moral, no se piensa primariamente en una prescripción acerca de lo que un ser humano debería hacer para actuar de manera agradable a Dios, sino más bien en una descripción de lo que es la naturaleza del hombre en cuanto agente, que permita inferir el modo en que actúa o debe actuar en conformidad con su naturaleza, manteniendo con ella una consistencia interna. El matiz está determinado por las exigencias del método científico moderno. En las ciencias de la naturaleza, la deducción de los fenómenos de movimiento a partir de las fuerzas naturales expresadas en leyes de vigencia universal iban precedidas por la investigación de las fuerzas de la naturaleza y de sus leyes a partir de los fenómenos mismos; tal es el método que declaradamente había aplicado Newton en sus Principios y que fue considerado ejemplar por quienes se hallaban a la vanguardia de la investigación científica y del pensamiento filosófico. Ya en 1644, Locke tenía plena conciencia de la relación esencial que existe entre la ley natural humana así concebida y la ley natural vigente para el universo no humano. En la constitución de este mundo, escribe:

"Todas las demás cosas observan una ley fija para sus operaciones y un modo apropiado a su naturaleza; porque una ley es justamente lo que prescribe a cada cosa la forma, modo y medida de su acción... No parece que sólo el hombre esté libre de leyes mientras las restantes cosas están sujetas a ellas, sino que él tiene un modo prescrito de actuar conforme a su naturaleza; ni parece apropiado a la sabiduría del primer artífice crear un animal perfectísimo y desasegado, dándole espíritu, inteligencia, razón y todo lo necesario para actuar en mayor abundancia que a los demás, pero sin destinarlo a ninguna tarea, así como tampoco hacer únicamente al hombre capaz de una ley para que no se someta a ninguna".<sup>4</sup>

<sup>3</sup>J. Locke, *Essays on the Law of Nature*, ed. von Leyden, Oxford, 1954, p. 110.

<sup>4</sup>J. Locke, *op. cit.*, p. 116.

¿Cuáles son, sin embargo, los resortes que desencadenan el movimiento en el mecanismo de la vida moral humana?. Durante los siglos XVII y XVIII fue un principio indiscutido que dichos resortes son las pasiones. No intentaremos aquí reproducir, ni siquiera en forma abreviada, los largos y prolijos análisis que los filósofos hicieron de las pasiones durante esta época; nos interesa únicamente mostrar de qué manera el estudio de la teoría de las pasiones fue entendido como útil y aun necesario para poder explicar el funcionamiento del mecanismo moral en el hombre. En particular, Hume había señalado, entre otros, su importancia como motores de la vida económica. Y lo plantea:

"Todas las cosas del mundo, se adquieren por el trabajo; y nuestras pasiones son las únicas causas del trabajo".<sup>5</sup> Semejante afirmación podría tal vez parecer sorprendente. ¿No fue precisamente este período la época del triunfo del racionalismo, de la fe ilimitada y casi supersticiosa en la razón? ¿Y no es la razón aquella facultad del hombre que se muestra declaradamente como la gran enemiga de las pasiones, de las que desconfía y a las que debe someter y dominar? ¿De dónde viene entonces el prestigio que se atribuye a las pasiones? Efectivamente, durante los siglos XVII y XVIII se creyó en la razón y se confió en su imperio; pero ella fue entendida como un principio director y no como un motor de la actividad humana. La razón orienta y ordena, como el arquitecto que preside los trabajos de una construcción e indica la disposición debida de las partes del edificio; pero ella no levanta las piedras ni ensambla los maderos. Tal como lo expresara el poeta Alexander Pope,

On life's vast ocean diversely we sail,  
Reason's the card, but Passion is the gale.

"Por el vasto océano de la vida navegamos de diversas maneras; la Razón es la carta, pero la Pasión es el viento".<sup>6</sup>

<sup>5</sup>D. Hume, *Essays Moral, Political, and Literary*, II, 1, ed. Grand Richard, Londres, 1904.

<sup>6</sup>A. Pope, *Essay on Man*, Casell and Co. S.A. Limited, Londres, Paris, Nueva York y Melbourne, Memo 1967, Epístola II, pp.107-108 (cit. por A.O. Lovejoy, *Reflections on Human Nature*, Baltimore, 1961, cap.2. Trad. al español por Rafael Castillo, ed., D. F. Herrero Hnos.)

Ahora bien, el estudio de la teoría de las pasiones en las obras de los pensadores del período que estamos considerando revela que, en cuanto a la naturaleza humana se refiere, muchos de ellos estaban lejos de verlo todo de color de rosa. Que los individuos se sobreestiman a sí mismos y creen valer más y ser mejores de lo que realmente valen o son, es un lugar común en todos los autores de la época, aun en los más indulgentes. Hobbes había observado que casi todos los hombres tienen un vano concepto de su propia sabiduría, que creen poseer en mayor grado que el vulgo. Ve, por otra parte, como una inclinación general de toda la humanidad, un deseo incesante y perpetuo de adquirir poder tras poder, al que sólo pone fin la muerte. De él derivan la competencia de unos hombres con otros por las riquezas, el honor o el mando, así como también la desconfianza mutua y el deseo de gloria; y éstas son las tres causas principales de discordia y enemistad. Si bien las pasiones y deseos humanos son de por sí moralmente neutrales, porque mientras no haya una ley que prohíba las acciones a que dan origen, no pueden tener carácter vicioso, Hobbes reconoce, por ejemplo, que la codicia de grandes riquezas y la ambición de grandes honores son honorables, es decir, expresan un valor individual en el juicio de los demás, en tanto que la modestia y mesura en los deseos de riqueza y poder son deshonorables.<sup>7</sup>

## 2.2. Mandeville

El cuadro trazado por Hobbes acerca de la naturaleza humana está hecho ciertamente de colores sombríos ¿Dónde está, pues, esa actitud optimista que parece iniciarse con el racionalismo y alcanzar su punto más exaltado en el pensamiento de la ilustración?. La verdad es que los pensadores de los siglos XVII y XVIII no tienen una alta idea del hombre, pero confían en que, con todos sus vicios, debilidades y mise-

<sup>7</sup>Th. Hobbes, *Leviathan*, I, pp. 10, 11 y 13. Traducción de Manuel Sánchez Sarco, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1940.

rias, el ser humano es capaz de alcanzar, sin embargo, el bienestar y la felicidad; creen, con Mandeville, que "se puede levantar la más bella superestructura sobre fundamentos pútridos y despreciables".<sup>8</sup> La célebre Fábula de las abejas de Mandeville es un excelente ejemplo del espíritu que en gran parte animaba a la reflexión moral durante este período. Las abejas que habitaban una cierta colmena trabajaban laboriosamente impulsadas por bajas e innobles pasiones y, alimentando vicios del todo semejantes a los humanos, no obstante, habían logrado formar un estado próspero y poderoso:

Thus every part was full of vice,  
Yet the whole mass a paradise....

Such were the blessings of that state;  
Their crimes conspir'd to make them great:  
And virtue, who from politics  
Had learn'd a thousand cunning tricks,  
Was, by their happy influence,  
Made friends with vice: and ever since,  
The worst of all the multitude  
Did something for the common good.<sup>9</sup>

"Así, todas sus partes estaban llenas de vicios, pero el todo era un paraíso.... Tales eran las bendiciones de aquel estado; sus crímenes conspiraban para engrandecerlas; la virtud, que había aprendido de la política mil hábiles triquiñuelas, por su feliz influencia había hecho amistad con el vicio, y desde entonces los peores de la multitud hacían algo por el bien común".

Pero las abejas, cansadas de su deshonestidad y avergonzadas de sus crímenes, rogaron a Júpiter que las hiciera virtuosas. El padre de los dioses accedió, pero la inevitable consecuencia de que los animalitos se volvieran honestos fue que vieron desvanecerse su prosperidad y grandeza, quedando la colmena sumida en la más frugal y ascética miseria.

<sup>8</sup>B. Mandeville, *The Fable of the Bees, or Private Vices, Public Benefits*. Impreso por J. Roberts, Oxford Arms in Wampick Lam, 1714.

<sup>9</sup>B. Mandeville, *op. cit.*, I, p. 24.

La moraleja es:

Then leave complaints: fools only strive  
 To make a great and honest hive  
 T'enjoy the world's conveniencies,  
 Be fam'd in war, yet live in ease,  
 Without great vices, is a vain  
 Utopia seated in the brain.....

So vice in beneficial found,  
 When it's by justice lopt and bound,  
 Nay, where the people would be great,  
 As necessary to the state,  
 'As hunger is to make'em eat.<sup>10</sup>

"Por tanto no os quejéis; sólo los locos se empeñan en hacer una colmena grande y honesta. Gozar de las ventajas del mundo y ser afamado en la guerra, mas vivir con holgura, sin grandes vicios, es una vana Utopía asentada en el cerebro..... Así, el vicio resulta beneficioso cuando está restringido y maniatado por la justicia; aun más, donde las gentes quieren ser grandes, es tan necesario al estado como lo es el hambre para hacerlas comer".

La fábula causó gran revuelo y fue objeto de las más diversas interpretaciones. Su propósito fundamental, aclaró el mismo Mandeville, "es mostrar la imposibilidad de gozar de todas las comodidades más elegantes de la vida que pueden hallarse en una nación industriosa, rica y poderosa, recibiendo al mismo tiempo la bendición de toda la virtud e inocencia que pudiera desearse en una Edad dorada.<sup>11</sup> Es claro que el autor concebía la felicidad social como la posibilidad de gozar de una vida confortable en que los individuos pudieran servirse de las ventajas y adelantos de la civilización. Y así plantea :

"¿.... No es el gran objetivo de la formación de sociedades humanas la mutua felicidad? Quiero decir, ¿no se proponen todos los individuos, al unirse de este modo, una condición de vida más confortable que aquella de que podrían gozar creaturas humanas en un estado libre y silvestre, si hubiesen de vivir como los otros animales salvajes, sin lazos ni dependencia?".<sup>12</sup> Pero ¿no es

<sup>10</sup>B. Mandeville, op. cit., I, pp. 36-37

<sup>11</sup>B. Mandeville, op. cit., I, p. 6.

<sup>12</sup>B. Mandeville, op. cit., II, p. 46.

éste justamente el fin que se propone el desarrollo económico en una época básicamente individualista? Aquí empieza a revelárenos Mandeville como un precursor del pensamiento liberal. Su teoría moral y sus atisbos en el terreno de la teoría económica configuran una reflexión de sumo interés para el tema que nos ocupa. Por lo pronto, Mandeville tuvo plena conciencia de que su concepción de la felicidad social y las consecuencias económicas que de ella se desprenden tienen su raíz en la noción moderna de individuo. De este modo,

"Todo individuo", dice, "es de suyo un pequeño mundo, y todas las creaturas, en la medida en que se los permiten su entendimiento y sus habilidades, procuran hacer feliz a su yo; esto es en todas ellas el esfuerzo constante, y parece ser todo el propósito de la vida. De donde se sigue que en la elección de las cosas los hombres tienen que estar determinados por la percepción que tienen de la felicidad".<sup>13</sup>

El afán posesivo del ser humano deriva, a su juicio, del orgullo que caracteriza a todo hombre; y acerca de éste, escribe:

"En ninguna otra especie fuera de la nuestra se engañan tanto acerca de sí mismos como para imaginar que todo es suyo. El deseo de dominio es una consecuencia infalible del orgullo común a todos los hombres, y el rapaz de un salvaje tiene tanto de él desde su nacimiento como el hijo de un emperador".<sup>14</sup> De aquí infiere Mandeville que los logros de la civilización y de la cultura están motivados fundamentalmente por el afán de lucro y la ambición:

"Lo que promueve y fomenta las artes y las ciencias es la remuneración, el dinero y el honor; y se obtienen miles de perfecciones que no existirían, si los hombres hubiesen sido menos orgullosos o menos codiciosos. La ambición, la avaricia y a menudo la necesidad son grandes acicates para la industria y la laboriosidad.... En tanto que las profesiones sean lucrativas y comporten grandes dignidades, siempre habrá hombres que se distingan en ellas. En una nación grande y civil, por tanto, abundará siempre toda clase de saber mientras las gentes prosperen".<sup>15</sup>

<sup>13</sup>B. Mandeville, op. cit., II, p. 178.

<sup>14</sup>B. Mandeville, op. cit., II, p. 204.

<sup>15</sup>B. Mandeville, op. cit., II, p. 341

Para Mandeville, toda acción humana tiene una raíz egoísta. Este carácter de nuestras acciones puede permanecer inadvertido debido a que el hombre, además de alimentar en su espíritu el orgullo, la ambición, la codicia y el vano deseo de gloria, posee un peculiar talento para disimular dichas inclinaciones, haciéndolas pasar por rasgos altruistas y desinteresados. Será oportuno el chiste de Voltaire: "Este amor propio es el instrumento de nuestra conservación; se asemeja al instrumento de la perpetuación de la especie: nos es necesario, nos es querido, nos proporciona placer y hay que esconderlo".<sup>16</sup> Con todo, el análisis psicológico revela que lo que se muestra como virtud no es virtud auténtica; aun aquellas emociones que nos hacen simpatizar con los demás, regocijarnos con su alegría y entristecernos con su dolor, tienen un fondo de irreductible egoísmo. El hombre no es sino un mecanismo de pasiones interesadas que actúan las unas sobre las otras y que constituyen la motivación de todas sus acciones. De aquí la alegoría encerrada en la Fábula de las abejas, cuyo subtítulo, Vicios privados, beneficios públicos, es bastante significativo. Aunque Mandeville no sostuvo que todo vicio individual constituye un beneficio público, ni tampoco que el vicio deba ser fomentado, insistió en que algunos vicios pueden ser aprovechados para el bien común y en que todos los beneficios se basan, en último término, en acciones que de suyo son viciosas. Del mismo modo, si bien reconoció que no toda extravagancia y derroche son convenientes para el estado, proclamó que el lujo no es en sí mismo nocivo, sino más bien necesario para una nación, por cuanto crea fuentes de trabajo y, por tanto, riqueza; una posición similar frente al problema del lujo adoptaría más tarde Hume. Mandeville veía, de hecho, la basura y las inmundicias que se acumulaban en las calles de las grandes ciudades, ensuciándolas, como el signo del bienestar y felicidad de sus habitantes, pues proceden de su consumo.

<sup>16</sup>Voltaire, Dictionnaire Philosophique, Amour-propre, ed. por Librairie Hachette Etcie, 1891.

Mandeville había enunciado también expresamente el principio de división del trabajo; pero este logro va entretejido en su obra con la formulación explícita de la doctrina del *laissez faire* en materias políticas y económicas. Esto es importante, porque indica que en la primera mitad del siglo XVIII los tiempos estaban ya maduros para recibir la nueva teoría. Citamos a continuación dos textos de Mandeville que son reveladores de la culminación de los ideales racionalistas que la doctrina lleva implícita:

"No conozco nada con que las leyes y la economía establecida de una ciudad bien ordenada puedan compararse con mayor propiedad que con un telar. La máquina, a primera vista, es intrincada e ininteligible, pero sus efectos son exactos y hermosos, y hay una sorprendente regularidad en lo que produce. Pero la belleza y exactitud de la manufactura se deben principalmente, si no del todo, a la felicidad de la invención y al artificio de la maquinaria. Porque el más grande artista no podrá extraer de ella una obra mejor que la que puede hacer cualquier truhán después de medio año de práctica... Hoy es frecuente tener relojes hechos para reproducir diversas melodías con gran exactitud; no es posible pensar sin asombro en la dedicación y esfuerzo, no menos que en las molestias y desengaños, que necesariamente tiene que haber costado desde el comienzo hasta el fin hacer y deshacer tales dispositivos. Hay algo análogo a esto en el gobierno de una ciudad floreciente que haya perdurado ininterrumpidamente a través de varias épocas... Pero una vez que ha alcanzado toda la perfección que puede darle el arte y la sabiduría humana, toda la máquina puede hacerse funcionar por sí sola sin más habilidad que la requerida para dar cuerda a un reloj".<sup>17</sup> En otro párrafo, sigue con sus reflexiones:

"En la composición de las naciones, los distintos niveles de hombres deben guardar entre sí una cierta proporción en cuanto al número con el fin de que el todo constituya una mezcla bien proporcionada. Y como esta proporción debida es el resultado y la consecuencia natural de la diferencia que existe en las aptitudes de los hombres y las vicisitudes que ocurren entre ellos, nunca se logra o se preserva mejor que cuando nadie se entremete en ella. De aquí podemos inferir cómo la miope sabiduría de gentes tal vez bien intencionadas puede privarnos de una felicidad que fluiría espontáneamente de la naturaleza de toda sociedad grande si nadie desviase o interrumpiese su curso."<sup>18</sup>

<sup>17</sup>B. Mandeville, op. cit., II, pp. 322-323.

<sup>18</sup>B. Mandeville, op. cit., II, p. 353.

Pero todo lo dicho hasta aquí acerca de las pasiones como los innobles motores de la vida social y económica y acerca de los positivos resultados a que, sin embargo, conducen, constituye sólo un aspecto, aunque importante, del tratamiento del problema moral durante el siglo XVIII. El otro lado de la cuestión está en que, aun cuando las inclinaciones naturales del hombre puedan ser egoístas e interesadas, el ser humano posee un sentido moral que le permite juzgar sus propias pasiones atribuyéndoles un valor ético, dar su aprobación a las virtudes y rechazar los vicios. Precisamente, en este sentido moral reside la posibilidad misma de denunciar la bajeza de las inclinaciones que nos impulsan a actuar. Así, por ejemplo, cuando Mandeville sostiene que los hombres actúan llevados por su egoísmo; que el orgullo, la avaricia y la ambición son necesarios y útiles a la sociedad y al estado; que nuestros rasgos altruistas no son otra cosa que vanidad disfrazada, no infiere de todo ello que orgullo, codicia, ambición, vanidad, etc., adquieran una valoración moral positiva; continúan siendo vicios, y ningún recurso de la dialéctica o de la retórica logrará transformarlos en virtudes. Existe, por consiguiente, una vivencia interna del hombre, de la que depende su juicio moral. En la medida en que dicha vivencia conduce al ser humano a tender naturalmente hacia la felicidad propia y la de sus semejantes, constituye un sentimiento fundamental que ocasionalmente fue designado como *simpatía*. La línea de pensamiento ético que enfatizó esta dimensión de la vida moral del hombre fue iniciada por Lord Shaftesbury y reaparece en las reflexiones de Hume, de Rousseau y, por último, de Adam Smith.

### 2.3. Hume

No se trata, claro está, de embellecer la imagen del hombre negando su egoísmo o fingiendo que su conducta se somete a los dictados de la razón. Nada de eso. El juicio sobre el comportamiento moral del ser humano continúa siendo duro, pero se reconoce la validez de los sentimientos sobre cuya acción puede fundarse la valoración de las acciones y,

por tanto, el enjuiciamiento de la conducta de los hombres. Hume, por ejemplo, reconoce que la razón por sí sola es impotente para motivar la acción humana y que tampoco es capaz de oponerse a las pasiones en el gobierno de la voluntad; aun más, la razón se le aparece como esclava de las pasiones, sin que pueda aspirar a otra función que servir las y obedecerlas;<sup>19</sup> reconoce también que la codicia es la más poderosa de las pasiones y que no puede ser reprimida, sino tan sólo dirigida u orientada hacia el bien social. Y dice:

"Es cierto que ninguna afección del espíritu humano tiene la fuerza suficiente o la orientación adecuada para contrapesar el amor al lucro y para tornar a los hombres aptos para la sociedad, haciéndolos abstenerse de las posesiones de los otros.... No hay, por tanto, pasión capaz de controlar la afección interesada, sino la afección misma mediante una alteración de su orientación. Mas esta alteración debe tener lugar necesariamente con un mínimo de reflexión.... Por consiguiente, el problema de la maldad o bondad de la naturaleza humana no entra en lo más mínimo en el otro problema referente al origen de la sociedad".<sup>20</sup> De ello infiere, en consecuencia, que la virtud de la justicia tiene su origen en el egoísmo y la falta de generosidad de los hombres, así como también en la mezquindad con que la naturaleza provee a las necesidades humanas; pero, aclara, es necesario distinguir entre el origen del establecimiento de la justicia, que reside en el propio interés de los individuos, y la fuente de la aprobación moral que le damos, la cual está en el sentimiento de simpatía con el interés común.<sup>21</sup> De este modo, Hume ha introducido una distinción entre el problema psicológico del origen de nuestras acciones y el problema axiológico de su valor ético. Si el origen psicológico de los actos humanos es en todos los casos y por naturaleza una motivación egoísta, de ello no se infiere que el egoísmo sea por tanto merecedor de la más alta valoración. El sistema de valoración de nuestras inclinaciones y de nuestros actos, al que Hume llama moralidad, depende de la noción de felicidad social. De este

<sup>19</sup>D. Hume, *Treatise of Human Nature*, Librairie Felix Alcan, Boulevard Saint-Germain, 108; 1912, caps II, III, p.3.

<sup>20</sup>D. Hume, op. cit., III, II, 2.

<sup>21</sup>D. Hume, op. cit.,

modo, el planteamiento de Hume no niega los hallazgos de Hobbes o de Mandeville, pero los supera. El filósofo:

"Debemos rechazar", dice, "la teoría que da cuenta de todos los sentimientos morales por el principio del amor propio. Debemos recurrir a una afección más pública y admitir que los intereses de la sociedad no nos son, aun en sí mismos, del todo indiferentes... Si la utilidad es, por tanto, una fuente de sentimientos morales, y si esta utilidad no siempre es entendida con referencia al yo, se sigue que todo cuanto contribuye a la felicidad de la sociedad se recomienda directamente a nuestra aprobación y benevolencia. He aquí un principio que explica en gran parte el origen de la moralidad".<sup>22</sup> Observamos que ahora es el bien social, la utilidad pública, lo que determina el valor ético de las acciones y permite distinguir entre la virtud y el vicio. En la soledad el hombre no puede ser virtuoso, porque no está determinado por el interés social:

"Pero qué! ¿No se admitirán otras virtudes que aquellas útiles al prójimo?, Vamos! ¿Cómo podría admitir otras? Vivimos en sociedad; nada hay, pues, verdaderamente bueno para nosotros sino lo que constituye el bien de la sociedad. Un solitario será sobrio, piadoso, irá revestido de un cilicio. Pues bien, será santo; pero no lo llamaré virtuoso sino cuando haya realizado algún acto de virtud del que los demás hombres se hayan beneficiado. Mientras esté solo, no es bueno ni malo; no es nada para nosotros... La virtud entre los hombres es un comercio de beneficios; el que no participa en este comercio no debe ser considerado".<sup>23</sup> En rigor, en soledad el hombre no puede ser hombre.

### 3. EL PENSAMIENTO ETICO DE ADAM SMITH

La mayoría de las ideas aquí expuestas acerca de la naturaleza moral del hombre desempeña alguna función en la formación del pensamiento ético de Adam Smith, y éste a su vez sirve de punto de apoyo para la descripción del comportamiento humano en lo que concierne a la vida económica. Cualquiera

<sup>22</sup>D. Hume, *Enquiry concerning the Principles of Morals*, Oxford, editado por The Clarendon 2ª ed. 1966.

<sup>23</sup>Voltaire, *Dictionnaire Philosophique*, "Vertu", Librairie Hachette Et cie, 1891.

lector de la Riqueza de las Naciones percibe con facilidad que su autor no abrigaba ninguna ilusión en el sentido de que las acciones de los hombres revelan algún rasgo de bondad desinteresada o de altruismo en su realización concreta. Por el contrario, el ser humano de Smith es un animal egoísta:

"El hombre reclama en la mayor parte de las circunstancias la ayuda de sus semejantes y en vano puede esperarla sólo de su benevolencia. La conseguirá con mayor seguridad interesando en su favor el egoísmo de los otros y haciéndoles ver que es ventajoso para ellos hacer lo que les pide".<sup>24</sup> También conoce perfectamente Smith, entre otros muchos rasgos humanos, el de la sobreestimación de sí mismo. Pero el egoísmo no es para él reprobable como tal; por el contrario, frecuentemente conduce a la adquisición de hábitos loables, como son la industriosisdad, la aplicación y el cuidado, en tanto que ciertos vicios como la negligencia, la prodigalidad y el desorden pueden atribuirse precisamente a una falta de atención a los propios intereses. Esta cautelosa actitud, con la que Smith intenta establecer el verdadero alcance y valor de las inclinaciones naturales del hombre, le hace rechazar las posiciones extremas que habían surgido en la reflexión moral de la primera mitad del siglo XVIII. Reproducimos aquí su crítica a la doctrina de Mandeville para que se pueda apreciar con mayor precisión la importancia de esta teoría y cuáles son los límites que percibieron en ella los pensadores de su misma época.

### 3.1. Crítica al pensamiento de la época

Adam Smith enuncia de este modo su crítica:

"La gran falacia del libro del Dr. Mandeville es presentar como totalmente viciosa toda pasión, que lo es en algún grado o en alguna dirección. Es así que trata como vanidad a todo lo que posee alguna referencia a lo que son o a lo que deberían ser los sentimientos de los demás; y es gracias a este sofisma, que establece su conclusión favorita, a saber, que los vicios privados son bene-

<sup>24</sup>A. Smith, *The Wealth of Nations*. Op. cit., p.17.

ficios públicos. Si el amor por la magnificencia, el gusto por las artes elegantes y los progresos de la vida humana, por cuanto sea agradable en el vestuario, el mobiliario o el tren de vida, por la arquitectura, la escultura, la pintura y la música han de ser considerados como lujo, sensualidad y ostentación, aun en aquellos cuya situación les permite abandonarse a esas pasiones sin inconveniencia alguna, entonces es cierto que el lujo, la sensualidad y la ostentación son beneficios públicos, puesto que, sin las cualidades a las que él cree apropiado dar nombres tan oprobiosos, las artes refinadas jamás serían promovidas y tendrían que languidecer por falta de empleo. Algunas doctrinas ascéticas populares, que habían sido comunes antes de su tiempo, y que ponen la virtud en la completa extirpación y aniquilamiento de todas nuestras pasiones, fueron el verdadero fundamento de este sistema licencioso. Fue fácil para el Dr. Mandeville demostrar, primero, que esta conquista total jamás tuvo lugar de hecho entre los hombres; y, segundo, que si hubiera de tener lugar universalmente, sería perniciosa para la sociedad, poniendo fin a toda industria y comercio, y, en cierto modo, a toda actividad de la vida humana. Mediante la primera de estas proposiciones pareció demostrar que no hay auténtica virtud y que lo que pretende serlo, es mero fraude e impostura a la humanidad; y mediante la segunda, que los vicios privados son beneficios públicos, puesto que sin ellos ninguna sociedad podría prosperar o florecer.... Pero, por muy destructivo que pueda aparecer este sistema, jamás se habría impuesto sobre un número tan grande de personas ni habría ocasionado una alarma tan general entre quienes son amigos de principios mejores, si en algunos aspectos no hubiera lindado con la verdad".<sup>25</sup>

¿Qué doctrina moral opone, sin embargo, Smith a Mandeville? En la séptima parte de su Teoría de los Sentimientos Morales pasa revista Smith a los principales sistemas de filosofía moral vigentes en su tiempo, para fijar críticamente su propia posición frente a ellos. Es iluminadora en este respecto la sección que dedica a examinar las diferentes teorías acerca del origen del principio de aprobación, pues ella permite al lector ubicar nítidamente la doctrina de Smith en medio de

<sup>25</sup>A. Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, II, pp. 302-303 (citado por J. Robinson, *Economic Philosophy*, New York, 1964, pp. 18-19).

las complejas y sutiles discusiones que el pensamiento ilustrado mantuvo en torno a las cuestiones éticas. Por principio de aprobación entiende el filósofo como el

"poder o facultad mental que hace que ciertos caracteres nos resulten agradables o desagradables, que nos obliga a preferir determinada manera de comportamiento a otra manera distinta, nos conduce a calificar de buena a la una y de mala a la otra, y nos lleva a considerar a la primera como un objeto digno de aprobación, de honra y recompensa, y de culpa, censura y castigo a la segunda".<sup>26</sup> El principio aprobatorio es, pues, el origen de todo juicio moral; él hace posible distinguir entre las acciones éticamente buenas y las acciones éticamente malas, entre lo justo y lo injusto. La discusión de su origen es un problema del más alto interés filosófico, por cuanto no se reduce ni conduce necesariamente a una casuística moral, sino que, manteniéndose en el plano de la especulación abstracta, intenta iluminar la naturaleza humana en cuanto a su capacidad de establecer juicios objetivos y universalmente válidos acerca del valor ético de las acciones.

La primera tesis que discute Smith es aquella que hace derivar el principio de aprobación del amor a sí mismo, explicación que él asocia con el pensamiento de Hobbes. Según dicha tesis, el hombre, incapaz de subsistir por sí mismo, necesita de la sociedad en su propio interés y para satisfacer su egoísmo innato. En consecuencia, virtud es lo que aprovecha a la sociedad— y por ende al hombre individual— y vicio lo que la perturba. Smith objeta a esta tesis el hecho de que ella constituye un utilitarismo de carácter político; además señala su insuficiencia como explicación del origen del principio aprobatorio, por cuanto no permite entender en qué se funda nuestro juicio moral acerca de acciones tan alejadas de nosotros en el espacio o en el tiempo que no pueden afectar nuestro amor propio, ya que no nos ocasionan ningún daño o beneficio.<sup>27</sup> Aun más;

<sup>26</sup>A. Smith, *The Theory of Moral Sentiments*. Introducción III, VII (Citado según la selección del texto en L.A. Selby-Bigge, *British Moralists*, Oxford, Clarendon Press, vol. 2, 1897, Trad. al español de E. O'Gorman, El Colegio de México, 1941.)

<sup>27</sup>A. Smith, *op. cit.*, Partes III, VII

puesto que el estado presocial de naturaleza era para Hobbes una condición de lucha permanente de unos hombres con los otros, y puesto que el establecimiento de las instituciones políticas y la obligación de obediencia al magistrado constituían para él el modo de poner fin al estado de lucha de todos contra todos, resulta que las leyes civiles vienen a ser las normas últimas y absolutas de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal; con ello, observa Smith, Hobbes anulaba toda diferencia de naturaleza entre el bien y el mal, haciendo de estas nociones valores mudables cuyas variaciones dependen de la voluntad arbitraria del magistrado civil.<sup>28</sup>

La superación del punto de vista de Hobbes y de sus consecuencias tiene lugar, de acuerdo con Smith, en la doctrina moral de Cudworth. Dicho autor advirtió que, si la ley no supusiera como previas las nociones de lo bueno y de lo malo, la obediencia o desobediencia a la ley serían éticamente indiferentes, de tal manera que no es la legislación la que puede establecer el distingo entre lo bueno, lo laudable y lo virtuoso por una parte, y lo malo, lo censurable y lo vicioso por la otra. De aquí infirió Cudworth que la distinción entre el bien y el mal procede de la razón, y que es esta facultad la que descubre las reglas generales de la justicia y las ideas de lo prudente, lo decoroso, lo generoso y lo noble, así como las de sus contrarios. En efecto, las sentencias morales se forman, como toda máxima general, por experiencia e inducción, y la inducción es una operación racional.

Aun cuando la tesis de Cudworth constituya un notable progreso frente a la doctrina de Hobbes, ella no acierta tampoco, en opinión de Smith, a dar una explicación adecuada del origen del principio de aprobación. De hecho, si la razón extrae inductivamente sus reglas generales de casos particulares de la experiencia, la experiencia misma y las percepciones primarias de lo bueno y de lo malo no proceden en ningún caso de la razón. El agrado y el desagrado, el placer y el dolor son los objetos del deseo y de la aversión que dan sentido a la formación de reglas éticas generales y, por tanto, racio-

<sup>28</sup>Ibid. Partes III, VII

nales; pero el placer y el dolor no son racionalmente discernibles, de modo que la actitud racionalista debe ser, en última instancia, rechazada. El autor inglés indica:

"Con respecto a todos aquellos fines que, vista su peculiar importancia, pueden considerarse —si se permite la expresión— como los fines favoritos de la Naturaleza, ella siempre ha dotado a los hombres no sólo con un apetito para la finalidad que se propone, sino asimismo con un apetito para los únicos medios por los que esa finalidad puede realizarse, a causa de esos mismos medios e independientemente de su tendencia a producir el fin. Así acontece con la propia conservación, con la propagación de las especies y con las grandes finalidades que al parecer se ha propuesto la Naturaleza al formar todas las especies animales. Los hombres están dotados de un deseo hacia esos fines y de la aversión por lo contrario; de un amor a la vida y de un temor a la muerte; de un deseo por la continuación y perpetuación de la especie y de una aversión a la idea de su total extinción. Pero, aunque así dotados de ese muy fuerte deseo por ver la realización de tales fines, no les ha sido confiado a los lentos e inseguros juicios de nuestra razón el descubrir los medios adecuados para ello. La Naturaleza, en la casi totalidad de estos casos, nos ha orientado con instintos primarios e inmediatos. El hambre, la sed, la pasión que une a los sexos, el amor al placer y el temor al dolor, nos incitan a aplicar estos medios por sí mismos, independientemente de toda consideración sobre su tendencia a realizar aquellos benéficos fines que el gran Director de la Naturaleza se propuso conseguir por ellos".<sup>29</sup>

Smith revela en estos capítulos de su obra una notable visión dialéctica del desarrollo de la historia de las ideas. Así como había expuesto la tesis de Cudworth como brotando casi naturalmente de las objeciones hechas a Hobbes, de su crítica a Cudworth hace surgir la doctrina de Hutcheson como un próximo paso originado en el anterior pero que a la vez lo supera. Si el placer y el dolor no se disciernen por medio de la razón, son distinguidos, en cambio, mediante un sentimiento de naturaleza peculiar, un poder especial de percepción, en virtud del cual el espíritu es impresionado agradable o desagradablemente por ciertas acciones o afectos. Así, para

<sup>29</sup>Ibid, Partes I, p.5, II

Hutcheson el principio de aprobación no se funda en el amor propio ni en una operación racional, sino en un sentido moral especial, análogo en su poder de percepción a los sentidos externos.

La analogía entre el sentido moral y los sentidos externos no resiste, sin embargo, a ciertas críticas. Hutcheson había reconocido que el sentido moral mismo, no puede ser virtuoso ni vicioso, por cuanto la virtud y el vicio pertenecen a los objetos de dicho sentido y no a la facultad como tal; de hecho, tampoco puede decirse que la vista sea negra o blanca, o que el sentido del gusto sea dulce o amargo. Pero, en tal caso, ¿cuál es el origen de la bondad o maldad que el juicio moral atribuye a sus objetos y aun a las personas? El problema de la fuente del principio de aprobación no ha sido resuelto, pues, con la admisión de la existencia de un sentido moral especial.

Podría pensarse, entonces, que el principio de aprobación, aunque no esté fundado en un poder de percepción análogo a los sentidos externos, procede de cierta emoción o sentimiento que surge en el espíritu, provocado por determinadas acciones o sujetos. A pesar de que Smith no lo nombra, parece referirse aquí a Hume y a su doctrina de la simpatía como fuente de los juicios de valor acerca de la conducta o del carácter. La teoría de la simpatía como emoción no le resulta, sin embargo, del todo satisfactoria; porque las emociones son versátiles, en tanto que el principio de aprobación necesita fundarse en alguna fuente invariable que asegure su objetividad. Además, permanece en pie el problema de que el origen del principio de aprobación debe ser tal que permita explicar cómo aprobamos o reprobamos la aprobación misma que, nosotros u otra persona, concedemos a actos o caracteres propios o ajenos.<sup>30</sup>

<sup>30</sup>Ibid, Partes III, p.3, VII

### 3.2. Teoría de la simpatía

Pero ahora está Smith en condiciones de proponer su propia doctrina. La fuente del principio de aprobación es, por cierto, la simpatía; ella nos permite pronunciar un juicio moral acerca de los actos o de los caracteres propios o ajenos, aun acerca de aquellos que se dan en tierras tan alejadas o que se dieron en épocas tan remotas que no pueden en modo alguno afectar nuestro propio interés; es la simpatía por quienes reciben el beneficio o sufren el daño de aquellas acciones distantes el origen del principio de aprobación, y ella no se muestra como un principio egoísta. La simpatía no procede del ejercicio de la razón; es por eso que el placer y el dolor, las percepciones primarias del bien y del mal, no permanecen irremediabilmente extrañas a su percepción. Con todo, tampoco es una facultad especial de percepción, análoga a los sentidos; si lo fuera, nada sería más certero que el juicio acerca de los actos y disposiciones propios, cosa que, sin embargo, de hecho no ocurre entre los hombres. Y

"Así son de parciales los juicios de los hombres en lo que se refiere a la conveniencia de su propia conducta, tanto en el momento de actuar como después; y así es de difícil que la juzguen a la luz bajo la que cualquier espectador indiferente la consideraría. Pero si fuese por una facultad especial, tal como se supone que es el sentido moral, por la que juzgasen de su propia conducta, si estuviesen dotados de un especial poder de percepción que sirviese para distinguir entre la belleza y la deformidad de las pasiones y afectos, como sus propias pasiones estarían más inmediatamente expuestas a la vista de esa facultad, resultaría que las juzgarían con más precisión que las de los otros hombres, de las que sólo tendrían una más lejana perspectiva".<sup>31</sup> La simpatía no es una emoción entre otras, ni tampoco la conciencia de la utilidad de una acción determinada, si bien la utilidad es, de acuerdo con Hume, una de las principales razones de la belleza de una acción. La simpatía es más bien "nuestro común interés por toda pasión, cualquiera que sea";<sup>32</sup> es una determinada rela-

<sup>31</sup>Ibid, Parte III, p.4

<sup>32</sup>Ibid, Parte I, sección 1, p.1

ción entre sentimientos o emociones; Smith sostiene, en efecto, que es "la coincidencia u oposición de sentimientos entre el observador y la persona observada lo que constituye la aprobación o reprobación moral".<sup>33</sup> Con cierto orgullo señala el filósofo que, este principio puede ser generalizado a todos los casos sin necesidad de admitir un nuevo poder de percepción. Piensa, efectivamente, que hay en el ser humano un deseo natural y originario de agradar, y una aversión igualmente natural y originaria a ofender a sus semejantes; por muy egoístas que puedan ser sus acciones, el hombre no carece de un interés por la suerte de los demás, interés que le hace necesitar la felicidad de los otros, aun cuando nada obtenga de ella, y entristecerse por la desgracia ajena:

"La naturaleza, cuando formó al hombre para la sociedad, le dotó con un deseo originario de agradar y una aversión originaria a ofender a sus prójimos. Le enseñó a sentir placer en sus circunstancias favorables y dolor en las desfavorables. Hizo que su aprobación le fuera por sí misma sumamente halagadora y agradable, y su desaprobación sumamente mortificante y ofensiva"

"Por muy egoísta que se suponga que es el hombre, hay evidentemente en su naturaleza algunos principios que le llevan a interesarse en la fortuna de los otros y hacen que la felicidad de los demás le sea necesaria, aunque no obtenga nada de ella aparte del placer de verla. De esta clase es la piedad o compasión, la emoción que sentimos por la miseria de otros cuando la vemos o la concebimos de una manera muy vivaz. Que frecuentemente nos entristecemos por la tristeza de otros es un hecho demasiado evidente para requerir demostración alguna; porque este sentimiento, como todas las otras pasiones originarias de la naturaleza humana, no está de ningún modo confinado a los virtuosos y humanitarios, aunque ellos tal vez puedan sentirlo con la más exquisita sensibilidad. El más grande rufián, el más endurecido violador de las leyes de la sociedad, no carecen del todo de él".<sup>34</sup>

<sup>33</sup>Ibid, Parte III, p.3, Parte VII

<sup>34</sup>A. Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, Parte I, p.276 (cit. por Robinson, op.cit., p.8).

La simpatía, en la medida en que es fuente del principio de aprobación o reprobación, no consiste propiamente en un contenido psíquico, según la determinó Hume al hacer de ella un sentimiento, sino más bien en una adecuación o proporción entre los sentimientos del observador y de la persona observada. Esta relación entre un observador y una persona observada es, por otra parte, la que explica para Smith el mecanismo en virtud del cual la simpatía permite aprobar o reprobar tanto la conducta ajena como la propia. Al respecto:

"El principio por el cual aprobamos o reprobamos naturalmente nuestra propia conducta", escribe, "parece ser en todo el mismo por el cual nos formamos parecidos juicios respecto de la conducta de las demás gentes. Aprobamos o reprobamos la conducta de otro según que sintamos que, al hacer nuestro su caso, nos es posible o no simpatizar cabalmente con los sentimientos y motivos que la normaron. Y, del mismo modo, aprobamos o reprobamos nuestra conducta según que sintamos que, al ponernos en el lugar de otro y como quien dice al mirar con sus ojos, y desde su punto de vista, nos es posible o no simpatizar cabalmente con los sentimientos y motivos que la determinaron. No podemos nunca inspeccionar nuestros propios sentimientos y motivos; no podemos nunca formar juicio alguno respecto de ellos, a no ser que nos salgamos de nuestro natural asiento y procuremos visualizarlos como si estuviesen a cierta distancia de nosotros. Más, la única manera como podemos hacer esto es intentando contemplarlos a través de los ojos de otras gentes, o, mejor dicho, al modo en que otras gentes probablemente los verían".<sup>35</sup> Nuestros primeros juicios mora-les se fundan en la conducta de los demás, y la sociedad se constituye en espejo que nos permite llegar a conocernos a nosotros mismos. El observador de los otros se transforma así en observador de sí mismo, y por el peculiar desdoblamiento propio de la reflexión, el sujeto agente llega a convertirse en objeto del juicio moral que él mismo enuncia. Recurriendo a la célebre hipótesis del hombre solitario, tenida en el siglo XVIII por tan fecunda como irrealizable, agrega Smith:

<sup>35</sup>A. Smith, op. cit., Parte III, p.1

"De ser posible que un hombre viviese en algún lugar solitario hasta llegar a la edad viril, sin que tuviese comunicación alguna con otros hombres, tan imposible le sería pensar en su propia índole, en la propiedad o el demérito de sus sentimientos y de su conducta, en la belleza o deformidad de su propio espíritu como en la belleza o deformidad de su propio rostro. Todos estos son objetos que no puede fácilmente ver, que naturalmente no mira, y respecto de los que carece de espejo que sirva para presentárselos a su vista. Incorporadlo a la sociedad, e inmediatamente estará provisto del espejo de que antes carecía.... Cuando me esfuerzo por examinar mi propia conducta, cuando me esfuerzo por pronunciar sentencia sobre ella, ya sea para aprobarla o para condenarla, es evidente que, en tales casos, es como si me dividiera en dos distintas personas, y que yo, el examinador y juez, encarno un hombre distinto al otro yo, la persona cuya conducta se examina y juzga. El primero es el espectador, de cuyos sentimientos respecto a mi conducta procuro hacerme partícipe, poniéndome en su lugar y considerando lo que a mí me parecería si la examinara desde ese punto de vista. El segundo es el agente, la persona que con propiedad designo como a mí mismo, y de cuya conducta trataba de formarme una opinión, como si fuese la de un espectador. El primero es el juez; el segundo, la persona a quien se juzga. Pero que el juez sea, en todo y por todo, el mismo que la persona a quien se juzga, es algo tan imposible como que la causa fuese en todo y por todo lo mismo que el efecto".<sup>36</sup>

Este desdoblamiento, imposible para la mera naturaleza, en que consiste la reflexión o especulación moral (y empleo aquí deliberadamente los términos reflexión y especulación en virtud de sus alusiones directas a la reflexión de una imagen en el *speculum*, en el espejo, de acuerdo con la metáfora de Smith), pone de inmediato todo juicio moral en estrecha vinculación con la dimensión social, supraindividual, de la vida humana. Si la simpatía es la coincidencia o adecuación de los sentimientos del sujeto con los del otro, y si es en nuestros juicios acerca de la conducta de los demás donde aprendemos a enjuiciar nuestro propio comportamiento, entonces son la vida del hombre en la sociedad y las relaciones que para ella se establecen las medidas que permitirán eva-

<sup>36</sup>Ibid, Parte I, sección I, p.1

luar las acciones humanas. Smith escribe sobre el particular: "Así como amar a nuestro prójimo como nos amamos a nosotros mismos es el gran principio cristiano, así el gran precepto de la naturaleza es amarse a sí mismo tan sólo como amamos a nuestro prójimo, o, lo que es lo mismo, como nuestro prójimo es capaz de amarnos".<sup>37</sup> Esta afirmación es de gran interés. Es claro que la proposición: no te ames a tí mismo más de lo que amas a tu prójimo es equivalente con la proposición: no te ames a tí mismo más de lo que tu prójimo te ama, toda vez que la noción de prójimo es relativa, de modo que el prójimo no es sólo el otro con respecto a mí, sino también yo, con respecto al otro. Pero el precepto cristiano manda amar al prójimo como a sí mismo, con la clara intención de acrecer el amor con que habitualmente el hombre ama al otro, partiendo del supuesto de que la capacidad humana de amor es virtualmente mayor de la que se concede al prójimo; la contraposición de Smith, en cambio, no prescribe tal aumento del amor a los demás, sino que tan sólo ordena reprimir el amor a sí mismo, puesto que no sería sensato esperar de los otros un amor tan grande como el que creemos merecer. El precepto cristiano y su contrapuesta no son en este texto equivalentes, porque las condiciones son en uno y otro caso distintas. El precepto cristiano persigue el fin de poner las inagotables capacidades del egoísmo humano al servicio de los demás. La contraposición de Smith sólo aspira a restringir el egoísmo a la medida de la mezquindad de los hombres. Ahora bien; esta reflexión nuestra no obedece a propósitos edificantes, sino al intento de mostrar que, si bien Smith habla mucho en su obra contra el egoísmo, ello no supone el reconocimiento de una naturaleza altruista en el hombre, sino que representa más bien una lucha contra un vicio fundada en la admisión de una mezquindad connatural al ser humano. Lo que él viene a decir es, en el fondo, esto: ya que los demás no te aman, no tengas la ridiculez y presunción de amarte tanto a tí mismo.

<sup>37</sup> A. Smith, Parte I, sección I, p.5

### 3.3. Teoría de los sentimientos morales

Esta teoría de Smith ha sido descrita como la investigación más original y sistemática hecha en el siglo XVIII acerca de las motivaciones del comportamiento humano. Pero sería un error leerla sin tener en consideración los diversos antecedentes que ella tiene en la investigación moral de la época, con el énfasis que se puso en la motivación interesada y mezquina de las acciones humanas. Aun cuando Smith reprueba abiertamente los rasgos egoístas y mezquinamente utilitarios que exhiben los actos de los hombres, está lejos de negar que ellos constituyan precisamente lo propio de nuestra conducta y de nuestras disposiciones morales. En las últimas ediciones de su obra admitió que la actividad económica del individuo, su búsqueda de la riqueza y los esfuerzos que ésta le exige son movidos por la vanidad, por el deseo de gozar de la admiración y el aplauso de los demás. Estas son sus palabras:

"Pues, ¿para qué es todo el afán y bullicio de este mundo? ¿Cuál es el fin de la avaricia y la ambición, de la persecución de la riqueza, del poder y de la preeminencia? ¿Es para satisfacer las necesidades naturales? El salario del más humilde trabajador puede satisfacerlas... ¿Cuál es, entonces, la causa de nuestra aversión a esta situación? ¿De dónde surge esa emulación que invade todas las diferentes categorías de los hombres y cuáles son las ventajas de ese gran objetivo de la vida humana, al que llamamos mejoramiento de nuestra condición? Ser observados, atendidos, tenidos en cuenta con simpatía, complacencia y aprobación, son las únicas ventajas que nos proponemos derivar de todo ello. Es la vanidad, no la holgura o el placer, lo que nos interesa. Pero la vanidad se funda siempre en que creemos ser objeto de atención y aprobación. El rico se gloria de sus riquezas porque siente que atraen naturalmente hacia él la atención del mundo... Al pensar en esto, su corazón parece inflamarse y dilatarse en su interior, y estima más su riqueza por esta razón que por todas las otras ventajas que le procura. El pobre, por el contrario, se avergüenza de su pobreza. Siente que lo hace desaparecer de la vista de los demás hombres o que, si éstos se dan cuenta de él, rara vez tienen algún sentimiento de compasión por la miseria y aflicción

que sufre. Se mortifica y aflige por ambos motivos, pues aunque ser pasado por alto y ser desaprobado son dos cosas enteramente distintas, sentir que no se nos tiene en cuenta, como si nuestra oscuridad nos ocultara a la luminosidad del honor, necesariamente desalienta la más agradable esperanza y frustra el más ardiente deseo de la naturaleza humana".<sup>38</sup>

Hemos visto que la teoría de las pasiones elaborada en el siglo XVIII procuró ser realista en el sentido de aprehender la naturaleza humana tal como es, sin idealizarla ni hacerse ilusiones halagadoras acerca del comportamiento de los individuos y de sus motivaciones. De hecho, el egoísmo, el orgullo, la vanidad, la codicia, la ambición y la avaricia fueron reconocidos como las inclinaciones de las que brotan inmediatamente todos nuestros actos. Las pasiones individuales fueron vistas como los mecanismos de que se sirve la ley natural para ejercer su imperio en el ámbito moral. Una vez descrita la estructura y organización interna del sistema de las pasiones era posible concebir dicho mecanismo como capaz de un funcionamiento autónomo, para poner y mantener en marcha la vida social, política y económica, a la manera del sistema del cielo de Newton, donde los cuerpos celestes se mueven a lo largo de sus órbitas y producen las mareas en conformidad con leyes exactas. Así lo declaró Hume:

"Para mi propósito es suficiente si he puesto en manifiesto que en la producción y la conducta de las pasiones hay cierto mecanismo regular susceptible de una descripción tan rigurosa como las leyes del movimiento, de la óptica, de la hidrostática o de cualquier otra parte de la filosofía natural".<sup>39</sup> De este modo se abría el camino para la doctrina liberal del *laissez faire*.

<sup>38</sup>A. Smith, *La teoría de los sentimientos* 1790, Partes I, III (cit. por A. O. Lovejoy, *Reflections on Human Nature*, Baltimore, cap. 6, p. 2, 1961.

<sup>39</sup>D. Hume, *Dissertation on the Passions*, cit. por P.L. Gardiner, apud David Hume, *A Symposium*, ed. D.F. Pears, Londres 1963, pp. 35 y 36.

## EL METODO FISICO EN LA OBRA DE SMITH

Igor Saavedra

## 1. ADAM SMITH COMO HOMBRE DEL SIGLO DIECIOCHO

El tema que se analiza puede aparecer insólito para muchos : ¿ por qué habría de esperarse alguna relación entre el método usado por la física y la obra que da origen a la economía contemporánea ?

La respuesta a esta pregunta es inmediata; sin embargo, tiene sentido el formularla porque Adam Smith fue un hombre del siglo dieciocho, un personaje del Enlightenment, esto es, parte de un movimiento intelectual que ha sido descrito como un movimiento que relaciona ideas acerca de Dios, acerca de la razón, acerca de la naturaleza, acerca del hombre, con la convicción de que el razonamiento correcto es capaz de encontrar el verdadero conocimiento y de conducir a la humanidad hacia su felicidad. Esta parece ser la idea básica de la época : tanto el problema del conocimiento como el problema de la felicidad de los seres humanos se resuelven por la vía del razonamiento correcto.

Ahora bien, dado este programa de trabajo, la herramienta natural para llevarlo a cabo es la matemática; no hay alternativa si se insiste en dar al razonamiento este papel central. Por otra parte, la matemática proporciona un medio para demostrar la verdad en forma independiente de la revelación, en forma independiente de Dios.

Este es el ambiente, y en este ambiente los trabajos de Newton, recogidos en el Principia, significaron el triunfo

de este modo de pensar, y alentaron el estudio de todos los problemas a partir de estas bases.

Newton es un hombre de los dos siglos, del diecisiete y del dieciocho (nació en 1642 y murió en 1727). Su obra *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica* fue publicada en 1687, aunque había formulado su teoría de la gravitación ya en 1666, es decir, a la edad de 24 años. En esta obra se demuestra en los hechos, y con la mayor elegancia y espectacularidad, que el uso de la matemática como expresión del razonamiento correcto permite entender el mundo físico; la primera parte de las ideas recién bosquejadas alcanza aquí su máxima expresión, este es en verdad uno de los momentos más importantes en la historia intelectual de la humanidad. Naturalmente, entonces, esta gran obra influye poderosamente en el pensamiento de su época, alentando extrapolaciones por cierto no obvias, como por ejemplo, la creencia de que esta posición intelectual es aplicable no sólo a la filosofía natural (que era entonces el nombre dado a la física) sino también a la filosofía moral.

Como hombre de su tiempo, Newton comparte este punto de vista, y así lo dice en forma explícita, por ejemplo, en el párrafo final del Libro Tercero de su *Optica*, publicado en 1704. Escribe:

"En este tercer libro sólo he comenzado el análisis de lo que queda por descubrir acerca de la luz..., dando varias indicaciones acerca de ello, y dejando estas indicaciones para que sean examinadas y mejoradas por nuevos experimentos y observaciones de otros investigadores. Y si la filosofía natural en todas sus partes, por la vía de la aplicación de este método, alcanza su perfección, se habrán agrandado también los límites de la filosofía moral. Porque en la medida que seamos capaces de saber, a través de la filosofía natural, cuál es la Primera Causa, qué poder El tiene sobre nosotros y qué beneficios recibimos de El, en la misma medida nuestros deberes para con El y para con nuestros semejantes nos serán claros a la luz de la Naturaleza".

Como una manera de ilustrar el impacto inmediato del Principia, vale la pena hacer notar aquí que,<sup>1</sup> hacia la fecha de la muerte de Adam Smith, esto es, alrededor de cien años después de la aparición de la obra de Newton, se había hecho ya dieciocho ediciones del Principia, el cual se enseñaba tanto en las universidades de Inglaterra como en las del resto de Europa. (Para apreciar debidamente el significado de este alto número de ediciones basta recordar la dificultad técnica del libro, el nivel de preparación técnica que exige del lector. Por cierto, aún hoy no se trata de un libro que un neófito pueda leer con facilidad.) Todavía más, y esto es interesante de destacar, acerca de éste se había escrito un gran número de otros libros, tratando de hacerlo más accesible para todos, de popularizarlo. Un recuento al respecto indica que en esos primeros cien años se escribió en este sentido alrededor de cuarenta libros en inglés, diecisiete en francés, once en latín, tres en alemán, uno en portugués y uno en italiano. Muchos de ellos tuvieron a su vez varias ediciones, todo lo cual pone de relieve el interés de la gente del siglo dieciocho en conocer las conclusiones de Newton respecto del mundo físico, las que aceptaban como artículo de fe, ya que en general no estaban capacitadas técnicamente para entenderlas. Algunos de los títulos de estos libros ilustran bien el tipo de audiencia a la que estaban dirigidos, como por ejemplo, *Lectures for Ladies and Gentlemen*, de Ferguson, y *Le Newtonisme pour les Dames* de Alogrotti.

Otro hombre importante de la época, el poeta Alexander Pope, rinde un elocuente homenaje a Newton en los siguientes versos de su *Ensayo sobre el hombre*:

"La Naturaleza y las leyes de la Naturaleza  
yacían ocultas en la noche;  
Y dijo Dios: ¡hágase Newton! y se hizo la luz".

<sup>1</sup>A. B. Arons, *American Journal of Physics*, 1975, Volumen 43, p. 209.

Todo esto da una idea del impacto del Principia sobre el pensamiento de su tiempo, impacto que trasciende en mucho los límites de lo que hoy entendemos por el universo de la ciencia y los científicos - hoy, un universo tal vez posible de caracterizar por su hermetismo cultivado -. Hay en el caso del Principia una interacción dinámica evidente entre el libro y el ambiente intelectual de su época: existe el ambiente, definido por las ideas básicas resumidas al comienzo de este estudio. El libro refuerza el ambiente; refuerza esas ideas básicas y además alienta nuevos desarrollos a partir de ellas. Aparecen así, o se refuerzan, nociones tales como el concepto de ley natural, con el tratamiento newtoniano de la gravitación como paradigma, y la idea del progreso humano a través de la adquisición de nuevo conocimiento, por ejemplo, aparece además el deísmo, en último término, como un compromiso entre la necesidad de creer en Dios y la necesidad de creer en la ciencia.

Se establece también el método científico, en primera instancia, como la idea que el razonamiento correcto aplicado a los hechos experimentales es el camino para llegar a la verdad, y se extrapola su validez a todos los campos de actividad y a todas las esferas del pensamiento. Por ejemplo, David Hume (1711-1776) escribe hacia el final de su obra *Ensayo sobre el entendimiento humano*:

"La existencia de cualquier ser sólo puede ser probada mediante argumentos a partir de su causa o su efecto, y estos argumentos están totalmente basados en la experiencia. Si razonamos a priori, cualquier cosa puede aparecer como capaz de producir cualquier cosa.... Es solamente la experiencia la que nos enseña la naturaleza y los límites de causas y efectos, y nos permite inferir la existencia de un objeto a partir de la existencia de otro. Tal es el fundamento del razonamiento moral, el cual forma la mayor parte del conocimiento humano y es la fuente de toda acción y comportamiento de los hombres".

Y concluye su ensayo un poco más adelante con este pronunciamiento categórico:

"Cuando recorremos las bibliotecas, convencidos de estos principios, ¿qué estragos debemos hacer? Si tomamos en nuestras manos cualquier volumen, de teología o de metafísica escolar, por ejemplo, preguntémosnos: ¿Contiene algún razonamiento abstracto relacionado con cantidades o números? No. ¿Contiene algún razonamiento experimental relacionado con realidad y existencia? No. Quemadlo entonces, pues nada puede contener sino sofistería e ilusión".

Por todo lo anterior es razonable suponer que Adam Smith, como hombre del siglo dieciocho, comparte, vive también estas ideas, y el propio Smith así lo declara en forma explícita en algunos párrafos de La riqueza de las naciones. Así, por ejemplo, expresa su pensamiento respecto de la importancia de la ciencia en el Libro Quinto, capítulo I, cuando, refiriéndose al grado de exigencia, en cuanto al comportamiento moral impuesto a sus miembros por pequeñas sectas religiosas, encuentra que éste resulta ser con frecuencia "desagradablemente riguroso", y sugiere posibles acciones correctivas que al respecto podría emprender el Estado. Dice:

"El primero de estos remedios es el estudio de la ciencia y la filosofía, que el Estado puede hacer casi universal entre gentes de nivel medio y superior en cuanto a rango y fortuna, no por el camino de pagar sueldos a profesores..., sino estableciendo algún tipo de examen, aun en las ciencias superiores y difíciles, que debería aprobar toda persona antes de que se le permitiera el ejercicio de cualquier profesión liberal, o antes que pudiera ser aceptada como candidato a cualquier cargo honorable.... La ciencia es el gran antídoto contra el veneno del entusiasmo y la superstición, y si los niveles superiores de la gente estuvieran asegurados contra él, los niveles inferiores no podrían estar muy expuestos".

Es interesante observar, al pasar, la forma en que Smith razona en cuanto al probable comportamiento de los profesores, en el caso que los contratara el Estado (se omitieron estas líneas de la cita reciente para no apartarse del argumento que allí interesaba). Textualmente dice:  
 "... no por el camino de pagar sueldos a los profesores,

lo que los haría negligentes y perezosos, . . . " (el subrayado es del autor del estudio. ) Agregando a continuación: "Si el Estado impusiera a estas gentes la necesidad de instruirse, no tendría que preocuparse de proveerlos con profesores adecuados. Pronto ellos mismos encontrarían mejores profesores que cualesquiera que el Estado pudiera proporcionarles". Esta forma de razonar parece característica del siglo dieciocho - es una aplicación de la idea que, en definitiva, el motor de las acciones humanas son los vicios y no las virtudes de los hombres.

En otro párrafo del mismo Capítulo 1 del Libro Quinto, Smith hace también proposiciones específicas que reflejan su opinión respecto de la física y la matemática. Se está refiriendo a las pequeñas escuelas para gentes de escasos recursos que mantienen las iglesias y escribe:

"Si en esas pequeñas escuelas los libros en que los niños aprenden a leer fueran un poco más instructivos de lo que normalmente son, y si, en vez del poco de latín que a veces se enseña allí a estos hijos de familias humildes, el que difícilmente puede serles de alguna utilidad, se les enseñara rudimentos de geometría y mecánica, la educación literaria de estas gentes sería tal vez tan completa como es posible que sea. Es difícil encontrar un trabajo en el que no haya oportunidades de aplicar principios de geometría y mecánica, y que por lo tanto no ejercite y haga progresar gradualmente a la gente modesta en esos principios, que constituyen la introducción necesaria a las más sublimes y, al mismo tiempo, las más útiles de las ciencias".

Dados pues todos estos antecedentes, parece claro que tiene sentido preguntarse por la influencia del método físico en la obra de Smith; al revés, lo que en verdad resulta sorprendente es que esta posible relación - hasta donde lo sabe este autor - no haya sido explorada antes en profundidad. \*

---

\* El problema me fue señalado por primera vez por el profesor Renato Espoz. Mucho del material que se expone a continuación surgió en sesiones de trabajo con los profesores Espoz y Fernando Quintana.

## 2. CIENCIA Y METODO CIENTIFICO. LA ECONOMIA COMO CIENCIA

Se señalará ahora, brevemente, algunas de las que, en opinión del autor, parecen ser hoy, en el siglo veinte, las características fundamentales de la ciencia (ciencia natural) y del método científico, con el propósito de usar este resumen en el análisis de la obra de Smith.

Las condiciones que se van a enumerar son sólo condiciones necesarias para distinguir como ciencia a una determinada actividad intelectual; consideradas separadamente ninguna de ellas es condición suficiente para este propósito, pero sólo es su conjunto. Estas condiciones son las siguientes:

- **Medición.** La ciencia trabaja con hechos experimentales, con cantidades que se miden en el laboratorio (este último entendido en el sentido más amplio), y en este punto se es intransigente; todo aquello que no es medible, directa o indirectamente, no es parte de la ciencia natural. Se llamará datos a estos hechos experimentales.
- **Reproducibilidad.** Para que un hecho experimental tenga sentido científico debe ser reproducible. Así, por ejemplo, algo que sólo puede ocurrir por una única vez en la historia no es parte de la ciencia. Por otra parte,

los datos obtenidos por un observador en un experimento determinado deben ser captados por cualquier otro observador que repita ese experimento, en cualquier otro lugar o tiempo; el resultado de un experimento no debe depender del experimentador. En particular, esta condición de reproducibilidad implica que los datos experimentales son independientes de las posiciones a priori que pueda tener el observador. De tal modo que, si alguien hace un experimento para medir, digamos, la carga eléctrica de una partícula, el resultado de ese experimento no puede depender de si el observador cree que la carga de esa partícula tiene tal o cual valor. El resultado de un experimento es la respuesta de la naturaleza a una pregunta que se le formula y, por lo tanto, sólo depende de esa pregunta, que es el experimento mismo, y es independiente de la respuesta que podría desear obtener el experimentador.

- **Teoría.** Una vez obtenido un número adecuado de datos es posible en principio formular una teoría a partir de ellos. Para esto se requiere de un proceso de abstracción y de síntesis, el que en último término conduce a la formulación de ciertas leyes, las que no sólo resumen todo el conocimiento acumulado - i.e. reproducen los datos experimentales de los cuales se partió - sino que, además, permiten predecir nuevos fenómenos, no contenidos en el conjunto original. Esta última exigencia es fundamental para la identificación de una teoría: no basta sólo con reproducir lo que ya se conoce; es necesario predecir nuevos hechos.

Obsérvese como aparece aquí la idea de ley de la naturaleza - ley natural - : los fenómenos naturales obedecen a un cierto orden, se rigen por ciertas leyes, y el propósito de la ciencia es hacer explícito ese orden y enunciar dichas leyes.

— **Verificación.** Las predicciones de la teoría deben ser sometidas a una rigurosa verificación experimental, esto es, deben realizarse las mediciones que correspondan con el objeto de establecer, en el espíritu del punto Medición, si los fenómenos que se predicen ocurren o no en la naturaleza. En particular, para poder establecer con precisión una relación del tipo causa-efecto se necesita de un experimento paralelo llamado **experimento control**, que es idéntico al que interesa, excepto en una condición, que es precisamente la que se trata de establecer como causa.

Si en una determinada actividad intelectual se cumplen (por lo menos) las cuatro condiciones anteriores, se dice que se trata de una ciencia, y se llama método científico a la aplicación sistemática de ella. Este método caracteriza a la investigación científica, que puede definirse como búsqueda sistemática de nuevo conocimiento, definición en la que la palabra **sistemática** pone de manifiesto el hecho de que se dispone de un método que en definitiva permite decidir si se está o no haciendo ciencia.

Lo anterior resume la posición de los científicos naturales, en cuanto a qué es la ciencia; consideremos, ahora, cual es el punto de vista de los economistas al respecto.

En el texto de R. Lipsey *Introducción a la economía positiva*, aparece un esquema que representa la interacción entre la deducción y la medida en economía que en lo fundamental está en perfecto acuerdo con las ideas que se acaban de exponer. Allí se muestra cómo, partiendo de definiciones e hipótesis sobre el comportamiento, se llega mediante un proceso de deducción lógica a formular predicciones que luego se confrontan con la realidad a través de la observación y el análisis estadístico de datos. Se trata, en consecuencia, esencialmente del mismo programa que en la ciencia natural, esto es, de una aplicación del método científico, lo que a su vez establece a la economía como ciencia.

Según el propio Lipsey, la objeción más usual a esta conclusión se refiere a la imposibilidad de realizar experimentos controlados, y acerca de ello ofrece argumentos que parecen satisfactorios. En la opinión de este autor, sin embargo, ése no es el problema principal, sino el de garantizar el cumplimiento de la condición de que los datos que se midan sean en verdad independientes de las posiciones a priori (ideologías) de la gente que hace las observaciones.

Cuando el objeto de estudio es un sistema social, parece fácil que ocurra que al tratar de verificar las predicciones de una teoría se influya necesariamente sobre el sistema, y lo modifica de manera tal que el único resultado posible del experimento sea justamente el que predice la teoría.

Así por ejemplo, supongamos que alguien cree en una determinada teoría económica y quiere someterla al necesario proceso de verificación. Para ello debe empezar por aplicarla a una sociedad - realizar el experimento - con lo cual necesariamente la modifica, lo que finalmente significa que la sociedad sobre la cual realiza mediciones destinadas a verificar las predicciones de la teoría, no es ya más la sociedad original, sino otra, en la que impuso que se cumpliera justamente lo que se está tratando de medir. En consecuencia, es claro que en esas condiciones no sería posible hablar de verificación, ni de método científico; en otras palabras, que en rigor no podría considerarse la economía como una ciencia si son válidas las consideraciones anteriores.

La situación descrita, es decir, la imposibilidad en principio de evitar la alteración del sistema medido por el acto mismo de medición, es una característica básica de la física cuántica, que es la parte de la física que se ocupa de los fenómenos microscópicos (a la escala atómica). En este caso, sin embargo, lo que en definitiva ocurre es que la teoría predice más de un resultado posible como consecuencia de un experimento dado, y da diversos pesos probabilísticos - probabilidades de ocurrencia - a los varios resultados po-

sibles; es por esto que todavía puede hacerse la verificación experimental. En el caso del sistema social, por otra parte, lo que parece ocurrir (expresado en este lenguaje) es que el acto de medición impone una solución que es única y que además no depende sólo del sistema que se observa sino fundamentalmente de la ideología del observador. Los datos experimentales, en este caso, no necesariamente entregan información acerca del sistema en estudio, o, por lo menos, esta información no se refiere exclusivamente a características propias del sistema. Las observaciones anteriores - a nuestro entender - son particularmente relevantes en el caso en que el experimentador es el Estado.

Retornando al tema principal, se debe considerar, ahora, la relación entre las nociones de teoría y modelo, en particular en el caso de la física. En la opinión del autor, en este caso ambas ideas se confunden; no es posible distinguir las de un modo fundamental. Cuando se construye una teoría lo que en verdad se hace es construir un modelo de la naturaleza - la teoría de Newton, por ejemplo, es un modelo que permite describir con gran precisión los fenómenos del mundo macroscópico que nos rodea. En lo que sigue, se usará las expresiones teoría y modelo como términos intercambiables.

Veamos cómo se construye un modelo semejante. De acuerdo a lo ya dicho, el punto de partida lo constituyen los datos experimentales de que se dispone. Estos definen la parte del mundo físico que se estudia; como ilustración, si los datos de los que se parte son números tales como la masa del sol y de los planetas, sus distancias, sus velocidades relativas, etc., entonces se estará construyendo un modelo que deberá describir ese tipo de fenómenos físicos, a esa escala (escala macroscópica). Por lo tanto, no se podría asegurar a priori que el modelo así construido será también capaz de explicar los fenómenos a escala microscópica - los fenómenos atómicos, por ejemplo -, aunque tampoco se puede asegurar lo contrario; la respuesta definitiva sólo puede darla la verificación experimental correspondiente.

A partir de los datos experimentales iniciales se infiere la existencia de leyes, las que no están contenidas en forma explícita en la información original, las que son inventadas, en consecuencia. Hay una frase de Einstein que ilustra con fuerza este punto: "Una teoría no está condicionada por los hechos de la naturaleza, sino que es una libre invención de la mente humana".

Aunque tal libertad no es absoluta, por supuesto. Desde luego, se exige de la teoría así construida que sea capaz de reproducir los datos de los que se partió, y además, de predecir otros nuevos. La predicción, a su vez, significa la aparición de nuevos hechos experimentales, de nuevos datos que se suman a los iniciales y que aumentan, en consecuencia, el conocimiento de aquella parte del mundo físico que describe el modelo

Puede ocurrir, sin embargo, que en determinadas aplicaciones las predicciones de la teoría resulten en absoluto desacuerdo con los resultados experimentales medidos en el laboratorio. Cuando esto ocurre, no se concluye que ha fallado la teoría, lo que se concluye es que es incorrecto el uso que se ha hecho de ella, en el sentido que al aplicarla uno se ha salido del dominio de validez del modelo. (En el ejemplo anterior, esto ocurriría al aplicar el modelo - teoría de Newton - a la descripción de fenómenos atómicos.) De este modo se determina entonces, empíricamente, el dominio del conocimiento para el cual es aplicable la teoría. El modelo describe sólo una parte de la naturaleza, no su totalidad.

### 3. EJERCICIO PRELIMINAR: EL PRINCIPIA COMO PARADIGMA

Se tratará, ahora, aquí, de hacer explícita la aparición del método científico en la obra de Newton, con el propósito de usarlo como guía - a continuación - en el análisis de la obra de Smith. Se distinguirán cuatro elementos, o pasos fundamentales, que se expresan a continuación:

i) **Datos experimentales.** En la época de Newton se tenía abundante información experimental acerca del sistema planetario, una parte importante de la cual estaba resumida en las llamadas leyes de Kepler (1571 - 1630). Estas no son propiamente leyes en el sentido que se ha discutido aquí, sino más bien sólo enunciados fenomenológicos acerca de regularidades observadas en el sistema solar. Ellas introducen un orden, por cierto, en una gran cantidad de datos experimentales, y son, en consecuencia, de mucha utilidad para la formulación definitiva de la teoría; tal vez podría llamárselas pre-leyes, para realzar su carácter especial en el desarrollo de la teoría. En esta discusión consideraremos las leyes de Kepler simplemente como datos experimentales iniciales.

La primera de ellas establece que los planetas describen órbitas en el espacio, y que estas órbitas son elipses, con el sol en uno de los focos; la segunda dice que si se une con una línea recta la posición del planeta con el sol (que consideramos fijo), debido al movimiento del planeta en su órbita dicha línea describe (barre) áreas iguales en tiempos iguales; y la tercera establece que los cuadrados de los períodos (tiempo de revolución de los planetas) son proporcionales a los cubos de los semiejes mayores de las órbitas respectivas. Estos son nuestros datos.

ii) **Supuestos no experimentales.** Newton usa elementos de este carácter en la construcción de su teoría, y lo señala así explícitamente en el Libro Tercero, donde detalla las que denomina reglas del razonamiento en filosofía.

Estas son reglas de carácter especulativo, no derivables por la vía experimental; en rigor, más allá de la física - fuera de la física.

La primera establece un principio de simplicidad: "a la Naturaleza le gusta la simplicidad", asegura Newton. Hoy día este principio sigue siendo usado en física, en el sentido que se cree que las verdaderas leyes de la naturaleza tienen la formas más simple posible. Pero no debe olvidarse que esto no es sino un prejuicio que no tenemos base alguna para asegurar su validez.

La segunda regla nos enseña que "a los mismos efectos naturales debemos asignar las mismas causas", de acuerdo con el principio anterior.

La tercera dice, esencialmente, que las cualidades de la materia que podamos demostrar empíricamente debemos suponerlas de validez general, aun en condiciones en que no podamos medir directamente; por ejemplo, se debe suponer que todos los cuerpos en el universo (estrellas, etc.) se atraen mutuamente con fuerzas gravitacionales, aunque no podamos realizar los experimentos directos correspondientes.

Finalmente, Newton, insiste en que en la filosofía experimental lo que buscamos son proposiciones obtenidas por deducción a partir de fenómenos experimentales, sin que interese cualquier otra hipótesis contraria que pueda ser imaginada.

- iii) **Abstracción y síntesis.** Usando estas reglas, Newton infiere, a partir de los datos experimentales, las leyes naturales que rigen el movimiento de los cuerpos. Así por ejemplo, en el Libro Primero establece que "la fuerza que actúa sobre un cuerpo es igual al producto de su masa por su aceleración" (la llamada segunda ley de Newton). Esa ley no aparece en forma explícita en los datos, como tampoco aparece la expresión de la fuer-

za gravitacional, por ejemplo: ambas son invenciones en el sentido de la frase citada de Einstein, creaciones intelectuales de su autor.

Estas leyes pueden además expresarse en forma analítica, usando expresiones matemáticas bien definidas. Así por ejemplo, la segunda ley se escribe:

$$F = ma$$

en tanto que la fuerza gravitacional tiene la forma (para el sistema tierra-sol, por ejemplo),

$$F = \frac{K}{r^2}$$

en que  $K$  es una constante que depende del producto de las masas de la tierra y el sol y  $r$  es la distancia entre ellos. Obsérvese también, finalmente, la simplicidad de la forma de estas ecuaciones.

- iv) **Recuperación de datos iniciales. Predicción.** Disponiendo ya de la teoría, el primer paso a realizar consiste en la verificación de que en verdad a partir de ella se obtiene la información de donde se partió. Esto en el caso de Newton se hace con facilidad (simplicidad) y elegancia extraordinarias, como ya se señaló. Es interesante para la discusión posterior detenerse a considerar la primera de las leyes de Kepler, por ejemplo para el caso de la órbita de la tierra alrededor del sol.

Lo que aclara la teoría es que la tierra sigue esta trayectoria, no porque haya una elipse dibujada en el espacio, un camino por el cual viaja, sino porque en cada punto de la órbita actúan sobre ella dos efectos de sentidos opuestos, uno que tiende a hacerla caer hacia el sol, que es la fuerza gravitacional, y otro que tiende a alejarla, y que es debido precisamente al movimiento de la tierra. En definitiva, la trayectoria es la resultante de un proceso de equilibrio dinámico que ocurre en cada punto de ella.

Es necesario observar que aunque la trayectoria no existe como una curva material en el espacio, el espacio mismo sí existe para Newton. Este lo define como un espacio absoluto; en él se mueven todos los cuerpos, los planetas en particular, describiendo sus órbitas, pero sin afectarlo.

Eso en cuanto a la recuperación de los datos iniciales, Se considera ahora un ejemplo de predicción.

Usando las leyes escritas en el punto iii) no sólo es posible demostrar que la trayectoria de la tierra es una elipse, como recién se señaló, sino además, por ejemplo, es posible calcular la trayectoria de un proyectil - una piedra - lanzada sobre la tierra. Esto es, dados el punto de partida y la velocidad inicial del proyectil, se puede predecir exactamente la curva que describirá en el espacio, y en particular, el lugar donde caerá. Estos resultados son muy espectaculares por lo menos por dos razones bien diferentes: primero, porque la trayectoria de un proyectil o la caída de una manzana parecen fenómenos muy distintos de los fenómenos planetarios, y, sin embargo, ambos grupos de fenómenos son correctamente descritos por las mismas y muy simples leyes, por aquellas fórmulas abstractas citadas hace un momento; parece realmente mágico. Y segundo, porque, como se señaló recientemente, estas mismas ecuaciones, complementadas por condiciones iniciales (a un tiempo arbitrario dado) apropiadas, permiten predecir con exactitud el desarrollo temporal de un fenómeno, no solamente el futuro, sino también el pasado. Todo está escrito en las fórmulas; la teoría es estrictamente determinista.

Como consecuencia de esto último, emerge la concepción de un mundo que es absolutamente determinista. Todo ocurre como si existiera un mecanismo responsable del movimiento de todos los cuerpos, tanto sobre la tierra como en el espacio; todos los movimientos ocurren como si se tratara de la marcha de un gran reloj.

Planteado así el problema, es natural preguntarse por el gran relojero, es decir, concluir que hubo alguien que fabricó el reloj y lo echó a andar, y que ese alguien no pudo ser sino Dios.

Se desemboca así en el movimiento llamado deísmo, que compatibiliza la idea de Dios con el racionalismo, que postula que Dios creó el mecanismo y lo echó a andar - creó el universo - y que la tarea de los seres humanos consiste en descubrir, mediante la ciencia, las leyes usadas por Dios en este proceso.

Es importante aclarar la distinción entre mecanismo y ley natural. Si lo que se postula es el mecanismo, ello implica por supuesto la existencia de la ley natural; si hay un reloj, hay una ley mediante la cual funciona ese reloj. La proposición recíproca no es válida, sin embargo; es posible tener la ley natural y no tener el mecanismo. Ahora bien, como esta última es la situación que se da en el mundo físico - lo que se descubre son las leyes naturales - es claro, que hay un postulado adicional, fuera de la ciencia, no contenido en la teoría de Newton, en particular, cuando se hace del mecanismo el objeto central.

Otro punto importante de hacer notar es que el determinismo aparece como consecuencia de este modelo de la Naturaleza que es la teoría de Newton. Esto quiere decir que no necesariamente todos los fenómenos naturales serán deterministas, puesto que la teoría de Newton sólo describe una parte de la Naturaleza. Ejemplos en que esta teoría no es aplicable son bien conocidos hoy día (física atómica, física nuclear, física de partículas). En todos estos casos es otro el modelo adecuado - otra la teoría. No es que sea errónea la teoría de Newton; lo que ocurre es que uno se ha salido de su marco de validez al estudiar estos fenómenos. Esta observación es importante cuando se trata de explorar la posible influencia del modo de pensar de la física en la obra de Smith. Si hoy se decidiera construir la economía usando

como modelo la física contemporánea - a partir de la física cuántica, por ejemplo, que no es una teoría determinista - sin duda la teoría resultante sería muy distinta de la teoría económica actual.

#### 4. EL METODO FISICO EN LA OBRA DE SMITH

Se repetirá ahora el proceso recién terminado, pero analizando esta vez *La riqueza de las naciones*. Para hacer más fácil la comparación se usará la misma nomenclatura que en el caso anterior.

- i) **Datos experimentales.** La obra abunda en hechos experimentales, los que aquí naturalmente se refieren a observaciones sobre personas y a observaciones sobre hechos económicos. La insistencia, o mejor, el interés en las personas, más bien que en los grupos sociales - en los individuos más bien que en la sociedad - es particularmente claro en la exposición, y ha sido señalado como una posición característica de la época (siglo dieciocho).

En el Capítulo 1 del Libro Primero Smith habla acerca de la división del trabajo y da ejemplos al respecto, hechos experimentales bastante sorprendente en su precisión. Con el fin de ilustrar, se reproducen aquí sus observaciones acerca de la fabricación de clavos. Dice al respecto:

" Un herrero corriente que nunca haya hecho clavos, por diestro que sea en el manejo del martillo, apenas hará al día doscientos o trescientos clavos, y aun éstos no de buena calidad. Otro que esté acostumbrado a hacerlos, pero cuya única o principal ocupación no sea ésta, rara vez podrá llegar a fabricar al día ochocientos o mil, por mucho empeño que ponga en la tarea. Yo he observado varios muchachos, menores de veinte años, que por no haber-

se ejercitado en otro menester que el de hacer clavos, podían hacer cada uno, diariamente, más de dos mil trescientos, cuando se ponían a la obra. Hacer un clavo no es indudablemente una de las tareas más sencillas. Una misma persona tira del fuelle, aviva o modera el soplo, según convenga, caldea el hierro y forja las diferentes partes del clavo, teniendo que cambiar el instrumento para formar la cabeza".

Nótese que lo que está haciendo es argumentar acerca de la división del trabajo, pero que elige fundamentar su argumentación en observaciones experimentales directas, no en la pura especulación. En este sentido sus datos son tan experimentales como lo son las leyes de Kepler en la discusión anterior.

Otro ejemplo - hecho experimental - importante de destacar aquí es la propensión al trueque que observa en los seres humanos. En el Capítulo 2 del Libro Primero aclara que la división del trabajo no es originalmente un efecto de la sabiduría humana, sino más bien la consecuencia de esta propensión a cambiar, a negociar una cosa por otra. Al respecto dice:

"No es nuestro propósito, de momento, investigar si esta propensión es uno de esos principios innatos en la naturaleza humana, de los que no puede darse una explicación ulterior, o si, como parece más probable, es la consecuencia de las facultades discursivas y del lenguaje. Es común a todos los hombres y no se encuentra en otras especies de animales, que desconocen ésta y otra clase de avvenencias. Cuando dos galgos corren una liebre, parece que obran de consuno. Cada uno de ellos parece que la echa a su compañero o la intercepta cuando el otro la dirige hacia él: más esto, naturalmente, no es la consecuencia de ningún convenio, sino el resultado accidental y simultáneo de sus instintos coincidentes en el mismo objeto. Nadie ha visto todavía que los perros cambien de una manera deliberada y equitativa un hueso por otro. Nadie ha visto tampoco que un animal dé a entender a otro, con sus ademanes o expresiones guturales, esto es mío, o tuyo, o estoy dispuesto a cambiarlo por aquello".

Smith va a hacer en definitiva de este hecho experimental - la propensión al trueque - un uso importante en la elaboración de su teoría, como se señalará más adelante, y por eso lo singulariza como una de las características de los seres humanos.

Finalmente, un tercer hecho experimental de los señalados por Smith es el egoísmo, que importa destacar aquí, y que también juega un papel relevante en sus planteamientos.

"En casi todas las otras especies zoológicas el individuo, cuando ha alcanzado la madurez, conquista la independencia y no necesita el concurso de otro ser viviente. Pero el hombre reclama en la mayor parte de las circunstancias la ayuda de sus semejantes y en vano puede esperarla sólo de su benevolencia. La conseguirá con mayor seguridad interesando en su favor el egoísmo de los otros y haciéndoles ver que es ventajoso para ellos hacer lo que les pide. Quien propone a otro un trato le está haciendo una de esas proposiciones. Dame lo que necesito y tendrás lo que deseas, es el sentido de cualquier clase de oferta, y así obtenemos de los demás la mayor parte de los servicios que necesitamos. No es la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios sino su egoísmo; ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas".

Otra vez aparece en estas consideraciones con mucha fuerza la reflexión característica de su tiempo en el sentido que el motor de las acciones de los seres humanos son sus defectos (vicios) más bien que sus virtudes.

- ii) **Supuestos no experimentales.** Aquí aparece, como el más importante de los supuestos de este tipo, la idea de que las cosas (en el campo de los fenómenos económicos) necesariamente ocurren de tal manera de hacer la vida mejor y más fácil para todos. No se trata de que los hombres se preocupen de que así sea; se trata

de que de todos modos las cosas ocurren de ésa y no de otra manera. Es claro que está implícita en esta posición la idea de un mecanismo, de algo que guía los fenómenos que ocurren, en un sentido bien preciso y determinado. La influencia del pensamiento posterior a Newton (deísmo por ejemplo) es aquí evidente.

Smith llama a este algo la **mano invisible**. En el Capítulo 2 del Libro Cuarto dice:

"Ahora bien, como cualquier individuo pone todo su empeño en emplear su capital en sostener la industria doméstica, y dirigirla a la consecución del producto que rinde más valor, resulta que cada uno de ellos colabora de una manera necesaria en la obtención del ingreso anual máximo para la sociedad. Ninguno se propone, por lo general, promover el interés público, ni sabe hasta qué punto lo promueve. Cuando prefiere la actividad económica de su país a la extranjera, únicamente considera su seguridad, y cuando dirige la primera de tal forma que su producto represente el mayor valor posible, sólo piensa en su ganancia propia; pero en éste como en otros muchos casos, es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones".

Obsérvese como el egoísmo es aquí considerado como el elemento determinante de las acciones de los hombres, y como esto se hace compatible con la idea de la tendencia natural hacia la felicidad de todos mediante la introducción de la mano invisible. Obsérvese también que esta última es equivalente a la idea de mecanismo (de gran reloj), y que por lo tanto implica, en el sentido discutido para el caso de Newton, la existencia de leyes naturales en el campo de la economía.

El que el bien común no sea un fin perseguido por los individuos no puede, en consecuencia, preocupar a Smith, puesto que dispone de un mecanismo que automáticamente, sin intervención de los hombres, se hace cargo de ese problema. Y así lo dice en forma explícita en la continuación de la cita anterior:

"Más no implica mal alguno para la sociedad que tal fin no entre a formar parte de sus propósitos, pues al perseguir su propio interés, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios. No son muchas las cosas buenas que vemos ejecutadas por aquellos que presumen de servir sólo el interés público. Pero ésta es una afectación que no es muy común entre los comerciantes, y bastan muy pocas palabras para disuadirlos de esa actitud".

- iii) **Abstracción y síntesis.** Aunque esto no es lo que más interesa destacar en este trabajo, es posible establecer de inmediato una analogía formal sugestiva entre la ley de Newton escrita antes ( $F = ma$ ) y la expresión que de acuerdo a Smith determina el bienestar de una nación.

Esta aparece en la primera página de *La riqueza de las naciones*, en el primero y el segundo párrafo. En el primero se define la riqueza de la nación de la siguiente manera:

"El trabajo anual de cada nación es el fondo que en principio la provee de todas las cosas necesarias y convenientes para la vida, y que anualmente consume el país. Dicho fondo se integra siempre, o con el producto inmediato del trabajo, o con lo que mediante dicho producto se compra de otras naciones".

Provisto de esta definición, Smith procede a continuación (párrafo segundo) a relacionar esta riqueza con el bienestar de la nación. Dice :

"De acuerdo con ello, como este producto o lo que con él se adquiere, guarda una proporción mayor o menor con el número de quienes lo consumen, la nación estará mejor o peor surtida de las cosas necesarias y convenientes apetecidas".

En símbolos algebraicos (para acentuar la analogía), si llamamos R la riqueza de la nación, B el bienestar y H el número de habitantes, las proposiciones anteriores se escriben, respectivamente,

$$R = \sum (\text{productos del trabajo}),$$

(donde  $\sum$  indica sumatoria) y

$$B = \frac{R}{H}$$

La analogía formal con Newton es notable.

Por supuesto, uno puede preguntarse si es ésta en verdad la manera más adecuada, en principio, de definir el bienestar de la nación, pero eso corresponde al estudio crítico de la obra de Smith; en este momento, sólo interesa investigar la posible influencia en ella del método de la física.

Planteado el problema de esta manera, se hace aparente de inmediato la necesidad de definir una unidad de medida, puesto que en ciencia hay que medir las cantidades que interesan. (El mismo problema está por supuesto presente en el caso de Newton, pero se dio implícitamente por resuelto.) Smith esencialmente elige el trabajo como unidad de medida. En efecto, en el Capítulo 5 del Libro Primero dice:

"Todo hombre es rico o pobre según el grado en que pueda gozar de las cosas necesarias, convenientes y gratas de la vida. Pero una vez establecida la división del trabajo, es sólo una parte muy pequeña de las mismas la que se puede procurar con el esfuerzo personal. La mayor parte de ellas se conseguirán mediante el trabajo de otras personas, y será rico o pobre, de acuerdo con la cantidad de trabajo ajeno de que pueda disponer o se halle en condiciones de adquirir. En consecuencia el valor de cualquier bien, para la persona que lo posee y que no piense usarlo o consumirlo, sino cambiarlo por otros, es igual a la cantidad de trabajo que pueda adquirir o de que pueda disponer por mediación suya. El trabajo, por consiguiente, es la medida real del valor en cambio de toda clase de bienes".

Pero aunque el trabajo es la real unidad de medida, resulta en la práctica difícil de usar como tal, puesto que en general es difícil averiguar la proporcionalidad que existe entre cantidades diferentes de trabajo. Aparece así el dinero, como una manera de facilitar esta operación.

En el Capítulo 3 del Libro Primero hace aparecer Smith la noción de mercado, presentándolo como consecuencia de la propensión al trueque - hecho experimental que ya se mencionó. Es curioso observar que no define este concepto; simplemente, lo usa. Dice:

"Así como la facultad de cambiar motiva la división del trabajo, la amplitud de esta división se halla limitada por la extensión de aquella facultad o, dicho en otras palabras, por la extensión del mercado. Cuando éste es muy pequeño nadie se anima a dedicarse por entero a una ocupación, por falta de capacidad para cambiar el sobrante del producto de su trabajo, en exceso del propio consumo, por la parte que necesita de los resultados de la labor de otros".

Obsérvese en este texto que, de acuerdo a él, la relación entre la propensión al cambio y el mercado es a lo más una relación de suficiencia; de ninguna manera se ha demostrado su necesidad. En otras palabras, dadas las mismas premisas o datos experimentales de Smith (trueque, división del trabajo), no se ha demostrado la imposibilidad de construir a partir de ellas un sistema económico en que el mercado simplemente no exista.

En cambio parece fluir del texto que, para Smith, el mercado es el lugar donde ocurren los fenómenos económicos y que su propósito es precisamente servir de soporte a estos fenómenos. Para un físico, esta noción, planteada de esta manera, es fuertemente reminiscente de la noción de éter - ya abandonada por la física contemporánea - y en consecuencia de la noción de espacio absoluto.

Insistiendo sobre esto, hay que recordar que el espacio absoluto de Newton tiene por propósito el proporcionar el ámbito donde se produce el proceso de equilibrio dinámico que finalmente se traduce en las órbitas que recorren los cuerpos celestes. Es natural, entonces, preguntarse si en el mercado ocurre un proceso semejante de equilibrio en relación con los fenómenos económicos.

Y esto es precisamente lo que ocurre, de acuerdo con Smith. En efecto, aun cuando dice que los bienes tienen un precio que llama natural y que define de esta manera:

"Cuando el precio de una cosa es ni más ni menos que el suficiente para pagar la renta de la tierra, los salarios del trabajo y los beneficios del capital empleado en obtenerla, prepararla y traerla al mercado, de acuerdo con sus precios corrientes, aquella se vende por lo que se llama su precio natural". El precio al cual efectivamente se vende - precio experimental - es diferente. Llama a este nuevo precio precio de mercado y dice acerca de él:

"El precio efectivo a que corrientemente se venden las mercancías es lo que se llama precio de mercado, y puede coincidir con el precio natural o ser superior o inferior a éste.

El precio de mercado de cada mercancía en particular se regula por la proporción entre la cantidad de ésta que realmente se lleva al mercado y la demanda de quienes están dispuestos a pagar el precio natural del artículo, o sea, el valor íntegro de la renta, el trabajo y el beneficio que es preciso cubrir para presentarlo en el mercado".

El mecanismo de regulación a que se refiere Smith es, por supuesto, la ley de la oferta y la demanda; los precios suben o bajan dependiendo de cuál sea mayor.

En el mercado ocurre, pues, un proceso de equilibrio, tal como ocurre en el espacio absoluto de Newton. Los fenómenos - trayectorias de planetas o precios efectivos - son las resultantes de dichos procesos.

La analogía con el caso de la física es perfecta y también la nota Smith. Dice:

"El precio natural viene a ser, por esto, el precio central, alrededor del cual gravitan continuamente los precios de todas las mercancías. Contingencias diversas pueden a veces mantenerlos suspendidos, durante cierto tiempo, por encima o por debajo de aquél; pero, cualesquiera que sean los obstáculos que les impiden alcanzar su centro de reposo y permanencia, continuamente gravitan hacia él".

Si esta observación es válida, en el sentido de que el mercado de Smith es el análogo al espacio absoluto de Newton, entonces cabe preguntarse por el análogo económico de la noción de espacio que emerge de la teoría de Relatividad General (Einstein).

En efecto, la noción de espacio absoluto ha sido remplazada en física contemporánea por la noción einsteniana de espacio, para la cual éste no es independiente de los objetos (masas) que se encuentran en él, sino que por el contrario, está determinado por ellos.

De acuerdo a Newton, el espacio está ahí, existe, tiene propiedades geométricas que le son inherentes y no es alterado si lo ocupamos con planetas o soles. Según Einstein, en cambio, esto no ocurre así, y la geometría del espacio está precisamente determinada por la distribución de masas que en él se encuentran.

La analogía directa en el caso de la economía lleva a concluir que el mercado depende necesariamente de los objetos económicos que están operando en él, y que estos objetos lo deforman (cambian su geometría) y determinan sus propiedades. En la misma analogía, este efecto debería ser apreciable para el caso del equivalente de las grandes masas, cualquiera que sea ese equivalente en economía. Parecería que caminos posibles como éste merecerían ser explorados en alguna profundidad.

## LOS SUPUESTOS ECONOMICOS EN "LA RIQUEZA DE LAS NACIONES"

Renato Espoz \*

\* Agradezco las valiosas observaciones hechas por el profesor Andrés Sanfuentes las cuales permitieron una mayor claridad en algunas de las ideas expuestas en este artículo. Debo señalar que el profesor Sanfuentes y el autor tienen divergencias sobre aspectos fundamentales de la Teoría Económica.

## 1. EL IDEAL CIENTIFICO

Para comprender la obra de Adam Smith, los supuestos a los cuales se adhiere y los que propone, es necesario entender primeramente la idea de ciencia que asume. Lo que llamamos con propiedad ciencia económica comienza - de acuerdo a los criterios científicos más comunes - con la transferencia a este dominio de la experiencia del método científico descubierto y usado por Galileo. La física se constituye en la ciencia paradigmática. Por ello, la economía, al igual que todas las ciencias, para lograr un conocimiento científico debe cumplir con todas las exigencias establecidas para el conocimiento físico.<sup>1</sup>

Smith aplica las condiciones del conocimiento científico al dominio de lo económico y de lo social. Esto tuvo y tiene tres consecuencias importantes. La primera es el rechazo de las conclusiones basadas en observaciones inmediatas y de las concepciones del sentido común; la segunda, es

---

<sup>1</sup> Los requerimientos del conocimiento físico y sus relaciones en la economía son expuestos en el trabajo "El método físico en la obra de Smith" del profesor Igor Saavedra, el cual será usado permanentemente en esta exposición. También debo advertir que parte del material expuesto en el presente artículo es el resultado de las sesiones de trabajo realizadas con los profesores Fernando Quintana e Igor Saavedra.

que la economía como ciencia se va a orientar a la búsqueda y determinación de leyes que rigen el comportamiento económico de los hombres, es decir, busca leyes económicas que sean análogas a las leyes de la naturaleza. Es necesario advertir que ley - de Galileo en adelante y de manera inalterable - significa descripción matemática de los fenómenos. Esto nos lleva a la última consecuencia: el ideal científico consiste en darle una forma cuantitativa al conocimiento, de ahí que la economía sea una ciencia que debe medir, cuyo conocimiento es sólo de cualidades que se manifiestan en fenómenos mensurables; aquellas que no tienen efectos mensurables desaparecen del ámbito de la ciencia económica.

Todas estas características se han mantenido a lo largo de la evolución del pensamiento económico. Si tomamos a distintos economistas actuales vemos que mantienen este ideal científico. Así, Boulding, Premio Nobel de Economía en 1970, cuando precisa el campo de la economía dice: "Los economistas no se limitan a observar simplemente que hay producción, consumo y cambio, sino que se preocupan por las cantidades producidas, consumidas y cambiadas".<sup>2</sup> Hasta ahora, la intención es someter la observación a la categoría de la cantidad, de manera que, la economía trabaje en aquello que denominamos la cantidad económica, y no en las actividades económicas humanas en general. Por lo demás, es la reducción lógica que debe hacerse al aceptar la física como ideal científico. Esta concepción la expone con precisión el físico Emile Meyerson, quien dice lo siguiente: "Partiendo de la imagen de lo real tal como nos la ofrece espontáneamente la percepción, pero deseando transformarla en algo que la hagamos más afín con la exigencia de nuestra razón lo único que conservamos de esa imagen es lo que puede ser sometido a la categoría de la cantidad".<sup>3</sup> Para tener un conocimiento científico debemos reducir los datos o los fe-

<sup>2</sup>Kenneth Boulding: *Análisis económico*, Madrid, Biblioteca de la Ciencia Económica, 1956, p. 8.

<sup>3</sup>Emile Meyerson: *La Deduction relativiste*, París Payot, 1925, p. 8.

nómenos reales a hechos medibles. En esta perspectiva, saber significa conocer la cantidad. Al aplicarla, Adam Smith cree que ha superado el estado ideológico de la economía, y que desde su obra en adelante la economía se transforma en un conocimiento científico. En la introducción de *La Riqueza de las Naciones* Smith caracteriza a las teorías económicas anteriores como deficientes:

"Aun cuando acaso, esos diversos planes fuesen primordialmente promovidos por los intereses privados, o por los prejuicios de determinados estamentos sociales, sin tener en cuenta o prever sus consecuencias en el bienestar general de la sociedad, han dado ocasión a diferentes teorías de economía política".<sup>4</sup> Todas las teorías precedentes se originaban y fundaban en los intereses privados o en los prejuicios de determinados estamentos sociales. Smith cree que esta situación termina con su obra. En adelante la economía logra el conocimiento objetivo. Así la cuestión del bien común o bienestar de la sociedad deja de ser tema de las especulaciones filosóficas, y lo define por una fórmula:

$$\text{Bienestar} = \frac{\text{Riqueza}}{\text{Habitantes}}$$

Esta fórmula representa para él, el fin de las discusiones subjetivas acerca del tema en el mismo sentido de la controversia si hace frío o calor. Al intervenir el criterio científico, la discusión termina con la proposición, la temperatura es de 17° C; los aspectos subjetivos desaparecen y son considerados irrelevantes para la modalidad científica de conocer. De manera similar, el concepto de bienestar general se reduce a un número-medida, y toda la discusión de la escolástica o de la filosofía desaparece del ámbito de la investigación económica y con esto Smith estima que marcha por el camino seguro de la ciencia. Es necesario tener presente la adscripción de Smith a una teoría del conocimiento, entre las muchas posi-

<sup>4</sup>A. Smith: *La riqueza de las Naciones*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958, p. 5.

bles, para entender tanto el sentido de su obra como la evolución del pensamiento económico posterior.

## 2. IDEA DE REALIDAD ECONOMICA

El segundo aspecto que interviene de un modo decisivo en su concepción teórica es la idea de realidad económica, la cual es consecuente con la teoría del conocimiento admitida por Smith. Por ello, no es extraño que su noción de realidad también provenga de un físico. La realidad económica es concebida de un modo mecanicista. Para una cabal comprensión del punto de vista de Smith y de la tradición económica que se origina en él, es necesario considerar las influencias del deísmo de Newton en el inicio de la economía. La adscripción de Smith a esta teología le permite suponer que el mundo es un mecanismo. Sin embargo, no es un mecanismo como el de la ciencia física, es un mecanismo teleológico, el cual se orienta con precisión a su fin ¿Y cuál es el fin de este mecanismo? La finalidad está puesta por Dios. Dios se propuso como fin supremo de la creación, la felicidad humana. Como el mundo económico es entendido como una parte del mecanismo universal, también se deduce necesariamente que el mundo económico tiene la misma finalidad: la conquista de la felicidad humana.

A los hombres les queda sólo emplear su razón, que es la facultad cognoscitiva para descubrir las leyes de las acciones humanas. Estas son eternas, inmutables y necesarias porque llevan el timbre de su autor. El mecanismo económico está regido por estas leyes universales y necesarias que son análogas a las leyes de la naturaleza.

El deísmo de Smith es optimista del mismo modo que el de Newton. Es interesante notar que, posteriormente, Marx podría haber hecho una crítica fundamental a esta idea desde su ateísmo, pero en realidad lo único que hace es remplazar la idea de providencia por la idea de historia, y conserva la concepción de un mecanismo con una finalidad, regido por

leyes suprahistóricas. El estado final es la sociedad comunista donde se conquista la felicidad de los hombres.

Concebida de esta manera la realidad y determinado el método de trabajo, a Smith le resta sólo describir los principios generales que rigen el mecanismo. La diversidad de los fenómenos, el caos de la realidad, se reduce a la unidad y simplicidad siguiendo las reglas del método de Newton. Los principios generales son las leyes económicas, permanentes y universales. Por ello, la ciencia económica está en condiciones de predecir y funda su poder de pronóstico en esta estructura de la realidad. Si el mundo es un mecanismo que está regido por leyes universales, sólo queda descubrirlas para poder predecir lo que va a suceder en el futuro o entender el pasado.

La concepción de Smith tiene una consecuencia política enorme. Si el mundo económico es un mecanismo hecho por la providencia para felicidad de los hombres, por lo cual moralmente está justificado, entonces el hombre no debe intervenir en él, más aun, debe impedir cualquiera acción que lo amenace. ¿Qué debe hacer? Dejar que operen las leyes de la mejor manera posible, las cuales van a orientar el sistema necesariamente al mejor estado que el hombre podría desear. Es el fundamento moral o teológico del *laissez-faire*. Esta estructura funciona por sí misma y se auto regula. Sin embargo, de un modo increíble, Smith introduce al hombre en el sistema. Propone que es necesario dejar al hombre en entera libertad para que actúe conforme a los principios, y para que esto ocurra es necesaria la prescindencia del Estado. En realidad, ¿a qué libertad se refiere? Sólo se trata de la libertad que asegure el funcionamiento de los principios del mecanismo, pues el hombre ha quedado inserto y comprendido en él.

Es importante señalar que la economía no se ha basado con rigor en el modelo de Newton; se han invertido los términos. Lo que Newton hizo fue descubrir las leyes que regían

un determinado dominio de la experiencia. Adam Smith lo extendió y pretendió su universalización. Por lo tanto, el modelo de Newton lo transformó en una filosofía. Esta se puede caracterizar como una filosofía mecanicista la cual supone previamente que el mundo económico es un mecanismo y de ahí deduce la existencia de las leyes que lo rigen. Newton hace justamente lo contrario, descubre leyes que explican un determinado dominio de la experiencia, lo que podría ser concebido como un mecanismo y también podría no serlo. En cambio, en economía es necesario suponer previamente que el cosmos económico es un mecanismo.

### 3. LAS DEFINICIONES ECONOMICAS

#### 3.1. Definición de riqueza

Las definiciones económicas las encontramos en las primeras páginas del libro de Smith. *Investigación sobre la Naturaleza y Causa de la Riqueza de las Naciones*. La frase inicial es su definición de riqueza:

"El trabajo anual de cada nación es el fondo que en principio la provee de todas las cosas necesarias y convenientes para la vida y que anualmente consume el país".<sup>5</sup>

La riqueza es igual a la sumatoria del producto del trabajo ( $R = \sum pt$ ). Esta definición no tiene antecedentes: la podemos entender sólo por el ideal científico y la concepción de la realidad señalados anteriormente. Con esta definición parte la obra y curiosamente rompe con toda la tradición económica anterior, especialmente con el mercantilismo y con los viejos economistas ingleses. El mercantilismo definía la riqueza como acumulación de metales preciosos. Los viejos economistas ingleses pensaban que era la acumulación del producto. Smith introduce una idea de flujo de bienes y servicios que son sumados en un período anual, con lo cual

<sup>5</sup>Op. cit., p. 3.

aparentemente incorpora la idea de tiempo. Y, también, si examinamos con cuidado la definición inicial, de algún modo se encuentran los temas principales a los que va a estar orientada la economía desde entonces. Las materias son producción, consumo e intercambio, las cuales constituyen los tres temas fundamentales que preocupan a los economistas ingleses desde aquel tiempo.

Por otra parte, es interesante que el título del libro se llame *Investigación sobre la Naturaleza y Causa de la Riqueza de las Naciones*. Su primera frase da respuesta a la cuestión de la naturaleza de la riqueza. En una primera determinación la naturaleza la comprendemos como la idea de *Physis* de los griegos. Significa el origen o fuente, y éste en relación a la riqueza es el trabajo. El trabajo anual de cada nación es el proveedor de todas las cosas necesarias y convenientes para la vida, es decir, lo único que produce valor es el trabajo.

En esta definición quedan fuera el capital y la tierra, lo cual tiene efectos importantes para los desarrollos económicos y sociales posteriores. A partir de ello se discute si le corresponde o no al capital y a la tierra una parte de la riqueza en su distribución.

La segunda dimensión de la naturaleza de la riqueza queda explícita en la idea de que la riqueza la constituyen "todas las cosas necesarias y convenientes para la vida", de manera que no es sólo producto del trabajo sino también es la capacidad que tienen estas cosas que produce el hombre en su trabajo para satisfacer necesidades humanas. Es la tesis de Locke, que dice: "el valor intrínseco, natural de cualquier cosa consiste en su idoneidad para satisfacer las necesidades o procurar las cosas convenientes de la vida humana".<sup>6</sup> Así se observan dos dimensiones de valor. Por una parte, es el resultado del trabajo y, por otra, es la capacidad de satisfacer necesidades humanas, es decir, su utilidad.

<sup>6</sup>John Locke: *Some Consideration of the Consequences of the Lowering of Interest and Raising the Value of Money*, ed. 1696.

Ambas perspectivas van a ser desarrolladas en la tradición económica y constituyen el fundamento de la teoría del valor de Smith.

De la noción de riqueza, Smith deduce conceptos más precisos como ingreso nacional y producto nacional, los cuales difieren de los actuales sólo en la modalidad de cálculo. Así, uno es el cálculo de los bienes y servicios producidos a precios de mercado, y el otro se determina por el pago a los factores de la producción. Estos conceptos son los que se usan hoy normalmente. En esencia no ha cambiado nada, lo que sí progresan son las técnicas de cálculo que han mejorado enormemente. Es importante señalar el equívoco de esta definición inicial, que consiste en identificar la riqueza con bienestar. Cuando un hombre tiene todas las cosas necesarias y convenientes para la vida está en situación de bienestar. Riqueza es igual a bienestar. Planteado de este modo, el hombre no necesitaría nada que no estuviera dado en esta ciencia o precisamente por el trabajo anual. Todo lo que el hombre necesita proviene del trabajo, lo que constituye una reducción peligrosa de lo humano. Para entender como llegó a esta igualdad, tenemos que remontarnos al utilitarismo y hedonismo, que le dan los fundamentos para identificar el bienestar con la riqueza.

En esas filosofías la felicidad individual era la sumatoria del placer y dolor. Nadie cuestionó si los placeres y dolores son sumables. Lo importante es que llegó a Adam Smith como un dato. Era evidente que la felicidad individual era una sumatoria de placeres y dolores. El hombre debía maximizar los placeres y evitar los dolores. Luego, los utilitaristas y hedonistas postulaban que la felicidad social o el bienestar social era igual a la suma de las sumatorias individuales. El individualismo implícito se constituyó, además, en el principio metódico de las investigaciones económicas. Se acepta sin más que la investigación de la acción económica de un individuo representa las actividades e interrelaciones del conjunto, y también la de las unidades económicas, como empre-

sas y estados. En verdad no es evidente, de ninguna manera, que el comportamiento económico individual sea idéntico al social, o al de una empresa o al de un estado.

Es notable, aparte de lo anterior, advertir que en la filosofía utilitarista y psicología hedonista, Smith encontró la mecánica del comportamiento humano adecuada para su concepción. El hombre persigue la felicidad, cada individuo orienta de un modo necesario su conducta a la consecución del máximo bienestar o el máximo de felicidad para sí mismo. Es más, cada uno es el mejor guardián de sus intereses, de tal manera que debe obtener el máximo de placeres y el mínimo de dolores. Cuestión que en economía se va a concretar en la dinámica producida por la satisfacción que dan al hombre los productos, y en las penas y fatigas que son necesarias para obtenerlos, representadas originalmente en el trabajo.

En este caso tampoco es evidente la hipótesis. No es fácil aceptar sin más al hombre como *homo economicus*, cuyo motivo de conducta es exclusivamente el egoísmo.

Los dos aspectos señalados anteriormente, implícitos en la definición de riqueza, son fundamentales en la teoría de Smith y en el desenvolvimiento de la ciencia económica. En consecuencia, es ineludible para la economía examinar la validez de estos supuestos extracientíficos.

### 3. 2. Definición de bienestar

Definida la riqueza, Smith pasa a ocuparse del bienestar de la sociedad.

El segundo párrafo de la introducción es la definición de bienestar, la cual es una deducción de su definición anterior. Dice:

"De acuerdo con ello, como este producto, o lo que con él se adquiere, guarda una proporción mayor o menor con el número de quienes lo consumen, la nación estará mejor o peor surtida de las cosas necesarias y convenientes apetecidas".<sup>7</sup> Es una definición conforme a su método. Bienestar es igual a la proporción entre riqueza y habitantes,  $\left( b = \frac{R}{H} \right)$

El bienestar de la nación se calcula por el bienestar promedio de sus habitantes. De acuerdo a la estructura propuesta, esta definición no sólo describe una situación, sino además es nominativa porque establece la necesidad de aumentar el bienestar en razón de la condición del hombre propuesta por esta interpretación. Es en cierto sentido una definición valorativa que orienta y pone en movimiento al hombre y a la nación. Indudablemente, en el tiempo de Smith sólo se podía operar sobre la primera variable, es decir, incrementar la riqueza o el producto de trabajo. Disminuir los habitantes hubiera parecido realmente algo inaceptable. En cambio, hoy día podemos hacerlo. Por ejemplo, recordemos que hace poco tiempo atrás en la India se ofrecía a los hombres una entrada al circo con la condición de que se esterilizaran. En realidad el control de la natalidad permite operar con el segundo término, el número de habitantes, en vistas al incremento del bienestar. Esta condición de la definición de bienestar establece la racionalidad concreta de lo económico. El individuo y la sociedad tienen un fin, lograr el máximo de bienestar posible. Por lo demás es una idea de sentido común general. Ahora bien, la validez de la definición queda condicionada en Smith por una distribución específica. Al decir "guarda una proporción mayor o menor con el número de quienes consumen, la nación estará mejor o peor surtida de las cosas necesarias y convenientes" fija la condición, la cual está simbolizada en la igualdad de quienes lo consumen y la nación.

Si los consumidores no fueran igual a la nación, no se podría definir con exactitud el bienestar de la nación, pues podría ocurrir que un grupo pequeño de la nación constituyera

<sup>7</sup>Op. cit. Introducción p. 3.

los consumidores efectivos al mismo tiempo que la mayoría subsistiera en condiciones subhumanas. En ese caso, nuestra definición no tendría ningún valor en relación a esa realidad. Ella representa el bienestar de la nación, sólo en el caso de que todos los miembros de la nación sean consumidores casi equivalentes. Indiscutiblemente, cuando no se cumple la condición, la definición pierde su validez.

En síntesis, Smith supone como condición necesaria una distribución justa e igualitaria, la cual está fundada y deducida de su concepción de realidad. En consecuencia, esta distribución está resuelta por el mecanismo universal. El producto se distribuye de acuerdo al orden natural. No olvidemos que el mecanismo fue hecho por la Providencia para la felicidad de los hombres, lo cual, en cierto sentido, asegura la justicia e igualdad. Pero esto no le basta, introduce otro concepto con el objeto de consolidar la equidad de la distribución. Es la mano invisible, de la cual dice lo siguiente en la Teoría de los Sentimientos Morales:

"Los ricos escogen del montón sólo lo máspreciado y agradable. Consumen poco más que el pobre, y a pesar de su egoísmo y rapacidad natural, y aunque sólo procuren su propia conveniencia, y lo único que se proponen con el trabajo de esos miles de hombres a los que dan empleo, es la satisfacción de sus vanos e insaciables deseos, dividen con el pobre el producto de todos sus progresos. Son conducidos por una mano invisible que los hace distribuir las cosas necesarias de la vida casi de la misma manera que habrían sido distribuidas, si la tierra hubiera estado repartida en partes iguales entre todos sus habitantes; y así, sin proponérselo, sin saberlo, promueven el interés de la sociedad y proporcionan medios para la multiplicación de la especie".<sup>8</sup>

Son dos las ideas importantes. Primera, los ricos y los pobres no tienen diferencias apreciables en relación al consumo. Los ricos consumen poco más que el pobre. La segunda es que la mano invisible distribuye. querámoslo

<sup>8</sup>A. Smith, *The Theory of Moral Sentiments*. (Trad. al español de E. O'Gorman, El Colegio de México, 1941.) Part. IV, Cap. I, p. XXV.

o no, la riqueza de modo justo e igualitario o, si se prefiere, de la misma manera "que habrían sido distribuidas si la tierra hubiera estado repartida en partes iguales entre todos sus habitantes". Es difícil idear una distribución mejor. A pesar del egoísmo con que actúan los hombres, la distribución del producto es justa y equitativa, cuestión que queda como responsabilidad de la mano invisible. Aquí encontramos nuevamente otro tipo de fundamento moral de la sociedad liberal. La mano invisible distribuye las cosas necesarias de un modo justo y equitativo, prácticamente en partes iguales entre todos los hombres. En consecuencia, la sociedad mercantil es una sociedad igualitaria justa, con lo cual se defiende moralmente su organización política, social y económica.

Dados estos supuestos, su definición tiene sentido y teóricamente representa el bienestar de la nación. De acuerdo con ella, el problema de la distribución queda planteado en relación a las leyes que la determinan; en verdad, no existe como problema. De ahí que para Smith constituye sólo un aspecto de su teoría del valor, el de la descomposición del precio en sus elementos: salario, beneficios y renta.

Este enfoque es reiterado hoy. Por ejemplo, en el libro de Richard Lipsey, *Economía Positiva*, la distribución es un caso especial de la teoría del precio, es decir, se reduce nuevamente a la descomposición del precio en salario, beneficio y renta.<sup>9</sup>

Por otra parte, es forzoso señalar que su imagen de bienestar implica considerar al hombre como un ser que desea permanentemente bienes, que busca lo que es necesario e indispensable para vivir y que el medio que le dio la naturaleza para realizarlo es el trabajo. De donde infiere que solamente produce cosas necesarias y convenientes para la vida. Esta identificación presente en las definiciones de riqueza y bienestar es una visión mutilada del utilitarismo y hedonismo.

<sup>9</sup>Véase Richard Lipsey, *Economía Positiva*, pp. 59-62.

Hoy día, esto podría presentar algunas dudas. Hay autores como Galbraith que plantean ciertas preguntas respecto de estas definiciones y del modo de enfocar la realidad. En la sociedad desarrollada, el consumo de artículos sofisticados es cada vez mayor, de modo que la vanidad y la insaciabilidad se han convertido en el motor de la grandeza nacional.

"El crecimiento económico -dice Galbraith- es una medida de entera devoción a los fines nacionales, el crecimiento consiste cada vez más en los artículos de consumo lujoso. De esta manera, llegamos al hecho considerable de convertir el goce de lujo en índice de virtudes nacionales. Esto despierta al menos, algunas dudas".<sup>10</sup> De acuerdo a lo que hemos visto, no tendríamos que sorprendernos de la situación actual. Es una consecuencia absolutamente coherente con los principios a los cuales se ha adscrito la economía, y en realidad desde un comienzo estaba presente. Hoy día, se plantea la duda porque no se ve con claridad el supuesto de que lo necesario y lo conveniente es lo que el hombre produce, porque cada vez más en las sociedades desarrolladas que han logrado satisfacer sus necesidades materiales básicas, la producción se orienta hacia artículos más alejados de esa condición. La producción en Adam Smith tiene como fin último, la satisfacción de las necesidades humanas, y la riqueza es riqueza, porque mejora la condición de las personas.

#### 4. LA CAUSALIDAD

Una vez propuesta la finalidad del sistema que es el crecimiento de la riqueza o producto, Smith pasa a determinar cuales son las circunstancias que definen este crecimiento, o este aumento del producto. Dos son las circunstancias: una, la aptitud, destreza y sensatez del trabajo; la segunda, la proporción entre labor útil y aquéllas que no son útiles.

<sup>10</sup>Galbraith: "Economía frente a calidad de vida", Revista de Occidente. Año III, 2ª época N° 28, julio 1965, pp. 7 y 8.

La primera es la decisiva y se constituye en el fundamento del desarrollo de la sociedad. La segunda es importante sólo en un análisis estático, dado un nivel de destreza, es decir, a un determinado nivel de riqueza. En cambio, la primera es la causa determinante del nivel de riqueza y del crecimiento de la nación. Entonces al quedar decidido que la destreza es la causa fundamental, Smith analiza su causalidad. Para él, es consecuencia de la división del trabajo, en una sociedad donde la asistencia y la cooperación de millones de seres humanos es necesaria.

La división del trabajo depende a su vez de una facultad natural. Es la facultad gradual, necesaria aunque lenta de una propensión de la naturaleza humana que no aspira a una utilidad tan grande. Esta propensión es la de permutar, cambiar y negociar una cosa por otra.<sup>11</sup> La propensión a cambiar, a negociar es la determinante fundamental de la división del trabajo, la destreza y, por tanto, de la riqueza de la nación.

Ahora bien, es interesante señalar que en su planteamiento, esa propensión no es en su origen efecto de la sabiduría humana, lo cual es muy importante, porque si fuera así, el hombre quedaría adscrito posiblemente al mundo de la libertad. Por el contrario, estamos en un mundo determinista, por ello se refiere al concepto de naturaleza como mecanismo. De acuerdo con esto, esta propensión queda adscrita al mundo natural y el hombre en este nivel, por lo menos, queda concebido también de un modo determinista. Además, sus consecuencias graduales y necesarias son muy importantes para su teoría, porque de esta propensión parte su interpretación económica de la historia. Incluida en el orden natural del determinismo, asegura la posibilidad de predicción, porque esta propensión gradual determina las distintas etapas de la historia del hombre en su desarrollo.

La propensión natural se manifiesta de un modo gradual y evoluciona de un estado primitivo hasta el más desarrollado,

<sup>11</sup> Véase Adam Smith, *op. cit.*, Libro I, Cap. II.

los cuales determinan las etapas de desarrollo de la sociedad humana. Es evidente que para llegar a su forma más plena, debe esperar el desarrollo de la propensión en el tiempo histórico. Así la historia se interpreta desde la categoría económica de intercambio, dando lugar a una interpretación económica de ella. Las civilizaciones, las artes se inician donde existen facilidades para el cambio.<sup>12</sup> Cuando no existen esas facilidades, hay barbarie. Posteriormente, él establece que cuando cesa la permuta, empieza el cambio en el cual el dinero es el instrumento del intercambio. Así nace la sociedad comercial, que constituye la culminación de la historia del hombre. Cuando esta propensión llega a su etapa final, en la cual el negociar se universaliza, la historia del hombre logra el cumplimiento de su finalidad. La historia aparece en esta concepción como algo formulable. Smith, al comienzo del capítulo IV, dice lo siguiente:

"Tan pronto como se hubo establecido la división del trabajo sólo una pequeña parte de las necesidades de cada hombre se pudo satisfacer con el producto de su propia labor. El hombre subviene a la mayor parte de sus necesidades cambiando el remanente del producto de su esfuerzo, en exceso de lo que consume, por otras porciones del producto ajeno, que él necesita. El hombre vive así, gracias al cambio, convirtiéndose, en cierto modo, en mercader, y la sociedad misma en próspera hasta ser lo que realmente es, una sociedad comercial".<sup>13</sup> En síntesis, sólo cuando la propensión al cambio llega a su estado final, la historia cumple con su finalidad, y la sociedad es lo que realmente es, una sociedad comercial. En ella, el negociar y el mercado son fundamentales.

En cuanto a su concepción de la evolución de la humanidad la podemos apreciar en los siguientes textos:

"Siendo éstas las ventajas del transporte acuático, es cosa natural que los progresos del arte y de la industria se fomentasen donde tales facilidades convirtieron al mundo en un mercado para toda clase de productos del trabajo".<sup>14</sup>

<sup>12</sup>Véase *Ibid*, Libro I, Cap. III, pp. 21 y siguientes.

<sup>13</sup>A. Smith, *op. cit.*, Libro Primero, cap. IV, p. 24.

<sup>14</sup>*Ibid*, p. 22.

Más adelante agrega:

"Las naciones que fueron civilizadas en primer lugar, de acuerdo con los más auténticos testimonios de la historia, fueron aquellas que moraban sobre las costas del Mediterráneo".

"Todas las tierras interiores de África y todas aquellas de Asia, que se extienden hacia el Norte del Mar Negro y del Mar Caspio, la antigua Scythia, la moderna Tartaria y Siberia, parece que estuvieron en todas las edades del mundo sumidas en la misma barbarie y ausencia de civilización en que hoy las encontramos. El mar de Tartaria es el océano glacial o helado, cerrado a la navegación y aunque algunos de los ríos más caudalosos del mundo corren por esos parajes, se hallan muy distanciados unos de otros para facilitar el comercio y las comunicaciones, en la mayor parte de esas dilatadas comarcas".<sup>15</sup> Para Smith es claro que el cambio es el origen de la historia, del desarrollo de la humanidad. Este cambio en su etapa final, alcanza el estado final de la sociedad comercial, donde la sociedad es lo que realmente es.

Es importante indicar que en esta sociedad comercial surge un hombre nuevo, que plantea una economía adquisitiva de compras y ventas donde se busca la ganancia. Antes, Europa tenía una economía basada en un sistema social de derechos y obligaciones, en la cual la vida económica estaba subordinada a la salvación individual y a las necesidades del conjunto de la sociedad. La sociedad que propone Smith está guiada por el egoísmo individual, delimitado por la mano invisible e inserto en el deísmo newtoniano, que aseguran la justicia del sistema. Es importante señalar que la organización de la vida económica con el centro de un sistema interconectado de mercados que ajustan los precios, la producción y los ingresos a un sistema impersonal de fuerzas de mercado, sólo surge después de la Edad Media y tiene su formulación teórica completa en la obra de Smith. Es imprescindible comprenderlo, porque normalmente se piensa que esta estructura de mercado que nosotros conocemos y que vivimos, ha sido siempre la estructura que ha dominado al hombre, lo cual no es verdadero. Sólo aparece a partir del siglo XV; antes existían otros modos de relación

<sup>15</sup>A. Smith, op. cit., pp. 22-23.

económica de los hombres. Por ejemplo, la concepción que se tenía en la Edad Media los subordinaba a la salvación individual y a las necesidades del conjunto de la sociedad, en el cual el hombre no tenía la actitud en el mercado de comprar y vender en vista de una utilidad. Extrapolar o considerar en términos absolutos este mercado al cual nosotros estamos acostumbrados, es un error metodológico grave.

En relación a su noción de historia, es importante notar que Smith fue original en esto. El propuso una interpretación económica de la historia, sobre lo cual existen malos entendidos. Se supone, que no fue Smith el que inicialmente hizo una interpretación económica de la historia, sino Marx. Es un error común atribuir la originalidad de la interpretación económica de la historia a Marx. Es el caso de Schumpeter que en su *Historia del Análisis Económico* afirma: "Entre los elementos sociológicos hay que contar aportaciones de gran importancia, como la interpretación económica de la historia que, en mi opinión, se puede considerar propia de Marx en el mismo sentido que la teoría del origen evolutivo del hombre es propia de Darwin. Pero el resto de la sociología de Marx - el marco sociológico que, al igual que cualquier economista, ha necesitado para su teoría económica - no es ni objetivamente nuevo ni subjetivamente original".<sup>16</sup> Creo que queda bastante claro que el que primero que hace una interpretación económica de la historia, es Adam Smith y no Carlos Marx.

En la sociedad comercial, es fundamental la certidumbre de poder cambiar, que es básico para establecer la división del trabajo. De esta suerte, dice Smith: "la certidumbre de poder cambiar el exceso de producto de su propio trabajo, después de satisfacer sus necesidades por la parte del producto ajeno que necesita, induce al hombre a dedicarse a una sola ocupación, cultivando y perfeccionando el talento o el ingenio, que posea para cierta especie de labores".<sup>17</sup>

<sup>16</sup> Joseph Schumpeter, *Historia del Análisis Económico*, Ediciones Ariel, 1971, p. 444.

<sup>17</sup> Adam Smith, *op. cit.*, pp. 17-18.

Así, la certidumbre de poder cambiar induce al hombre a la división del trabajo. Teniendo esa certidumbre el hombre puede dedicarse a una labor y especializarse. Si no tuviera la certidumbre en realidad, no podría existir la división del trabajo.

Otra característica del cambio, es que cada hombre cambia sólo hasta cierto punto el excedente de su producto. Por ejemplo, el carnicero no va a cambiar toda la carne que le sobra por toda la cerveza que le sobre al cervecero, sino que cambia sólo una parte determinada por la satisfacción de sus necesidades. Cada hombre trata de elevar al máximo su bienestar teniendo presente que los bienes, de acuerdo a Smith, poseen una capacidad de satisfacción decreciente. El valor para el consumidor lo determina la utilidad y ésta es decreciente. Esto es únicamente válido para el consumidor, porque para el productor es costo, es trabajo. El exceso de carne del carnicero vale para él, el trabajo que le ha costado, pero para el consumidor no es el trabajo, sino es la utilidad que representa o la satisfacción que le da ese bien. Esto es muy importante destacarlo, porque normalmente se piensa que Smith sólo propuso como teoría del valor, la teoría del trabajo y no es así. Planteó la teoría de la utilidad y también de alguna manera insinuó la idea de utilidad decreciente.

Ahora bien, la amplitud de la división del trabajo está determinada por la extensión de esta propensión a cambiar. En este punto introduce un concepto fundamental de la economía: "la extensión de la facultad a cambiar, o mejor dicho, dice, la extensión del mercado".<sup>18</sup> De esta manera introduce la noción de mercado, la cual no la define, ni la caracteriza de otra manera en su obra. Es curioso que este concepto que se constituirá en uno de los aspectos fundamentales de la obra de Smith no sea tratado con rigor. Aparece por primera vez en su libro, sólo como el elemento determinante de la división del trabajo. En sentido estricto lo presenta como sinónimo de la "facultad de cambiar".

<sup>18</sup> Adam Smith, op. cit., p. 20.

Esta propuesta como una implicación suficiente, pero no necesaria. Perfectamente se podría pensar aceptando los principios de Adam Smith en una organización de la sociedad que excluyera el mercado. Esto puede parecer muy extraño, porque posteriormente, en el análisis de Smith, la teoría se levantó justamente como análisis del mercado. Sin embargo, tal como está planteada la estructura teórica, es una condición suficiente pero no necesaria. En el texto de Smith de ninguna manera se demuestra su necesidad, a lo más es una relación de suficiencia la que se propone entre la división del trabajo y el mercado. Si consideramos las premisas o datos experimentales de Smith como cambio, división del trabajo y riqueza, observamos que no se ha demostrado la imposibilidad de construir a partir de ellas un sistema económico en que el mercado no exista.

La relación propuesta por Smith establece la propensión al cambio como la determinante de la división del trabajo, la cual define el nivel de riqueza. Esta causalidad de la riqueza permite destacar al mercado como tema central. Luego, la norma para las sociedades que desean progresar es que deben estructurar su mercado de un modo adecuado a las proposiciones teóricas para que el proceso de crecimiento se inicie. La economía, desde entonces, se orienta al análisis del mercado, puesto que se cree de él depende absolutamente la riqueza de la nación, y se olvida el tipo de relación causal establecida en la obra de Smith.

## 5. EL HOMO ECONOMICUS

Es necesario señalar que la propensión a cambiar caracteriza al hombre y que junto a otras determinaciones fijan la concepción de él en la ciencia económica. El primer supuesto o dato del hombre es justamente esta propensión a permutar, cambiar o negociar, la cual se erige en la característica primordial de su definición esencial. Afirma Smith "es común a todos los hombres y no se encuentra en otra especie de animales que desconocen ésta y otra

clase de avenencias; nadie ha visto, todavía que los perros cambien de una manera deliberada, equitativa, un hueso por otro".<sup>19</sup> En consecuencia, lo que distingue al género humano del resto de los animales es justamente esta facultad. Es un animal negociante, como en Aristóteles, es un animal racional. Aun más, piensa que el progreso depende de la disposición a cambiar y también cree, como ya señaló, que es ella la que permite hacer historia. La segunda característica del hombre para la ciencia económica, es el egoísmo que se constituye en el principio que rige todas las relaciones en la sociedad comercial. Para Smith el principio que rige las relaciones sociales no es la amistad, la benevolencia, ni los sentimientos humanitarios, sino el egoísmo "dame lo que necesito y tendrás lo que deseas",<sup>20</sup> es la norma de las relaciones. Con ello cambiar significa mutuo beneficio, se cambia lo que es innecesario por lo necesario, el excedente por lo escaso hasta el punto en que no se derivan satisfacciones adicionales. Cada individuo tiende a lograr el máximo de felicidad guiado por su egoísmo, trata de lograr un óptimo individual, maximizando todas las posibilidades. Esta concepción juega un papel decisivo en la economía y toma formas diversas que pueden ser: maximización de la utilidad, maximización del ingreso, maximización de las satisfacciones. Por ejemplo, la teoría de la empresa en la sociedad capitalista, los análisis están dominados por la idea de maximización de la utilidad. En cambio, en las economías socialistas autogestionadas, lo importante es la maximización del ingreso por trabajador. Es fundamental destacar que el principio es el mismo, aunque puede tomar formas concretas distintas. Sin embargo, el principio que guía la investigación es el egoísmo, como lo indica con acierto Edwin Cannan.<sup>21</sup>

Ahora bien, la tendencia hacia un óptimo apunta al concepto de bienestar. Que esto se considere o no en el análisis económico es un problema que hay que resolver. Pero en

<sup>19</sup>Adam Smith, op. cit., p. 16

<sup>20</sup>Ibid, p. 17.

<sup>21</sup>Véase Edwin Cannan, Prefacio a la Riqueza de las Naciones, FCE 1958, p. LXVII.

cualquier caso, es necesario advertir que el análisis económico está dominado por la idea de bienestar. K. Boulding señala con claridad esta condición de la economía e indica, a modo de ejemplo, que el concepto de precio no es comprensible sin referencia al bienestar o satisfacción. Más aun, la utilidad o satisfacción que se obtiene en el intercambio se reduce a una relación de precios, con lo cual se cumple con las exigencias del conocimiento científico. De este modo, se conoce una cualidad por sus efectos medibles.<sup>22</sup>

El principio del egoísmo y el modo como opera, lo denominó Smith el sistema de libertad natural. El hombre movido por su egoísmo logra la máxima felicidad. Cada hombre si está en entera libertad, intenta lograr el máximo de felicidad para sí mismo y, en consecuencia, de acuerdo al análisis y al principio metódico que ya explicitamos, la sociedad alcanza el máximo de bienestar o riqueza. Esta creencia de Smith resolvió el dilema moral de los autores anteriores, quienes estuvieron por más de un siglo discutiendo como organizar la sociedad. Smith resolvió el conflicto entre los beneficios individuales y los sociales. El egoísmo, a pesar de que el hombre persigue su propia satisfacción y su propio beneficio, es guiado, conducido por una mano invisible que lo lleva a conseguir el máximo social, es decir, no hay conflicto entre el individuo y la sociedad. Toda la estructura descansa en el juego libre, competitivo del egoísmo individual y en ella existe una armonía de intereses.

Se cree que existe una diferencia fundamental con Marx. En verdad, si examinamos la diferencia es más bien accidental. Supuesta la idea del mecanismo y adscrito a toda la creencia de la época, Smith cree que la sociedad comercial es la sociedad ideal. Marx piensa que no, porque existe un impedimento para que funcione la legalidad natural.<sup>23</sup> El obstáculo son las clases sociales. La idea de obstrucción es común en los autores de la época. Así Quesnay creía que bastaba con remover los obstáculos que impedían el funcionamiento de la ley natural para que la sociedad, gracias a estas leyes naturales, lo-

<sup>22</sup> Véase Kenneth Boulding, op. cit., p. 12.

<sup>23</sup> Legalidad natural significa orden natural, las leyes en este contexto no son simples reglas que se imponen a la realidad, sino también algo que la supera. El hombre debe aceptarlas moralmente.

grara el estado perfecto. Por otra parte, pensaba que el hombre debía conformarse moralmente con ellas. Marx piensa en la necesidad de remover los obstáculos que impidan que las leyes operen. Eliminadas las clases sociales, opera la ley natural y llegamos, finalmente, al estado comunista, siguiendo todo el desarrollo de la historia formulable, en la que en su última etapa el estado desaparece y el hombre queda prácticamente dejado a su entera libertad en las relaciones sociales.

El tercer supuesto que se refiere al hombre es la igualdad: los hombres son iguales por naturaleza y las diferencias que pueden tener, no provienen por naturaleza, sino nacen - en el caso de Smith - de la división del trabajo. Dice:

"La diferencia de talentos naturales en hombres diversos no es tan grande como vulgarmente se cree, y la gran variedad de talentos que parece distinguir a los hombres de diferentes profesiones, cuando llegan a la madurez es, la más de las veces, efecto y no causa de la división del trabajo".<sup>24</sup> Tenemos que las diferencias son efecto de la división del trabajo y no su causa. Más adelante insiste con un ejemplo:

"Las diferencias más dispares de caracteres, entre un filósofo y un mozo de cuerda, pongamos por ejemplo, no proceden tanto, al parecer, de la naturaleza como del hábito, la costumbre o la educación. En los primeros pasos de la vida y durante los seis u ocho primeros años de edad fueron probablemente muy semejantes, y ni sus padres ni sus camaradas advirtieron diferencia notable".<sup>25</sup> Los hombres nacen todos iguales. Es la idea de igualdad de Locke, donde las diferencias son provocadas por las experiencias que cada uno tiene.

¿Qué importancia tiene esto para la ciencia económica y para las ciencias sociales? Es primordial, porque permite elevar el medio ambiente a una categoría fundamental. Si nosotros cambiamos el medio, cambiamos los hombres, con lo cual tenemos la posibilidad de hacer transformaciones y reformas sociales de un modo racional.

<sup>24</sup>A. Smith, op. cit., p. 18.

<sup>25</sup>Ibid. p. 18.

La culpa de las imperfecciones de la sociedad y de los hombres pueden atribuirse al medio ambiente, el cual puede ser transformado para eliminar las deficiencias detectadas. La concepción del hombre queda caracterizada por la propensión a permutar, por el egoísmo y por la igualdad. El hombre es considerado como una máquina que da respuestas mecánicas a circunstancias objetivas, en la cual el egoísmo es una fuerza, que explicaría la actividad humana en general. En lo esencial queda concebido como una entidad cognoscible y determinable, lo que es cardinal para la ciencia. El hombre es adscrito al determinismo lo que es congruente con la estructura de la realidad propuesta y apropiado al método de conocimiento elegido.

Si, por el contrario, nosotros pensamos que la acción humana es en parte espontánea, creativa, encausada y compleja - en síntesis, ni mecánica ni determinista - no tiene sentido permanecer adscritos a la perspectiva de Smith. Si nosotros pensamos que somos responsables morales de nuestras acciones y que somos libres, la perspectiva dada por Smith perdería nuestra aceptación.

Finalmente, el supuesto de la sociedad comercial, en la cual el mundo se convierte en un mercado corresponde a la concepción de espacio absoluto de Newton, la cual es necesaria reexaminarla.<sup>26</sup>

La idea de un equilibrio competitivo del mercado que tiende al crecimiento en vistas del bienestar u óptimo social, definió los problemas a los que se ha enfrentado desde entonces la ciencia económica. Con ello, Smith proporcionó a los economistas del futuro el marco analítico de la ciencia económica. Desde entonces, la economía es concebida como una máquina para elevar al máximo el placer, donde la diferencia entre los beneficios del consumidor y los costos de producción

<sup>26</sup>Esta interpretación del Mercado es del profesor Fernando Quintana. Para esto, véase Igor Saavedra, "El Método físico en la obra de Smith", en esta publicación.

se elevan al nivel más alto posible, cuando se permite el *laissez-faire*. Este es en esencia el planteamiento de Smith.

## 6. LOS PROBLEMAS ECONOMICOS

Smith en la introducción y en los primeros cuatro capítulos fija la estructura del análisis y determina los supuestos esenciales de la ciencia económica. Al final del capítulo IV plantea las preguntas básicas de la economía. Los autores posteriores a Smith, inician sus obras justamente en la discusión de las respuestas a esas preguntas y no discuten lo anterior, lo cual significa de alguna manera la aceptación de la estructura y los supuestos iniciales. Es la situación de las obras de Ricardo y de Marx. Establecido el mercado como el ámbito de la economía y propuesto el valor de cambio como tema de la ciencia, el problema que se le plantea es el de las reglas que determinan el valor en cambio. Es necesario advertir que de la caracterización que Smith hace del valor ha encaminado erróneamente a algunos economistas, los cuales han creído que Smith rechaza la idea de utilidad en su teoría del valor. Dice:

"Debemos advertir que la palabra valor tiene dos significados diferentes, pues a veces expresa la utilidad de un objeto particular, y otra es la capacidad de comprar otros bienes, capacidad que se deriva de la posición de dinero. Al primero lo podemos llamar valor en uso, y al segundo, valor en cambio. Las cosas que tienen un gran valor en uso tienen comúnmente escaso o casi ningún valor en cambio, y por el contrario, las que tienen un gran valor en cambio no tienen, muchas veces, sino un pequeño valor en uso o ninguno".<sup>27</sup>

Se ha pensado que Smith rechaza con esta distinción la idea de utilidad, lo cual es inexacto. Como ya se indicó, la perspectiva de Smith es clara y en su teoría del valor incluye el trabajo y la utilidad. Son indispensable para comprender el comportamiento del productor y del consumidor. La gran innovación a la teoría clásica que habitualmente se acepta es la introducción del concepto de utilidad en la teoría del valor.

<sup>27</sup>A. Smith, op. cit., Libro I, Cap. IV, p. 30.

Volviendo a nuestro tema, Smith propone como asunto de investigación los principios que regulan el valor en cambio de las mercancías. Para hacerlo es necesario determinar primero, de acuerdo con el esquema de conocimiento de la física, cuál es la medida de este valor en cambio, o en qué consiste el precio real de todos los bienes. Es el primer problema económico y no podía ser otro. Como él aceptó que conocer es medir, el primer problema que enfrenta es determinar el medio para conocer. En el género de la cantidad el medio para conocer es la unidad de medida. En consecuencia su primer problema es determinarla.<sup>28</sup>

El trabajo es, para él, la unidad de medida, porque responde a una de las condiciones que impone la Física a sus medidas. La condición es la invariabilidad, la unidad de medida no puede ser variable, porque si así fuera, nunca podría haber una medida exacta. Esta idea la expone del siguiente modo: "Ahora bien, de la misma manera que una medida que estuviese siempre cambiando su longitud como el pie natural, el palmo o el brazo, no podría ser jamás una medida exacta de otras cosas, así una mercadería que varíe continuamente en su propio valor nunca podrá ser medida exacta del valor de otros artículos. Iguales cantidades de trabajo, en todos tiempos y lugares, tienen según se dice el mismo valor para el trabajador".<sup>29</sup>

Examina varios artículos en relación a la invariabilidad y concluye que los cereales a través de los siglos varían en su valor. El dinero, el oro, la plata cambian su valor en el tiempo. Existe una sola cosa invariable, el trabajo. Las penas y fatigas que un producto le cuesta a un trabajador son siempre las mismas, de donde infiere que el trabajo al no cambiar nunca de valor, es el único y definitivo patrón efectivo por el cual se comparan y se estiman los valores de todos los bienes, cualquiera que sean las circunstancias de lugar

<sup>28</sup> Véase Emile Simard, *Naturaleza y alcance del método científico*, "Las definiciones físicas", Cap. I, II y II, Gredos, 1961.

<sup>29</sup> Adam Smith, *op. cit.*, p. 33.

y de tiempo. Para él, el trabajo es la medida universal y más exacta del valor, la única regla que nos permite comparar los valores de las diferentes mercancías en distintos tiempos y lugares. El valor o precio real es aquel que se expresa en trabajo.<sup>30</sup>

Esta medida tiene un inconveniente, es muy abstracta y es de difícil manejo. Nadie compara un bien con otro en cantidades de trabajo. Es necesario una unidad de más fácil manejo y, por ello, introduce el dinero. Pero el dinero también tiene que cumplir con la invariabilidad. "Por consiguiente, dice - en tales circunstancias - el dinero es la medida exacta del valor de cambio real de todas las mercancías. Esto sólo es así, sin embargo, en igualdad de circunstancias de lugar y de tiempo".<sup>31</sup> Con ello el dinero adquiere invariabilidad.

La condición le significa a la economía hacer un análisis estático. De acuerdo con ello, el dinero es medida universal sólo en igualdad de circunstancias, de tiempo y de lugar. El dinero expresa el valor o precio nominal. Ahora bien, este precio nominal o monetario de los bienes determina y decide finalmente, si son o no razonables las compras y las ventas, además, por él se regulan casi todas las transacciones de la vida común, cuando media precio.<sup>32</sup> En consecuencia, la economía se preocupa más del precio nominal que del real.

Posteriormente, el análisis de los precios lo limita al mercado y postula una racionalidad supra humana. Si deseamos una óptima asignación de recursos, debemos dejar operar al sistema en completa libertad, el cual en virtud de su racionalidad perfecta y en vista de la felicidad humana, asigna de la mejor manera posible los recursos y, por lo tanto, la sociedad logra el óptimo social. En consecuencia, lo que debemos hacer es dejar que los precios se fijen en la estructura de mercado de acuerdo a sus principios y con ello obten-

<sup>30</sup>Véase Ibid, Libro I, Cap. V.

<sup>31</sup>Adam Smith, op. cit., Libro I, Cap. V, p. 38.

<sup>32</sup>Véase A. Smith, Ibid.

dremos el mayor beneficio social posible.<sup>33</sup>

El segundo problema que plantea Smith se refiere a las partes integrantes del precio. El análisis se orienta a la determinación de los distintos elementos que componen el precio. En la sociedad original, el precio es igual al producto del trabajo. Dice al respecto: "El producto del trabajo constituye la recompensa natural o salario del trabajo".

"En el estado originario de la sociedad que precede a la apropiación de la tierra y a la acumulación del capital, el producto íntegro del trabajo pertenece al trabajador. No habrá entonces propietarios ni patronos con quienes compartirlo".<sup>34</sup>

Para el autor, el ingreso nacional o el precio en el estado originario se descompone sólo en salario, el cual es equivalente al producto del trabajo.

"Pero este estado originario, agrega más adelante, en que el trabajador gozaba de todo el producto de su propio trabajo, sólo pudo perdurar hasta que tuvo lugar la primera apropiación de la tierra y acumulación del capital. Terminó, por consiguiente, tal situación, mucho antes de que se hicieran los progresos más trascendentales en las aptitudes productivas del trabajo, por lo cual sería inútil hacer ulteriores indagaciones acerca de cuáles hubieran sido sus efectos en las remuneraciones o salarios del trabajo".<sup>35</sup> En la sociedad originaria el trabajador tiene todo el producto de su propio trabajo, no lo comparte con nadie. Pero, de acuerdo con el esquema de ciencia, es necesario considerar los datos experimentales. Para Smith, un dato experimental es la acumulación y la apropiación de la tierra, por ello le pareció inútil hacer indagaciones en relación a la sociedad originaria. Existía apropiación de la tierra, había acumulación de capital, luego lo que había que investigar, era lo que pasaba en esa sociedad tal como se presentaba.

<sup>33</sup>Véase A. Smith op. cit., Libro I, Cap. VII, pp. 54-62

<sup>34</sup>A. Smith, op. cit., Libro I, Cap. VIII, p. 63.

<sup>35</sup>Ibid, p. 64.

Marx, en cambio, investiga la sociedad originaria en la cual no había ni apropiación ni acumulación. Sin embargo, Smith indica los efectos de tal situación en el desarrollo de la sociedad. "Si este estado de cosas hubiera continuado, los salarios del trabajo habrían aumentado en consonancia con todas las mejoras en sus facultades productivas que se originan en la división del trabajo. Todas las cosas se hubieran ido abaratando gradualmente; y como, en tal situación los bienes producidos con las mismas cantidades de trabajo, se hubieran intercambiado naturalmente uno por otro, su compra se hubiese efectuado con el producto de una cantidad menor de trabajo".<sup>36</sup> La consecuencia hubiera sido que los productos se hubieran ido abaratando gradualmente en beneficio de los trabajadores. En la sociedad comercial, donde existe acumulación y apropiación, el precio se descompone en salario, beneficio y renta. Del mismo modo, el valor anual del producto de cada nación se reduce a una distribución entre los diferentes habitantes del país como salarios del trabajo, beneficio del capital o renta de la tierra. Cualquiera otra renta se deriva de una de ellas.

"El total de lo que anualmente se produce u obtiene por el trabajo de la sociedad, o lo que es lo mismo, su precio conjunto, se distribuye originariamente de este modo entre los varios miembros que la componen. Salario, beneficio y renta son las tres fuentes originarias de toda clase de renta y de todo valor de cambio. Cualquiera otra clase de renta se deriva, en última instancia de una de estas tres".<sup>37</sup>

Al terminar el capítulo VI nota un punto que es bastante importante en el desarrollo posterior de la ciencia: el trabajo necesita de capital y de tierra, por lo tanto, plantea lo siguiente:

<sup>36</sup>Ibid, p. 63.

<sup>37</sup>Ibid, p. 51.

"En un país civilizado son muy pocas las mercancías cuyo valor en cambio se deba únicamente al trabajo, porque en la mayoría de ellas entran en bastante proporción la renta y el beneficio, de donde resulta que el producto anual de su trabajo es siempre suficiente para comprar o disponer de una mayor cantidad de trabajo del que se emplea en obtener, manufacturar y transportar el producto al mercado. Si la sociedad se hallase en condiciones de emplear anualmente todo el trabajo de que puede disponer en el curso del año, como la cantidad de trabajo se incrementaría grandemente de uno a otro, el producto de cada uno de los años sucesivos se incrementaría de una manera enorme con relación al anterior. Pero no hay un solo país en que el producto anual íntegro se emplee en mantener los trabajadores. Los ociosos consumen en todos esos países una gran parte del producto y, según sean las proporciones como se distribuye éste anualmente, entre esas dos clases tan opuestas, así crecerá, disminuirá o permanecerá estacionario cada año su valor promedio o corriente".<sup>38</sup>

Advierte que en la sociedad hay un nivel de desempleo que depende fundamentalmente del gasto, del ahorro y de la inversión. Este problema lo retoma y lo desarrolla Keynes en nuestro siglo.

El tercer problema que Smith se plantea se refiere a las fluctuaciones de los precios, comprendidas como movimiento o gravitación de los precios de mercado en relación a un precio central o precio natural. "El precio natural viene a ser, por esto, el precio central, alrededor del cual gravitan continuamente los precios de todas las mercancías. Contingencias diversas pueden a veces mantenerlos suspendidos, durante cierto tiempo, por encima o por debajo de aquél; pero cualesquiera que sean los obstáculos que les impiden alcanzar su centro de reposo y permanencia, continuamente gravitan hacia él".<sup>39</sup> También, de acuerdo con el texto de Smith, el precio natural puede definirse como de equilibrio, lo cual ocurre cuando la demanda es igual a la oferta real. Esto se constituye en el problema económico básico: explicar la fluctuación de los precios en torno a un precio específico que puede denominarse natural o de equilibrio, lo cual se explica por un juego de interacciones de fuerzas. Es necesario destacar la enorme simi-

<sup>38</sup>A. Smith, op. cit., Libro I, Cap. VI, p. 53

<sup>39</sup>A. Smith, op. cit., Libro I, Cap. VII, pp. 56-57

litud con la física de Newton. En el mercado existe un proceso permanente de equilibrio, tal como ocurre en el espacio absoluto de Newton. Los precios efectivos, como los fenómenos físicos observados, son las resultantes del proceso de equilibrio dinámico.

Por lo menos, caben algunas dudas en relación a esta estructura teórica, puesto que debemos considerar que si en la física los físicos encuentran que no es lícito extrapolar el modelo de Newton a la física de las partículas, es aun más cuestionable, extrapolarlo al mundo del hombre. Creo que se ha hecho una extrapolación absolutamente injustificada y que sería conveniente analizar. Jamás se ha demostrado la validez de su uso en la economía. En cambio, en la Física, se han descubierto sus limitaciones de aplicación y se han indicado las contradicciones entre los datos experimentales y las proyecciones teóricas a que ha conducido el uso no fundado en los otros dominios de la experiencia física.

Finalmente, creo que el problema que Smith pretendió resolver, sigue vigente. No olvidemos que el gran problema de la filosofía social en el siglo XVIII era el determinar como emerge el orden social del caos potencial de una sociedad individualista. Su respuesta quedó condicionada en gran medida a los Principios matemáticos de la filosofía natural de Newton. Pensó en un universo mecánico que funcionaba de acuerdo a leyes naturales del movimiento y gravedad con el fin de obtener un equilibrio de fuerzas, lo cual es cuestionable desde los desarrollos de la física contemporánea. Por otra parte, introdujo la "mano invisible" con el objeto de asegurar la equivalencia entre el bien individual y el social, desmentida por los hechos de la historia de los últimos 200 años, donde podemos constatar demasiadas veces que las fuerzas empresariales del mercado aplastan y destruyen a los individuos, y que el bien individual no es igual al bien común. Por ello estimo que el dilema del hombre moral en una sociedad inmoral subsiste y, por ello, los economistas deben interesarse en cuestiones filosóficas y, a su vez, los filósofos ocuparse de cuestiones económicas.

## RELACIONES CAUSALES BASICAS DEL ACTUAR ECONOMICO EN ADAM SMITH

Mario Zañartu

Adam Smith se preocupa de la actividad económica medible, es cierto, pero la mensurabilidad de los fenómenos económicos no le hace perder de vista la relación fundamental de toda ciencia: la relación de causalidad.

La física, y con ello toda la ciencia experimental, no se preocupa por la relación de causalidad, y con justa razón, pues lo que le interesa sobre todo es la predicción de lo que va a ocurrir. Para ello no necesita saber si la masa o la aceleración o ambas estén relacionadas a la fuerza como causa a efecto.

El método científico de la física es propio de la física, y no es extrapolable sobre todo a ciencias que no son experimentales, como la economía.

La aplicación rigurosa del método físico a los fenómenos económicos no es posible, y de ello algunos concluyen que la economía no es ni puede ser ciencia. La única conclusión lógicamente valedera es que la economía no es, ni puede ser, ciencia física.

Sería por tanto erróneo aplicar a la economía— que es una ciencia social, porque es una ciencia del comportamiento del hombre en sociedad— el método de la ciencia física. Este error convierte a la economía en una inadecuada econometría, así como errores similares convierten a la psicología en una inadecuada psicometría, a la sociología en una inadecuada sociometría, empieza a aparecer una inadecuada "politometría" y Dios nos libre de tener que llegar a El por la "teometría" (De teos, palabra griega que significa Dios).

La física, con su éxito arrollador de Vikings y Luniks ha hecho al resto de la sabiduría humana el flaco servicio de exigirle que se disfrace de sofometría. (Sofía, palabra griega que significa sabiduría.)

No se trata de abandonar el metro, la medición, pero sí de recuperar el poder de la investigación causal para la ciencia. En medio de este marco métrico es bueno volver a mirar con la mirada poco moderna y simplificadora, sí, pero penetrante de Aristóteles. Es bueno volver a preguntarse por las causas de las cosas, cuando se quiere hacer ciencia.

Hay economistas que no se preocupan de la relación de causalidad; ellos se contentan con la simple correlación entre los fenómenos. El problema de contentarse con la correlación es que nunca pueden excluirse con certeza circunstancias, condiciones o constantes que pueden ser ellas las causas reales de las variables correlacionadas. Si dos fenómenos son ambos causados por una misma causa, aparecerán necesariamente correlacionados con un elevado coeficiente de correlación, sin que ninguno de ellos sea la causa del otro.

El reducir la ciencia a la correlación es una traición a la ciencia. La naturaleza de la ciencia es el conocimiento de las cosas por sus causas. El conocimiento de las correlaciones de las cosas puede ayudar, pero nunca sustituir el conocimiento de las causas.

Siendo el fin de la ciencia económica un fin práctico, el conocer las causas de los fenómenos económicos para cambiar los fenómenos en un sentido más favorable al hombre, condicionado por ellos en la búsqueda de su felicidad, lo que importa es saber qué causa es la que hay que manipular para que los efectos por ella causados evolucionen en forma más favorable al hombre.

Las correlaciones empíricas son un instrumento necesario para la ciencia, pero no son la ciencia misma, y no son por tanto suficientes. Quienes llaman "filosofía" todo lo que va más allá de las evidencias empíricas de las correlaciones, y al así llamarlo lo excluyen del campo de la economía, le hacen un débil servicio a la ciencia económica, pues la castran de lo propiamente científico, le niegan el carácter de teoría, y la dejan reducida a una simple técnica.

Como toda técnica, pasa a ser utilizable por cualquier teoría, que no necesita ni siquiera explicitarse.

¿Es ésta la concepción de Adam Smith? Nuestro autor, ¿se preocupa de las relaciones de causalidad, hace por lo tanto verdadera ciencia, y nos deja un legado de teoría económica?

La primera pregunta científica a la actividad económica es una pregunta de causalidad final social ¿qué pretende la sociedad con su actividad económica en última instancia?, o sea, ¿cuál es la causa final de la actividad económica? La respuesta normalmente aceptada es: el bienestar del hombre en la medida en que éste está condicionado por la satisfacción de sus necesidades en base a bienes y servicios que son escasos y alternativos, y cuya producción implica un esfuerzo. Dicho esfuerzo vale la pena, sólo si produce un bienestar que lo compense, excediéndolo; es el problema del excedente económico.

La segunda pregunta científica a la actividad económica es una pregunta de causa final particular, o de internalización de la causa final social, por la causa eficiente que es normalmente particular: ¿qué hace que el fin social de la economía se convierta en fin particular o motivo de la causa eficiente?, o sea, ¿cuál es el motivo del emprender el proceso productivo? La respuesta normalmente aceptada es que los mecanismos de estímulos los cuales hacen que el emprender un proceso productivo para el bienestar humano social sea interesante para la instancia "empresarial" particular.

La tercera pregunta científica a la actividad económica es una pregunta de causalidad eficiente ¿qué es lo que en último término pone en marcha el proceso de producción de bienes y servicios?, o sea, ¿cuál es la causa eficiente remota de la actividad económica? La respuesta normalmente aceptada dice que es una decisión autónoma, aunque condicionada, de asumir los esfuerzos y resultados del proceso productivo, de "emprender" el proceso productivo, es la función empresarial. La pregunta sobre la causalidad eficiente se puede desglosar en dos: la de la causalidad eficiente remota, que es la que se desarrolla en este estudio, y la de la causalidad eficiente próxima, que es el trabajador, y que será abordada en un estudio ulterior.

La cuarta pregunta científica a la actividad económica es una pregunta de causalidad instrumental, ¿qué hace que la causa eficiente remota de la actividad económica disponga de instrumentos de producción y los utilice de la mejor forma posible?, o sea, ¿cuál es la relación entre la instancia de decisión y los medios de producción? La respuesta normalmente aceptada es la relación de propiedad entre el que toma la decisión de emprender y los medios de producción.

Las que hemos llamado "respuestas normales" a las cuatro preguntas científicas a la actividad económica constituyen una forma de respuesta a las preguntas fundamentales de toda teoría económica. En este sentido, Adam Smith habrá sido el formulador de una teoría económica determinada, la llamada teoría económica clásica, en la medida en que da respuesta a las cuatro preguntas causales de la ciencia económica. El objeto del presente trabajo es encontrar y analizar la respuesta del autor.

## 1. FIN ULTIMO SOCIAL DE LA ACTIVIDAD ECONOMICA\*

Para Adam Smith el fin último de la actividad económica es el bienestar de la comunidad, que él desglosa en pueblo

\* Todas las citas textuales están tomadas de Adam Smith, Investigación acerca de la Naturaleza y las Causas de la Riqueza de las Naciones. Fondo de Cultura Económica, México, 1958.

y soberano (gobierno), y que consiste en asegurarle al primero su ingreso o sustento y al segundo los medios para prestar los servicios públicos. Según el autor:

"La economía política, considerada como uno de los ramos de la ciencia del legislador o del estadista, se propone dos objetos distintos: el primero, suministrar al pueblo un abundante ingreso o subsistencia, o, hablando con más propiedad, habilitar a sus individuos y ponerles en condiciones de lograr por sí mismos ambas cosas; el segundo, proveer al Estado o República de rentas suficientes para los servicios públicos. Procura realizar, pues, ambos fines, o sea enriquecer al soberano y al pueblo". p. 377.

Especifica que la labor del gobierno (soberano) se orienta a asegurar componentes indispensables para el bienestar del pueblo: seguridad exterior, seguridad interior (con su aparato de justicia) y obras e instituciones de bien público.

"Según el sistema de la libertad natural, el Soberano únicamente tiene tres deberes que cumplir, los tres muy importantes, pero claros e inteligibles al intelecto humano: el primero, defender a la sociedad contra la violencia e invasión de otras sociedades independientes; el segundo, proteger en lo posible a cada uno de los miembros de la sociedad de la violencia y de la opresión de que pudiera ser víctima por parte de otros individuos de esa misma sociedad, estableciendo una recta administración de justicia; y el tercero, la de erigir y mantener ciertas obras y establecimientos públicos cuya erección y sostenimiento no pueden interesar a un individuo o a un pequeño número de ellos, porque las utilidades no compensan los gastos que pudiera haber hecho una persona o un grupo de éstas, aun cuando sean frecuentemente muy remuneradoras para el gran cuerpo social". pp. 612-613.

El fin del trabajo anual de cada nación es la producción de cosas necesarias o convenientes cuyo consumo asegura la satisfacción de las necesidades o comodidades de la vida.

"El trabajo anual de cada nación es el fondo que en principio la provee de todas las cosas necesarias y convenientes para la vida, y que anualmente consume el país. Dicho fondo se integra siempre, o con el producto inmediato del trabajo, o con lo que mediante dicho producto se compra de otras naciones.

De acuerdo con ello, como este producto o lo que con él se adquiere, guarda una proporción mayor o menor con el número de quienes lo consumen, la nación estará mejor o peor surtida de las cosas necesarias y convenientes apetecidas.

Ahora bien, esta proporción se regula en toda nación por dos circunstancias diferentes: la primera, por la aptitud, destreza y sensatez con que generalmente se ejercita el trabajo, y la segunda, por la proporción entre el número de los empleados en una labor útil y aquellos que no lo están. Sea cual fuere el suelo, el clima o la extensión del territorio de una nación, la abundancia o la escasez de su abastecimiento anual depende, en cada situación particular, de aquellas dos circunstancias". p.3,

La riqueza o pobreza de un pueblo depende del aumento o disminución del acervo de bienes que sirve para vestir y albergar al pueblo. Así se puede observar en la cita siguiente:

"Conservar y aumentar el acervo que sirve para el consumo inmediato es el exclusivo objeto de los capitales, lo mismo fijos que circulantes. Este fondo es el que alimenta, vista y alberga al pueblo. Su riqueza o su pobreza depende del surtido abundante o escaso que esos dos capitales pueden rendir al acervo reservado al consumo inmediato". (p.256) La preocupación fundamental de la Economía Política son las consecuencias de las acciones económicas en el bienestar general de la sociedad.

"Aun cuando, acaso, esos diversos planes fuesen primordialmente promovidos por los intereses privados, o por los prejuicios de determinados estamentos sociales, sin tener en cuenta o prever sus consecuencias en el bienestar general de la sociedad, han dado ocasión a diferentes teorías de Economía política". p.5 La finalidad exclusiva de la producción es el consumo, que es el interés de los consumidores. Adam Smith, lo expresa de este modo: "El consumo es la finalidad exclusiva de la producción, y únicamente se deberá fomentar el interés de los productores cuando ello coadyuve a promover el del consumidor". p.588.

La riqueza o pobreza de las personas no se mide por la sola disponibilidad de los bienes y servicios (cosas) necesarios y convenientes para la vida, sino incluso de aquellos que son gratos:

" Todo hombre es rico o pobre según el grado en que pueda gozar de las cosas necesarias, convenientes y gratas de la vida. Pero una vez establecida la división del trabajo, es sólo una parte muy pequeña de las mismas la que se puede procurar con el esfuerzo personal. La mayor parte de ellas se conseguirán mediante el trabajo de otras personas, y será rico o pobre, de acuerdo con la cantidad de trabajo ajeno de que pueda disponer o se halle en condiciones de adquirir". p.31, o cuya ausencia ha llegado a ser indecoroso entre las gentes de buena reputación en cada grupo social. " Por mercancías necesarias entendemos no sólo las que son indispensables para el sustento, sino todas aquellas cuya falta constituiría, en cierto modo, algo indecoroso entre las gentes de buena reputación, aun entre las de clase inferior... Por lo tanto, bajo la acepción de cosas necesarias comprendemos no sólo aquellas que la naturaleza presenta como tales para las clases más bajas de la población, sino las que por regla de decencia han llegado a serlo". p. 769.

Esto es lo que Adam Smith considera el fin último social de la actividad económica y los medios (o fines intermedios que a él conducen) : la felicidad humana, a través de los bienes y servicios que satisfacen las necesidades y conveniencias y que son gratos al hombre.

Pero no descuida la consideración del costo en esfuerzo que dicha actividad implica, y que afecta el bienestar que se propone como fin. El costo de los bienes y servicios son las penas y fatigas que su adquisición requiere:

" El precio real de cualquier cosa, lo que realmente le cuesta al hombre que quiere adquirirla, son las penas y fatigas que su adquisición supone". p. 31. El trabajo siempre supone sacrificio de comodidad y de bienestar, y, por lo tanto, sacrificio de felicidad.

"Iguales cantidades de trabajo, en todos tiempos y lugares, tienen, según se dice, el mismo valor para el trabajador. Presuponiendo un grado normal de salud, de fuerza y de temperamento, de aptitud y destreza, ha de sacrificar siempre la misma proporción de comodidad, de libertad y de felicidad". p. 33. Todo esfuerzo superior implica normalmente más pena. Acerca de esto, Smith dice: "Si una clase de trabajo es más penosa que otra, será también natural que se haga una cierta asignación a ese superior esfuerzo, y el producto de una hora de trabajo, en un caso, se cambiará frecuentemente por el producto de dos horas en otro". p. 47.

Al introducir estas nociones, Smith pone todos los elementos necesarios para indicar que lo que busca la actividad económica es el bienestar neto (es decir, descontado el esfuerzo, pena o sacrificio que ella implica) social, o excedente económico de la sociedad entera. Pero no utiliza ninguna expresión para designar dicho flujo, y emplea la palabra excedente con otras significaciones: excedente del producto físico individual sobre el consumo individual de dicho producto, al respecto dice :

"Todo obrero dispone de una cantidad mayor de su propia obra, en exceso de sus necesidades, y como cualquiera otro artesano, se halla en la misma situación, se encuentra en condiciones de cambiar una gran cantidad de sus propios bienes por una gran cantidad de los creados por otros; o lo que es lo mismo, por el precio de una gran cantidad de los suyos". p. 14

"Tan pronto como se hubo establecido la división del trabajo sólo una pequeña parte de las necesidades de cada hombre se pudo satisfacer con el producto de su propia labor. El hombre subviene a la mayor parte de sus necesidades cambiando el remanente del producto de su esfuerzo, en exceso de lo que consume, por otras porciones del producto ajeno, que él necesita". p. 24, este es el excedente del producto físico de la empresa sobre el consumo por los trabajadores del mismo producto. Además,

"En un país desprovisto de comercio exterior y en el que no hay manufacturas delicadas, el hacendado rico consume todas sus rentas en una rústica hospitalidad, dentro del hogar, pues, aunque quiera, no le es fácil cambiar el excedente de los productos de sus tierras después de mantenidos los labriegos. Si este remanente alcanza para mantener cien hombres o mil, no puede hacer otro uso del mismo que mantener, en efecto, ese número de gentes". p. 366, excedente del producto físico sectorial sobre el consumo del sector de dicho producto. Dice, además

"El producto excedente del campo, o sea lo que resta después de haber atendido a las necesidades de quienes lo cultivan, constituye la subsistencia de la ciudad, de tal forma que ésta no puede progresar sino con el aumento de dicho excedente de las zonas rurales". p. 340 excedente del producto físico de la nación sobre el consumo del sector productivo de la misma; "Tanto los trabajadores improductivos, como aquellos otros que no trabajan en absoluto, se han de mantener a base de algún ingreso, bien sea de aquella parte del producto anual que originariamente se destina a constituir el ingreso de alguna persona particular, como es la renta de la tierra o el beneficio del capital, o bien de aquella otra porción que, aun cuando se destina primordial y exclusivamente a reponer el capital y al sostenimiento de los trabajadores productivos, luego que llega a poder de los destinatarios y provee a su subsistencia, deja algún sobrante, que se puede emplear en manos productivas o en las que son estériles". (p. 301) excedente del producto físico de la nación sobre su nivel de subsistencia

"No hay señal más decisiva de la prosperidad de un país que el aumento en el número de sus habitantes... El trabajo está allí tan bien remunerado que una familia numerosa, en lugar de ser una carga, es más bien una fuente de prosperidad y opulencia para los padres". p. 69. Esto lo expresa el autor :

"El ingreso bruto de todos los habitantes de un gran país comprende todo el producto anual de sus tierras y de su trabajo; la renta neta lo que les queda libre después de deducir los gastos de mantener, en primer lugar, su capital fijo, y en segundo lugar, el circulante". p. 260, o sobre su nivel de consumo efectivo

"Si el valor en cambio del producto anual, según observamos en otra parte, excede del consumo en el mismo período, el capital nacional aumentará en proporción a dicho excedente. En dicho caso, la sociedad se mantiene de su renta - es decir, de su ingreso - y lo que ahorra de ella anualmente se incorpora al capital, empleándose de tal manera que al año siguiente se incrementa aún más su producto. Si el valor del producto anual no alcanza lo que anualmente se consume, no puede por menos de decaer año tras año el producto anual, y el capital de la nación, por la cuantía de la porción que falte para completar el consumo. En este caso el gasto de la nación excede de su ingreso y, por consiguiente, consumirá la parte que va recortando del capital, sobreviniendo así un fatal deterioro, y en razón de esa decadencia el valor permutable del producto anual de su actividad económica irá cada vez a menos". p.440 Smith observa el problema

identificándolo en este último caso con el ahorro nacional: "Así como el capital de un individuo sólo puede aumentar con lo que ahorre de sus rentas anuales o de sus ganancias, de igual suerte el capital de la sociedad, que coincide con el de sus individuos, no puede acrecentarse sino en la misma forma". p. 306, aplica por último, el término excedente al comercio en tránsito de todas las naciones. De este modo indica que:

"La magnitud del comercio exterior y la del capital que en él puede emplearse se halla necesariamente limitado por el valor del producto excedente de las plazas distantes entre las cuales se cambian, dentro del mismo país, sus respectivas producciones. La del comercio extranjero con artículos para el consumo doméstico, encuentra ese límite en el valor del producto excedente del país mismo y de lo que con él puede comprarse; la de comercio de tránsito, en el valor del producto excedente en todos los países del globo". p.337

En resumen, Adam Smith no aplica el término excedente, al exceso de bienestar sobre malestar, sino al exceso del producto sobre el consumo, en diversas instancias y actores económicos. Pero la finalidad de la economía social está claramente enunciada.

## 2. FIN ULTIMO PARTICULAR DE LA VIDA ECONOMICA

Para Adam Smith lo que mueve al actor económico a actuar es su interés egoísta; no hay preocupación por dar participación en el consumo a los demás!

"Estas actividades proporcionaron poco a poco, a los grandes propietarios, artículos para cambiar por el producto excedente de sus tierras, que podían consumir sin dar participación a sus colonos y dependientes. Todo para mí y nada para los demás; tal parece haber sido, en todas las edades, la máxima vil del poderoso. Tan pronto como encuentra la manera de consumir sus rentas de una manera exclusiva, no se preocupa de dar participación a los demás". p. 369

Este interés egoísta consiste fundamentalmente en "comer lo más que pueda". Todo lo que se desea obtener de la persona, que no vaya dirigido a su propio interés, tendrá que ser conseguido violentamente.

"Un hombre que no tiene la posibilidad de adquirir propiedad o dominio, no puede tener otro interés sino el de comer lo más que pueda y trabajar lo menos que sea posible. Cuantas obligaciones adquiriera más allá de lo necesario para lograr su sustento, sólo se podrán conseguir de él por el uso de la violencia, pero no apelando a su propio interés... El orgullo del hombre le hace desear el dominio, y nada le mortifica tanto como no poder mandar, y verse obligado a condescender persuadiendo a sus inferiores. Por esta razón, allí donde las leyes lo permiten y la naturaleza de la obra no lo repugna, se prefiere generalmente el servicio del esclavo al del hombre libre". p. 348

La violencia no es sustituible por la persuasión, sino sólo por mecanismos que hagan que el esfuerzo que se desea obtener de la persona le aparezca como necesario, para su interés egoísta. El principal mecanismo es organizar la sociedad de modo tal, que la persona no obtenga de ella los bienes, los servicios o la consideración que necesita sino a cambio de trabajo útil para la sociedad. Esto se puede lograr haciendo depender tanto de los ingresos, como de la consideración del esfuerzo productivo de la persona. El salario fijo, en la medida que no es disminuido por el descenso de la productividad, es un mal sistema, porque hace desaparecer la necesidad de mantener el mismo nivel de esfuerzo productivo. Ni siquiera el control autoritario es estímulo adecuado, porque corrientemente se da en la autoridad incapacidad, desinterés o falta de medios coercitivos violentos. El sistema basado en el control autoritario suele desembocar en la obsequiosidad del controlado al servicio de la arbitrariedad del contralor, con descuido del bien común:

"En algunas universidades el sueldo no constituye sino una parte y, a veces, pequeña de los emolumentos del maestro, que se componen, en su mayor proporción, de los honorarios o colegiaturas que pagan sus discípulos. La necesidad de aplicación, aunque disminuida, no se elimina por completo. La reputación profesional tiene siempre cierta importancia para el maestro, y lo mismo podemos decir del afecto, gratitud y consideración de quienes siguieron sus enseñanzas; no es fácil que estas disposiciones y sentimientos favorables los gane de otro modo que mereciéndolos, por medio de la aptitud y diligencia en el desempeño de sus obligaciones. En otras universidades se prohíbe a los maestros recibir honorarios

o colegiaturas de los discípulos, y el sueldo es el único ingreso que derivan del ejercicio de su profesión. Su interés, en este caso, se halla en abierta oposición con sus obligaciones, salvo casos excepcionales. El ser humano propende a vivir de la manera más fácil posible, y si sus emolumentos se hallan asegurados, cualquiera que sea la labor que realice, buena o mala, es indudable que su interés, concebido éste en la acepción vulgar de la palabra, consiste en abandonar enteramente su trabajo, o si está sometido a la autoridad de una persona que no lo consiente, realizarlo de la manera más negligente y compatible con esa subordinación. En el caso de que el maestro sea, por naturaleza, un hombre laborioso y activo, empleará su actividad en otros medios, para conseguir así algunas ventajas, en lugar de ejercitarse en la práctica exclusiva de sus obligaciones, de la cual no obtiene ninguna.

Si la autoridad a que está sujeto reside en una Corporación, Colegio o Universidad, a alguna de las cuales también él pertenece, y a las que asimismo están adscritos los demás maestros, o personas a las que se puedan encomendar misiones docentes, lo probable es que hagan causa común, procurando ser indulgentes unos con otros, y consintiendo que cada uno descuide sus obligaciones, en la inteligencia de gozar un favor recíproco. En la Universidad de Oxford hace muchos años que la mayor parte de sus profesores oficiales abandonaron las obligaciones de enseñanza.

En el caso de que la autoridad a que se halla sujeto el maestro no corresponda a un Cuerpo colegiado, del que es miembro, y sí a otras personas ajenas a la institución, como son por ejemplo, el Gobernador de la provincia, el Obispo de la diócesis o cualquier otro magistrado, no es tan fácil que descuide completamente el cumplimiento de sus obligaciones con el consentimiento de ellos. Pero todos estos superiores, lo más a que le pueden obligar, es a que consagre a sus alumnos un cierto número de horas, o sea a que dé un determinado número de clases a la semana o al año. La calidad de las lecciones ha de quedar al arbitrio del maestro, y su diligencia será siempre proporcionada a los motivos para ejercitarla. Mas una jurisdicción extraña, de esta naturaleza, se halla expuesta a que su ejercicio sea caprichoso y poco inteligente. Será, por su propia condición, discrecional y arbitraria, y quienes la ejerzan, no pudiendo asistir a las lecturas o siendo legos en las ciencias, objeto de la enseñanza, raras veces son capaces de practicarla con discernimiento. Por lo insólito del cargo adoptan una actitud de indiferencia y propenden a censurarlos o privarlos de su empleo, arbitrariamente y sin causa alguna. La persona sujeta a una jurisdicción de esta especie se siente de-

gradada y, en lugar de hacerse acreedora a un elevado respeto, se convierte en una de las más despreciables de la sociedad. Sólo la protección de un poderoso será capaz de ponerla a cubierto de las desagradables situaciones a que se halla expuesta en todo momento, y esta protección, por lo común, no se consigue por la aptitud o la diligencia en la enseñanza, sino por una obsequiosa sumisión a la voluntad de los superiores, sacrificando de este modo a la adulación del poderoso los derechos, los intereses y el honor del cuerpo a que pertenece. Quien haya observado por algún tiempo la administración de una Universidad francesa, no puede por menos de haber advertido los perniciosos efectos que naturalmente resultan de una jurisdicción arbitraria y extraña de esta especie". (pp. 672-673)

Tampoco los grandes fines logran de suyo movilizar los esfuerzos de los particulares hacia el bien común. Sólo lo lograrán si están "apoyados por la necesidad de aplicarse a ellos", es decir, si la sociedad los liga en forma necesaria al bienestar particular, de modo que no pueda este lograrse sin movilizarse para aquellos:

"En toda profesión los esfuerzos de la mayoría de quienes la ejercen son siempre proporcionados a la necesidad que tienen de desarrollarlos. Esa necesidad es mayor en aquellos cuya única fuente de ingresos o de subsistencia, y esperanza de fortuna, procede de los emolumentos que de su profesión percibe. Para adquirir ese caudal o conseguir aquella subsistencia, tiene que desempeñar en el transcurso de un año un cierto trabajo de reconocido valor, y allí donde la competencia es libre, la rivalidad de los competidores - que están siempre procurando desplazar a los demás de los puestos que poseen - obliga a cada quien a cumplir sus obligaciones con cierto grado de exactitud. La grandeza de los objetivos que se pueden conseguir, como consecuencia del éxito, en algunas profesiones particulares, estimula, sin duda, a que un corto número de personas de extraordinario entusiasmo y ambición realice considerables esfuerzos. Mas es evidente también que no son necesarios grandes objetivos para promover grandes esfuerzos. La rivalidad y la emulación equivalen, aun en las profesiones humildes, a la grandeza de aquel propósito, y suscitan, muchas veces, esfuerzos mayores en su ejercicio. En cambio, los grandes objetivos, por sí solos, cuando no están sostenidos por la necesidad de una dedicación a ellos, rara vez son suficientes para motivar esfuerzos extraordinarios. En Inglaterra, el éxito en el ejercicio de la profesión del Derecho sirve para conquistar posiciones que son muy ambicionadas; pero muy pocas son las personas que habiéndose criado en un medio fácil conquistaron preeminencia en esa carrera". (pp. 671-672)

El esfuerzo desplegado en pro del fin social es función del estímulo, refiriéndose a los salarios indica :

"Los salarios del trabajo son un estimulante de la actividad productiva, la cual, como cualquier otra cualidad humana, mejora proporcionalmente al estímulo que recibe". (p.79). Es cierto que la solidaridad existe, pero no es la regla ordinaria del comportamiento. Cuando se trata de obtener algo de los demás no hay que recurrir a su benevolencia, sino a su interés egoísta.

"Pero el hombre reclama en la mayor parte de las circunstancias la ayuda de sus semejantes y en vano puede esperarla sólo de su benevolencia. La conseguirá con mayor seguridad interesando en su favor el egoísmo de los otros y haciéndoles ver que es ventajoso para ellos hacer lo que les pide. Quien propone a otro un trato le está haciendo una de esas proposiciones. Dame lo que necesito y tendrás lo que deseas, es el sentido de cualquier clase de oferta, y así obtenemos de los demás la mayor parte de los servicios que necesitamos. No es la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios sino su egoísmo; ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas. Sólo el mendigo depende principalmente de la benevolencia de sus conciudadanos; pero no en absoluto. Es cierto que la caridad de gentes bien dispuestas le suministra la subsistencia completa; pero, aunque esta condición altruista le procure todo lo necesario, la caridad no satisface sus deseos en la medida en que la necesidad se presenta: la mayor parte de sus necesidades eventuales se remedian de la misma manera que las de otras personas, por trato, cambio o compra". (p.17). Lo más originario en el hombre es perseguir su propio interés como mejor le plazca.

"Proscritos enteramente todos los sistemas de preferencia o de restricciones, no queda sino el sencillo y el obvio de la libertad natural, que se establece espontáneamente y por sus propios méritos. Todo hombre, con tal que no viole las leyes de la justicia, debe quedar en perfecta libertad para perseguir su propio interés como le plazca, dirigiendo su actividad e invirtiendo sus capitales en concurrencia con cualquier otro individuo o categoría de personas". (p. 612). Sólo se moverá por el interés de la sociedad en la medida en que el empleo de sus esfuerzos más útil a la sociedad le aparezca de una manera necesaria unido a su propia ventaja.

"Cada individuo en particular se afana continuamente en buscar el empleo más ventajoso para el capital de que puede disponer. Lo que desde luego se propone es su propio interés, no el de la sociedad; pero estos mismos esfuerzos hacia su propia ventaja le inclinan a preferir, de una manera natural, o más bien necesaria, el empleo más útil a la sociedad como tal". (p.400)

Existe, sin embargo, una mano invisible, que hace innecesaria la guía de una mano visible para promover un fin social que no entraba en las intenciones de los particulares.

"Ninguno se propone, por lo general, promover el interés público, ni sabe hasta qué punto lo promueve. Cuando prefiere la actividad económica de su país a la extranjera, únicamente considera su seguridad, y cuando dirige la primera de tal forma que su producto represente el mayor valor posible, sólo piensa en su ganancia propia; pero en éste como en otros muchos casos, es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones". (p. 402). El mercado, con su retorno de beneficios premia o castiga a los actores, según que su acción beneficie o perjudique a la sociedad. En otras páginas analiza: "El esfuerzo natural que hace todo individuo para mejorar de condición, cuando se desarrolla por los cauces que señalan la seguridad y la libertad, es un principio tan poderoso, que él solo, sin otra asistencia, suele ser bastante para conducir la sociedad a la prosperidad y a la riqueza, y aun para vencer los obstáculos opuestos por algunas leyes humanas poco meditadas". (p.481) De este modo agrega: "Así es como el interés particular y las pasiones predisponen a los ciudadanos de una nación a emplear su capital en aquellos ramos que generalmente son más ventajosos a la sociedad. Pero si, llevados por esta preferencia espontánea, invirtieran en estos empleos más capital del conveniente, la baja del beneficio en dicho ramo, y su alza en otras inversiones, reajustaría muy pronto esa distribución defectuosa. Sin necesidad de ley ni de estatuto el interés mismo de los particulares y sus pasiones les lleva a distribuir el capital de la sociedad entre los diferentes empleos, de la manera más conforme a los intereses colectivos". (p.560)

Sin embargo, además del mercado, actúan otras fuerzas independientes, como "el placer del ejercicio" y la "complacencia natural" que pueden estimular acciones que la mano invisible no promueve:

"La complacencia natural que se encuentra en estas ocupaciones hace que se entreguen a ellas muchas más personas de las que pudieran vivir holgadamente de las mismas, y el producto de su trabajo, en proporción a la cantidad de esfuerzo que requiere, llega al mercado tan barato, que apenas puede rendir sino para una precaria subsistencia. (p.99)

Aunque la pericia y destreza que en ella se necesita es mucho mayor que la de casi todos los oficios, y aunque la vida viene a ser

una cadena de riesgos e incomodidades, apenas tienen otra recompensa, mientras no ascienden de categoría, que el placer del ejercicio, en los unos, y el afán de superación en los otros. Sus pagas no son nunca mayores que las de los trabajadores corrientes en los puertos donde se regulan los salarios de la gente de mar". (p.107)

En resumen, salvo este último resquicio distorsionador, Adam Smith piensa que la internalización del fin social es ventajosa para el individuo cuando se dejan interactuar libremente sus intereses opuestos (mercado competitivo), y que, por tanto, es el mercado competitivo quien asegura que los particulares adopten como fin propio el fin último social de la actividad económica.

### 3. LA CAUSA EFICIENTE DEL PRODUCIR ECONOMICO

Para Adam Smith ya en tribus primitivas el hombre se dedica a producir bienes que no consume, y que intercambia por bienes que consumen y que no produce, porque le conviene convertir en actividad exclusiva aquella para la cual está mejor dotado que los demás. En dicha organización todo el valor de lo producido es asignado al productor.

"En una tribu de cazadores o pastores un individuo, pongamos por caso, hace las flechas o los arcos con mayor presteza y habilidad que otros. Con frecuencia los cambia por ganado o por caza, con sus compañeros, y encuentra, al fin, que por este procedimiento consigue una mayor cantidad de las dos cosas que si él mismo hubiera salido al campo para su captura. Es así cómo, siguiendo su propio interés, se dedica casi exclusivamente a hacer arcos y flechas convirtiéndose en una especie de armero. Otro destaca en la construcción del andamiaje y del techado de sus pobres chozas o tiendas, y así se acostumbra a ser útil a sus vecinos, que le recompensan igualmente con ganado o caza, hasta que encuentra ventajoso dedicarse por completo a esa ocupación, convirtiéndose en una especie de carpintero constructor. Parejamente otro se hace herrero o calderero, el de más allá curte o trabaja las pieles, indumentaria habitual de los salvajes. De esta suerte, la certidumbre de poder cambiar el exceso del producto de su propio trabajo, después de satisfechas sus necesidades, por la parte del producto ajeno que necesita, induce al hombre a dedicarse a una sola ocupación, cultivando y perfeccionando el talento o el ingenio que posea para cierta especie de labores". (pp. 17-18)

Pero la apropiación de los medios de producción cambió la situación del empresario primitivo, al respecto expresa:  
 " Pero este estado originario, en que el trabajador gozaba de todo el producto de su propio trabajo, sólo pudo perdurar hasta que tuvo lugar la primera apropiación de la tierra y acumulación del capital. Terminó, por consiguiente, tal situación, mucho antes de que se hicieran los progresos más trascendentales en las aptitudes productivas del trabajo". (p. 64). En adelante el trabajador como tal no puede emprender; emprende sólo el propietario de los medios de producción, sea o no trabajador, y a él le corresponde el beneficio. El trabajador emprende sólo cuando es su propio "amo", es decir, cuando dispone de capital. El observa que:

" En todas las artes y manufacturas, la mayor parte de los operarios necesitan de un patrón que les adelante los materiales de su obra, los salarios y el sustento, hasta que la obra se termina. El patrón participa en el producto del trabajo de sus operarios o en el valor que el trabajo incorpora a los materiales, y en esta participación consiste su beneficio.

A veces sucede que un artesano independiente dispone del capital necesario para comprar los materiales de su obra y mantenerse hasta terminarla. En este caso es, al mismo tiempo, patrón y operario, y disfruta del producto íntegro de su trabajo o de la totalidad del valor que dicho trabajo incorpora a los materiales a que se aplica. Reúne, así, lo que regularmente son dos rentas distintas, pertenecientes a dos personas diferentes, los beneficios del capital y los salarios del trabajo". (p.64)

Al Estado (el "soberano") le corresponde emprender la producción de los servicios de seguridad externa e interna, y de aquellos bienes y servicios cuya producción implica una rentabilidad social superior a la rentabilidad privada.\*\*

El propietario de los medios de producción está interesado en emprender procesos productivos porque espera sacar un provecho en la venta del producto, excedente de los gastos en remuneraciones laborales e insumos:

\*\* En la cita dos de este artículo, se plantean las ideas más importantes acerca de los deberes que al Estado (el "soberano") le corresponde cumplir. A. Smith op.cit., pp.612-613

"Mas, tan pronto como el capital se acumula en poder de personas determinadas, algunas de ellas procuran regularmente emplearlo en dar trabajo a gentes laboriosas, suministrándoles materiales y alimentos, para sacar un provecho de la venta de su producto o del valor que el trabajo incorpora a los materiales. (pp.47-48)  
El empresario no tendría interés alguno en emplearlos si no esperase alcanzar de la venta de sus productos algo más de lo suficiente para reponer su capital, ni tendría tampoco interés en emplear un capital considerable, y no otro más exiguo, si los beneficios no guardasen cierta proporción con la cuantía del capital. (p. 48).

En estas condiciones el producto íntegro del trabajo no siempre pertenece al trabajador; ha de compartirlo, en la mayor parte de los casos, con el propietario del capital que los emplea". (p.49)

La búsqueda del interés propio hace que el emprender particular se oriente, sin pretenderlo, al interés de la sociedad. La "mano invisible" del mercado competitivo lo orienta de manera necesaria a emprender esfuerzos que impliquen el empleo más útil a la sociedad. Smith refiriéndose a este asunto, añade : "Mas no implica mal alguno para la sociedad que tal fin no entre a formar parte de sus propósitos, pues al perseguir su propio interés, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios". (p. 402)

Es importante para el funcionamiento del sistema que todo trabajador pueda hacer uso de su capacidad productiva, sea por cuenta propia, sea por cuenta de otro, en lo que él considere más conveniente.

"La propiedad más sagrada e inviolable es la del propio trabajo, porque es la fuente originaria de todas las demás. El patrimonio del pobre se halla en la fuerza y en la habilidad de sus manos, por lo que impedirle hacer uso de esa fuerza y de esa habilidad de la manera que juzgue más conveniente, y en tanto no perjudique a otra persona, constituye una violación manifiesta de su más sagrada propiedad. Equivale a una usurpación manifiesta de la justa libertad del trabajador y de aquellas personas que pudieran emplearle, pues se le impide al uno trabajar en lo que considera más conveniente, y al otro darle ocupación en lo que le plazca". (pp.118-119)

En resumen, para Adam Smith la causa eficiente remota de la actividad económica es el emprender de personas o instancias sociales. Las personas son los propietarios de los medios de producción; los trabajadores emprenderán sólo en calidad de propietarios. El móvil de las personas es el interés particular del beneficio del proceso. Las instancias sociales (el gobierno) deben emprender en los casos de bienes y servicios útiles a la sociedad pero no rentables para los particulares.

#### 4. LA CAUSA INSTRUMENTAL FISICA DE LA ACTIVIDAD ECONOMICA

Adam Smith da un tratamiento aparentemente distinto a la tierra y al capital, porque no considera las inversiones que la tierra requiere para su eficacia productiva.

Pero el enfoque desde el cual nos interesan los medios de producción, es decir su relación con la causa eficiente remota (el empresario, personal o institucional) permite un tratamiento único para ambas variables.

Una primera característica es que el propietario del medio de producción (tierra) exige una renta, aunque no la trabaje él mismo, de quien quiera recolecte sus frutos naturales.

"Desde el momento en que las tierras de un país se convierten en propiedad privada de los terratenientes, éstos, como los demás hombres, desean cosechar donde nunca sembraron, y exigen una renta hasta por el producto natural del suelo. La madera del bosque, la hierba del campo y todos los frutos naturales de la tierra que, cuando ésta era común, sólo le costaban al trabajador el esfuerzo de recogerlos, comienzan a tener, incluso para él, un precio adicional. Ha de pagar al terrateniente una parte de lo que su trabajo produce o recolecta. Esta porción, o lo que es lo mismo, el precio de ella, constituye la renta de la tierra, y se halla en el precio de la mayor parte de los artículos como un tercer componente".

(p. 49)

Tanto la apropiación de la tierra como la acumulación del capital privan al trabajador de estos medios de parte del

producto de su trabajo, que debe pasar a los respectivos propietarios:  
 "Tan pronto como la tierra se convierte en propiedad privada, el propietario exige una parte de todo cuanto producto obtiene o recolecta en ella el trabajador. Su renta es la primera deducción que se hace al producto del trabajo aplicado a la tierra". (p.64) cosa que no sucedía en el estado originario o anterior, en que el producto íntegro iba al trabajador. Respecto a la tierra y al capital dice:  
 "En el estado originario de la sociedad que precede a la apropiación de la tierra y a la acumulación del capital, el producto íntegro del trabajo pertenece al trabajador. No había entonces propietarios ni patronos con quienes compartirlo.  
 Pero este estado originario, en que el trabajador gozaba de todo el producto de su propio trabajo, sólo pudo perdurar hasta que tuvo lugar la primera apropiación de la tierra y acumulación del capital". (pp. 63-64)

Además de la "renta", que para Smith es una deducción originada en algo que nada costó al propietario, éste exige un beneficio, que constituye una segunda deducción. El plantea:  
 "Rara vez ocurre que la persona que cultiva la tierra disponga de lo necesario para mantenerse hasta la recolección. La subsistencia que se le adelanta procede generalmente del capital de un amo, el granjero que lo emplea, y que no tendría interés en ocuparlo sino participando en el producto del trabajador, salvo el caso de que su capital le fuera devuelto con un beneficio. Este beneficio viene a ser la segunda deducción que se hace del producto del trabajo empleado en la tierra" (p. 64), y que es asimilable a la categoría de productividad marginal o interés del capital.

La propiedad de los bienes de producción como institución es fuente de conflicto social y de división de la sociedad (crea "enemigos" en su seno), y hace necesaria la mano fuerte del gobierno para defender al propietario (el "rico") del que no tiene ninguna propiedad, (el "pobre"):

"El gobierno civil se hizo necesario en primer término por la institución de la propiedad". (Apostilla del Editor.)

"En todo tiempo se encuentra el rico rodeado de ignorados enemigos, que nunca podrá ver apaciguados, aun cuando no los provoque, y de cuyas injusticias sólo puede protegerle el brazo poderoso del magistrado civil, levantado siempre para castigarlos. En consecuencia, la adquisición de grandes y valiosas propiedades exige necesariamente el establecimiento de un gobierno civil. Más allá donde no hay propiedad, o ésta no excede del valor de dos o tres

días de trabajo, dicha institución no es tan necesaria. (p. 629)

El gobierno civil, en cuanto instituido para asegurar la propiedad, se estableció realmente para defender al rico del pobre, o a quienes tienen alguna propiedad contra los que no tienen ninguna".

(p. 633)

En resumen, Adam Smith reconoce el derecho a retener y emplear el ingreso no consumido (el capital) y, por consiguiente, a recuperar eventualmente el consumo pospuesto. Reconoce también el derecho del propietario a la productividad marginal (el "beneficio"). Y atribuye, por las circunstancias, la función empresarial en forma exclusiva al propietario.

Esto es lo esencial de lo que Smith aporta al conocimiento de la actividad económica por sus causas. Su aporte es mucho mayor en lo que se refiere al conocimiento de la actividad económica por sus mecanismos y procesos. Pero lo primero es ya suficiente para considerarlo fundador de la ciencia económica y elaborador de las grandes líneas de una teoría económica.

## VARIABLES ANALITICAS Y TEORIA MONETARIA EN ADAM SMITH

Carlos Massad

Filósofo escocés que enseñó lógica y filosofía moral en Glasgow, Adam Smith vivió un tiempo en Francia, acompañando como tutor a un joven noble inglés. Allí recibió la fuerte influencia de los fisiócratas, y sólo la muerte de Quesnay impidió que le dedicara su Investigación sobre la Naturaleza y Causa de la Riqueza de las Naciones.

La primera edición de esta obra, que inició una escuela de pensamiento económico y político que perdura hasta hoy, fue publicada en Inglaterra en 1776, el año de la independencia de los Estados Unidos de América. La primera versión en español apareció dieciocho años más tarde.

## 1. VARIABLES ANALÍTICAS

Toda la construcción teórica de Adam Smith parte de una premisa básica: existe un orden natural de las cosas, superior a lo que puede lograr la acción humana consciente. Esta premisa fue tomada de los fisiócratas y desarrollada en sus consecuencias en el campo económico.

### 1.1. Las motivaciones básicas

De acuerdo con Smith, el orden natural tiene relación con las motivaciones básicas de la conducta de los individuos. Nadie mejor que cada individuo para juzgar su propio interés y, por tanto, si en cada acción o transacción hay consenso entre las partes, ambas habrán logrado satisfacer su propio interés. De aquí que los individuos deban ser dejados en libertad de acción.

Hay, de acuerdo con Smith, seis motivos básicos en la conducta humana; autoaprecio, deseo de libertad, sentido de la propiedad, necesidad de simpatía, hábito de trabajo y propensión al intercambio. La conducta resultante de estas motivaciones básicas tiene como consecuencia que si unos ganan en una transacción, también lo harán los otros participantes en ella que, de otro modo, no la aceptarían.

### 1.2. El intercambio

En el fondo, según Smith,\* al buscar cada individuo su propia ventaja, "... es guiado por una mano invisible a promover una finalidad que no era parte de su intención". Por tanto, con el intercambio ganan todos como consecuencia del hecho de que cada uno no juzgue, sino su propio interés egoísta. En este punto, Smith se aparta drásticamente de los mercantilistas, para los cuales el estado tenía una función esencial en la acumulación de riqueza. Para él, el intercambio voluntario y libre, en la generalidad de los casos, lograría conciliar los intereses de los individuos beneficiándolos a todos. La intervención del Estado, en cambio, sería generalmente perjudicial, ya que sólo lograría entorpecer y aun paralizar el mecanismo de búsqueda libre del interés individual, base del orden natural. "Un padre de familia pudiente, no debe tratar de producir en casa lo que le costará más producir que comprar; lo que es apropiado en la conducta de una familia no lo es menos en la de un gran rey".

### 1.3. El gobierno

Sólo hay, de acuerdo con él, tres deberes propios del gobierno: la defensa, la administración de justicia y la realización de aquellas obras que las personas no puedan hacer por sí mismas por falta de incentivos. Los dos primeros

---

\* Todas las citas textuales están tomadas del autor inglés Adam Smith, *Investigación acerca de la Naturaleza y las Causas de la Riqueza de las Naciones*. Fondo de Cultura Económica, México, 1958.

deberes corresponden a la seguridad del individuo y la comunidad, tanto ante la opresión externa como ante la ruptura interna de las normas de conducta que aseguren libre juego de los intereses de cada individuo en las transacciones. El tercer deber tiene un carácter supletorio, y su alcance es mucho más amplio que el que le han asignado algunos seguidores de Adam Smith; por ejemplo, él favorece, en determinadas condiciones, la intervención del Estado en la educación y su financiamiento.

"Como para la educación de la mujer no existen instituciones de enseñanza de esa naturaleza (pública gratuita), no existe sector alguno de su educación que no persiga indiscutiblemente una finalidad conveniente, bien sea la de realzar el natural atractivo de su persona o preparar su ánimo en el recato, la modestia, la castidad y la economía, o bien, hacerlas buenas madres de familia, conduciéndose como tales cuando lleguen a serlo. En las más diversas circunstancias de su vida, la mujer advierte las ventajas de toda la enseñanza que se le impartió. Rara vez sucede, en cambio, que el hombre pueda sacar algún provecho o ventaja de las partes más laboriosas y difíciles de su educación. En vista de esto, el Estado no debe prestar atención a la educación del pueblo. En el supuesto de que deba prestarla, ¿cuáles han de ser las partes principales de esta educación, consideradas las distintas clases sociales, y cuál es la manera de atenderlas?"

"Hay casos en que la situación misma de la sociedad coloca a la mayor parte de los individuos en condiciones de adquirir por su cuenta, sin la intervención del gobierno, todas las técnicas y virtudes que el Estado exige o admite. En otras circunstancias, la sociedad no coloca a la mayoría de los individuos en semejantes condiciones y entonces es necesaria la atención del gobierno para

evitar la total corrupción o degeneración de la gran masa del pueblo".

Después de continuar analizando esa situación, llega a concluir que, en el caso de los menos pudientes, es el gobierno el que debe financiar la educación aunque, tal vez, conveniga que estos paguen alguna pequeña tuición dentro de sus medios, para estimular su interés en la propia educación. Este es sólo un ejemplo, entre muchos, que destaca la preocupación de Adam Smith por la acción del Estado cuando la ventaja privada no coincide con la ventaja social. Esta preocupación ha sido, en mi opinión, un tanto minimizada por algunos de sus seguidores.

Para él, hay un cierto orden básico en las cosas.

#### 1.4. El valor

No hay en Smith una teoría del valor. Realmente la discusión acerca de esta teoría, en varias partes de su obra, es extremadamente confusa y hasta contradictoria. Se podría decir que hay en él varias teorías del valor: en lo esencial, repite la distinción aristotélica entre valor de uso y valor de cambio, pero se ocupa principalmente de este último. La distinción entre valor de uso y valor de cambio era muy común en las discusiones de la época y era una necesidad lógica, a falta de instrumental teórico más apropiado, para resolver la entonces famosa paradoja del agua y los diamantes: el agua es muy útil y, sin embargo, su precio es muy bajo; en cambio, los diamantes son muy poco útiles; no obstante, su precio es muy alto. Esta paradoja puede responderse, de otra manera, sólo con el análisis marginal, cuya aparición en escena es muy posterior, y que hace desaparecer la necesidad de distinguir entre valor de uso y valor de cambio.

El análisis de Smith en materia del valor está dividido en tres partes: la medida del valor de cambio, o precio natural o real (que es en el fondo un precio de equilibrio en el

largo plazo) y el precio de mercado o "precio en moneda"; los elementos componentes del precio y las relaciones entre el precio natural y el precio de mercado, y las diferencias entre ambos. El precio de mercado, determinado por la oferta y la demanda, es en el fondo el precio de equilibrio en el corto plazo y la diferencia entre el precio natural y el precio de mercado no es sino la diferencia entre los precios de equilibrio de corto y de largo plazo.

El "precio natural" se determina como la suma de los precios naturales de sus componentes, es decir, el precio de largo plazo de equilibrio se determina como la suma de los precios de largo plazo del trabajo, salarios, rentas y utilidades. El precio de mercado se determina por la oferta y la demanda en cada momento y tiende siempre a acercarse al precio natural.

En el fondo, lo que afirma Smith es que son las condiciones de oferta de largo plazo las que determinan el precio natural; en otras palabras, son las condiciones de costo a largo plazo las que finalmente determinan el precio. Esto es aceptable bajo el supuesto de costo marginal de largo plazo constante. Si se supone que la curva de costo marginal de largo plazo es una recta horizontal, entonces el precio está determinado por la oferta de largo plazo, cualquiera que sea la demanda. Este supuesto de costos constantes en el largo plazo es uno utilizado muy frecuentemente por los economistas de ahora al hacer análisis económico.

### 1.5. La renta

Pero la renta, dice Smith, es un resultado de los precios; no una determinante de ellos. Esta aparece sólo si el precio es mayor que el exactamente necesario para pagar salarios y utilidades. Aquí encontramos el punto de partida de las teorías ricardianas sobre la renta. El concepto de renta no es el de salario, o ingreso, sino el del pago a un factor productivo de una remuneración mayor que la exactamente necesaria para inducirlo a hacer lo que efectivamente está haciendo.

Por su naturaleza, además, la renta es la mejor base de tributación, ya que la tributación a la renta por la naturaleza de ésta, no altera las decisiones de los individuos. La renta es una consecuencia de la acción económica y resultante de ella; por lo tanto, los tributos sobre la renta (entendida ésta en el sentido señalado), por lo menos en el corto plazo, no alteran las decisiones de los individuos. Por tanto, los tributos más eficientes son aquellos sobre la renta, ya que no alteran la conducta del individuo.

#### 1.6. Los salarios, utilidades e intereses

Smith analiza al detalle, las diferencias de salarios y utilidades en diferentes actividades, análisis que aún se sostiene, con muy pocas modificaciones. Incluye hasta los retornos no pecuniarios y la afirmación de que la libertad de movimiento y la competencia no tienden a igualar salarios o utilidades en todas partes sino las que llama ventajas netas; es decir, la ventaja pecuniaria y la no pecuniaria en cada una de las entidades. Son estas dos, en conjunto, las que se tienden a igualar en el mercado.

En cuanto al capital y al interés, sostiene que la tasa de interés es determinada por la demanda y la oferta de préstamos, y no por la cantidad de dinero, como sostenían algunos. Esta última sólo sirve, de acuerdo con Smith, para determinar el valor del dinero, o, lo que es lo mismo, el nivel de los precios. Sobre este punto agregaré más adelante algunos comentarios.

Smith no es partidario de la libertad absoluta de las tasas de interés. Por el contrario, afirma que si hubiese tal libertad, la mayor parte de los préstamos irían a dar a actividades especulativas o a los que gastan demasiado, que son los que están dispuestos a pagar las más altas tasas de interés. Al mismo tiempo, afirma que esta tasa estimula el ahorro, el que es igual al aumento del capital, es decir, a la inversión. Así, muestra una vinculación entre ahorro, inversión y tasa de interés.

## 1.7. El crecimiento

Su teoría del crecimiento era simple y se basaba en el proceso tecnológico, la expansión del mercado y el incremento de la población. La tecnología facilita una expansión del mercado al ahorrar recursos para otros usos. Esto da margen a una mayor división del trabajo, lo que aumenta la productividad, las ganancias, la demanda de préstamos, y la tasa de interés. Se estimula así el ahorro, que facilita las nuevas inversiones. Estas, a su vez, hacen crecer los salarios y el esfuerzo productivo en el corto plazo, para estimular, como consecuencia, el crecimiento de la población en el largo plazo.

A diferencia de los pesimistas, como Malthus, afirma que el aumento de la población amplía el mercado y trae a su vez una mayor división del trabajo. Así continúa el proceso de crecimiento. Para Smith, como vemos en este análisis, capital y trabajo, en el largo plazo, son más bien complementos que sustitutos. El análisis actual corriente, de corto plazo, pone el acento en la sustitución más que en la complementariedad.

La base de todo el esquema de Smith es la libre competencia. En esto miraba con gran simpatía a los obreros y los agricultores, considerando que ellos eran los que estaban realmente compitiendo, y veía con gran desconfianza a los industriales y comerciantes, de los que decía, por ejemplo, lo siguiente:

"Las ansias de utilidades, van en contra del interés público; por cuanto siempre termina por llevar a ambicionar el monopolio.... Este es una mezquindad infame.... que no se detiene ante la amenaza y el crimen". "Las personas dedicadas a un mismo negocio, pocas veces se reúnen sin que su reunión termine en una conspiración contra el público o en un ardid para elevar los precios".

## 2. TEORIA MONETARIA

### 2.1. La generación del dinero

En materia de teoría monetaria hizo varias contribuciones interesantes. En primer lugar, en cuanto a la creación de dinero, dice lo siguiente: "Así como las máquinas y los instrumentos requieren ciertos gastos, tanto para construirlos como para conservarlos... de igual suerte, la masa de dinero que circula en un país, requiere ciertos gastos, tanto para reunirlos como para conservarlos... Cierta cantidad de materiales de mucho valor, como son el oro y la plata y ciertas aportaciones de un trabajo delicado, en lugar de destinarse a aumentar las disponibilidades para el consumo inmediato... se emplean en sostener a aquel grande pero también costoso instrumento de comercio". De este modo, señala con toda claridad los costos de un sistema monetario basado en el dinero-mercancía (oro-plata).

Agrega: " la sustitución del oro y la plata por papel, remplacea un instrumento comercial extraordinariamente costoso por otro que cuesta mucho menos y que es, a veces, de igual modo conveniente". Señala así, entonces, las ventajas de un sistema monetario que opere a bajo costo de reducción y mantención.

Su contribución en el campo de la oferta monetaria, aparte los comentarios que acabo de hacer, realmente no contiene mucho de positivo. Prácticamente, Smith es el creador de la llamada doctrina de los documentos comerciales. Esta doctrina afirma que no es inflacionaria la creación de dinero basada en documentos que reflejen una transacción efectiva comercial.

Dice que el papel moneda no puede exceder el valor del oro y de la plata cuyo lugar toma. Si lo hace, será presentado a los bancos para cambio en oro; es decir, si los bancos utilizan el oro como reserva y emiten más billetes de los que la economía está dispuesta a aceptar, acudirán los tenedores

de estos billetes a transformarlos en oro. Sin embargo, agrega, "cuando un banco descuenta a un comerciante una auténtica letra de cambio, girada por un acreedor contra un deudor, y éste le paga realmente sin demora cuando sobreviene el vencimiento, entonces... se ha adelantado aquella parte del valor que de otra forma habría de reservar el comerciante, sin empleo y en efectivo, para responder a las demandas ocasionales. Cuando llega el vencimiento de la letra, el pago restituye al banco el valor de la suma por él adelantada incluyendo el interés". Así; "las arcas del banco vienen a ser como un estanque que continuamente vierte y recibe la misma cantidad de agua".

## 2.2. La velocidad de circulación del dinero

Estas teorías en cuanto a la generación no inflacionaria del dinero, que llevaron a la distinción entre emisión orgánica y emisión inorgánica, predominaron hasta los años 30 de este siglo, o sea, casi los doscientos años que estamos conmemorando. Sin embargo, este planteamiento no toma en cuenta la velocidad de circulación del dinero. El dinero creado de esta manera, frente a variaciones en la velocidad de circulación, puede ser más o menos inflacionario o deflacionario. Esto es curioso, porque cuando Smith considera la demanda de dinero, está plenamente consciente de que hay un problema de velocidad de circulación y de mayor demanda de dinero vinculada al crecimiento. Así, por ejemplo, dice: "El alza del valor de la plata en relación con el del trigo puede atribuirse enteramente a un aumento de la demanda de dicho metal, mientras que la oferta se mantuvo invariable, o a una demanda invariable mientras se reducía la oferta, o parcialmente a ambas". "Un producto anual más considerable requiere una mayor cantidad de moneda circulante y un mayor número de ricos necesita una mayor cantidad de vajilla y de otros objetos de plata". Dicho de otro modo, la demanda de metales preciosos y de dinero, es una función del ingreso y la riqueza. Pero también agrega que... "cuando se descubren nuevas y más ricas minas, aparece en el mercado una mayor

cantidad de metales preciosos y como el conjunto de cosas necesarias para la vida continúa siendo el mismo que antes, resulta que iguales cantidades de metal se han de cambiar por cantidades más pequeñas de otros artículos. De esta suerte, todo aumento en la cantidad de metales preciosos, procedente de un incremento en el producto de las minas irá seguido necesariamente de alguna disminución en su valor".

De esta manera distingue entre oferta y demanda de dinero. Un aumento en la oferta sin un cambio en la demanda tiene un efecto inflacionario. Un aumento en la demanda permite absorber, sin efectos inflacionarios, iguales incrementos en la oferta. "Cuando el producto anual es cada vez mayor... el precio del oro y la plata se eleva naturalmente en una nación... a menos que el descubrimiento de minas más abundantes lo haga bajar".

Hace una larga disquisición acerca de las variaciones del valor de la plata en el transcurso de los cuatro siglos precedentes y explica las variaciones en relación con las condiciones de demanda y oferta; por ejemplo, la importación de metales preciosos desde América explica un aumento del precio del trigo. Al respecto, dice: "Desde 1570 hasta 1640, la plata bajó en su valor real y el precio nominal del trigo subió.... El descubrimiento de las ricas minas de América parece haber sido la única causa de tal disminución en el valor de la plata relativamente al del trigo" (hoy diríamos: "el aumento del precio del trigo")

Además, Adam Smith rebate el simplismo cuantitativo, aun antes de su formulación. Sostiene: "La noción vulgar de que a medida de que la cantidad de plata aumenta naturalmente en cada país, que con el incremento de las riquezas su valor disminuye al tenor del monto en que la cantidad crece, no tiene fundamento alguno". "La cantidad de metales preciosos aumenta en un país debido a dos motivos diferentes: primero, con el aumento en el beneficio de las minas que los producen y segundo, con el progreso de las riquezas del pueblo, porque

aumenta el producto de su labor anual. La primera de estas causas (un aumento de la oferta) se ve seguida siempre de una disminución en el valor de los metales preciosos, pero no acontece así con la segunda". Smith da gran importancia a la demanda de metales preciosos o de dinero, en función del crecimiento del ingreso.

### 2.3. El impuesto inflación y las cláusulas de reajuste

Sin proponérselo, toca dos temas interesantes: el de lo que llamaríamos el impuesto inflación y el de las cláusulas de reajuste; por ejemplo.... "el as romano se redujo la vigésima cuarta parte de su valor original. La libra inglesa y el penique contienen actualmente una tercera parte... Por medio de estas operaciones (la reducción del contenido en metal de la moneda), los príncipes y soberanos que la acuñaban se hallaron en condiciones, por lo menos en apariencia, de pagar sus deudas y cumplir sus obligaciones con una cantidad menor de plata que la que en otros casos se hubiera necesitado... Los acreedores se vieron defraudados... Estas operaciones favorecieron siempre a los deudores... y a veces han provocado revoluciones más grandes en las fortunas de las personas privadas que las provocadas por una gran calamidad pública". Aquí está claramente hablando de un impuesto inflación; es decir, una pérdida del valor de la moneda en este caso, por un cambio en su contenido formal de metal precioso. En la actualidad, tal impuesto se cobra al reducirse el valor del dinero cuando aumenta el nivel de los precios. Smith agrega: "las rentas establecidas en grano conservaron mucho mejor su valor que las fijadas en dinero, aun cuando la denominación del cuño no se alterase". Aquí se tiene una cláusula de reajuste, en términos del precio del trigo, de las deudas expresadas en términos de ese grano.

Se discute cuánta originalidad hay en Adam Smith. Mucho de lo suyo estaba ya en otros economistas que lo precedieron, como Hume, Cantillon, North, Quesnay y otros; pero nadie como él organizó el cuerpo de conocimientos; le dio una fundamen-

tación no sólo teórica sino filosófica y estableció bases analíticas que permitían ir mucho más lejos en la interpretación de los hechos. No sólo eso: ilustró su trabajo con ejemplos tomados de las realidades más diversas, incluyendo Chile. "El precio de un buen caballo en la capital de Chile es de unos 16 chelines". Aplicó su análisis a interpretar los hechos y a recomendar políticas no sólo para Inglaterra sino también para otros, como Francia, cuyo sistema tributario describe y critica, sugiriendo modificaciones. Su análisis no era una simple abstracción; tenía un profundo contenido de acción y el lenguaje que emplea, a veces violento, indica su impaciencia por obtener resultados. Tenía mucho mayor sensibilidad y realismo que el demostrado por alguno de sus seguidores y exploró siempre las consecuencias sociales de sus recomendaciones, y llegó a diferenciar entre el beneficio social y el beneficio privado. Para él, el bienestar de la comunidad primaba sobre el de los individuos en los casos en que este último no concordara con el primero.